



Los guardianes de Alejandría

Oscuridad

Emma Cadwell

Lectulandia

Cuando Simon Whelan conoce a Mara Stokes tiene el presentimiento de que es su alma gemela, pero es consciente de que jamás podrá estar con ella. Mara es demasiado joven y demasiado inocente, y Simon ya perdió una vez a la mujer que creía destinada a estar con él. Sin embargo, Mara es mucho más de lo que aparenta, y su única preocupación es acabar con Simon. Ha vivido engañada respecto a sí misma y a su familia, al amparo del ejército de las sombras, que le ha hecho creer entre otras cosas, que fue el guardián quien ordenó asesinar a sus padres. Pero por mucho que ambos traten de resistirse a la poderosa atracción que sienten el uno por el otro, su amor es lo único que conseguirá hacerlos vencer a la oscuridad. Juntos deberán averiguar la verdad y luchar contra el cruel ejército de las sombras, que desplegará todo su arsenal para ganar la batalla final.

Lectulandia

Emma Cadwell

Oscuridad

Los guardianes de Alejandría II

ePub r1.0

sleepwithghosts 24.07.14

Título original: *Los guardianes de Alejandría. Oscuridad*

Emma Cadwell, 2011

Editor digital: sleepwithghosts

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Para los que creen en las almas gemelas

¿De qué está hecho un héroe? ¿De coraje, valor, moral y capacidad para enfrentarse a cualquier adversidad? ¿Son ésas las verdaderas cualidades de un héroe? ¿De verdad es la luz la fuente de la oscuridad, o viceversa? ¿Quiénes son esos héroes y de dónde han salido? ¿Han nacido en la oscuridad o a la luz del día?

Fiódor Dostoievsky
Memorias del subsuelo

Nueva York, hace veintitrés años

Había sangre por todas partes, se colaba por entre las baldosas del suelo, y las cortinas que días atrás habían sido blancas ahora estaban teñidas del color de la muerte. Había sido un error separarse, se estaban acercando demasiado al ejército de las sombras, pero Tom había insistido en que quería ir a ver a su mujer, Nina, y a su pequeña María. Como siempre, Tom le había dicho que era un exagerado y que se preocupaba en exceso. El científico humano solía burlarse a menudo de su amigo guardián, pero por desgracia, esta vez Royce no se había equivocado.

Había quedado con Tom esa misma noche a las doce en una de las oficinas que la familia de Royce poseía en la ciudad, y cuando pasaban dos minutos de la hora acordada, supo que algo iba mal. Tom Gebler nunca llegaba tarde. Nunca. Royce marcó el número de teléfono al mismo tiempo que se acercaba a la ventana, y no esperó a que sonara ni una vez. Al guardián le bastó con ver la luna para que sus instintos se despertaran. Corrió hacia su coche, un Bentley adaptado a la medida de sus necesidades que se había hecho traer desde Inglaterra, y pisó el acelerador. Durante el trayecto, dio rienda suelta al guardián, las garras de acero salieron de entre sus nudillos y las vértebras de la columna se fueron separando. En cuestión de segundos, sus ojos pasaron a tener la agudeza de los de un gato, y los colmillos se le clavaron en el labio inferior. Royce tenía muy pocos amigos en este mundo, y no iba a permitir que le sucediera nada malo a Tom ni a su familia. Detuvo el coche en seco delante de la casa con valla blanca en la que vivía el científico y oyó el inequívoco ruido de una pelea. Derribó la puerta y, sin dudar, degolló al primer intruso que se encontró a su paso. Era un soldado del ejército. Iba vestido con el uniforme de los rangos inferiores y tenía una mirada ávida de sangre. Todavía no se había transformado del todo; los señores del ejército otorgaban esa categoría a muy pocos, y la sed de sangre que lo consumía hizo que a Royce le fuera muy fácil matarlo. Había dos tipos más, podía oír su respiración acelerada, pero no los veía por ninguna parte. Le llegó un grito ahogado y Royce subió la escalera que conducía a las habitaciones. Allí vio a Nina acurrucada encima de una cama, con su cuerpo protegía al bebé de apenas seis meses, y encima de las dos se cernía uno de los hombres que el guardián había detectado antes.

—Apártate de ellas —ordenó Royce.

El asesino no obedeció, pero sí aflojó la garra con que tiraba del pelo de Nina y se dio media vuelta para enfrentarse al recién llegado.

—He dicho que te apartes de ellas —repitió él, y vio que Nina lo miraba con ojos suplicantes. Iba a morir, tenía una herida muy profunda en el estómago y el corazón le latía cada vez más despacio—. Te mataré, de ti depende que sea rápido.

El soldado sonrió a Royce y se lamió el labio inferior.

—De acuerdo, ya terminaré de jugar con ellas más tarde.

Royce oyó un disparo proveniente de otra habitación y se puso en acción. No podía perder ni un segundo más, así que se lanzó sobre el soldado, que, igual que el del piso inferior, no era rival para un guardián de trescientos años, y le clavó las garras de la mano derecha en el esternón abriéndolo en canal. Cuando el cuerpo cayó al suelo, le cortó la cabeza para asegurarse de que no se llevaría ninguna sorpresa. Nina, aunque estaba agonizando, consiguió farfullar:

—Tom...

—Tranquila. —Royce trató de ocultar la preocupación que sentía y le apartó un mechón de pelo ensangrentado de la cara. Ella le atrapó la muñeca y se la sujetó con las pocas fuerzas que le quedaban—. En seguida vuelvo.

Nina lo soltó y él fue en busca de su amigo, sin poder quitarse de la cabeza la imagen de la pequeña María cubierta de sangre. ¿Estaría viva?

Pisó un charco de sangre y apartó de su paso una estantería que se habría caído durante la pelea.

—Royce. —La débil voz de Tom era apenas perceptible.

El guardián encontró a su amigo sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra la pared más lejana. Sujetaba un revólver entre los dedos de una mano mientras, con la otra, trataba de detener la hemorragia. No serviría de nada, fue lo primero que pensó Royce al agacharse a su lado.

—Sé que no servirá de nada —dijo Tom con una media sonrisa.

—Tú no puedes leer la mente —respondió Royce—, y además siempre te has burlado de ello —le recordó, mientras le apartaba la mano para taponarle él la herida—. ¿Qué ha pasado?

—Tenías razón. —Levantó un poco el cañón de la pistola y señaló al hombre caído a unos metros—. Asegúrate de que está muerto.

Royce se levantó y se acercó al tercer soldado del ejército de las sombras. Éste era de un rango superior, y seguro que por eso había ido a por Tom en vez de a por las mujeres.

—Está muerto —certificó, pero extendió de nuevo las garras de la mano derecha, que habían retrocedido para poder ocuparse de la herida de su amigo, y le arrancó la cabeza.

—Tú y tus alardes —Tom tuvo un ataque de tos—, aunque esta vez no me importa. Si pudiera, yo mismo lo cortaría a pedazos. —Otro ataque de tos y escupió sangre—. Tengo los pulmones encharcados, no me queda mucho tiempo.

Royce regresó junto él y no le dio falsas esperanzas.

—Los resultados de las pruebas están en la caja de seguridad —prosiguió su amigo, y apretó los dientes y cerró los ojos para aguantar el dolor—. El resto de la documentación...

—Tengo una copia. No te preocupes por eso. —Cubrió con su mano la de Tom, cubierta de sangre. La tenía helada.

—Nina y María, yo... —Apretó los dedos de Royce—. Es culpa mía.

—No. No es culpa tuya, y seguro que ellas no quieren que pienses eso.

—Han llegado cuando Nina subía a María a su habitación —le explicó Tom, haciendo caso omiso de su comentario—. No me han pedido nada. —Tosió otra vez—. Uno ha subido arriba y los otros dos...

—Tranquilo. —A Royce se le hizo un nudo en la garganta. Si alguien amenazara a Molly y a Simon, él estaría dispuesto a hacer cualquier cosa para protegerlos.

—Prométeme que cuidarás de ellas. Prométemelo. —Hizo un esfuerzo para levantar la cabeza y miró a su amigo a los ojos.

—Lo prometo —juró éste solemne.

—Prométeme que harás todo lo que sea necesario para que María salga viva de ésta. —Vio que Royce abría los ojos—. Sé que Nina está malherida, y que la pequeña también, pero... —Escupió sangre—. Sé que María saldrá adelante. Tiene que vivir, Royce. Júrame que harás lo que sea necesario para salvarla.

—Tom... —Sabía bien lo que su amigo estaba insinuando.

—Júramelo. Los resultados están... —Ya casi no podía respirar.

—Son sólo teóricos. —Seguía negándose a mentirle a Tom.

—Júramelo. —Apretó de nuevo los dedos—. Por favor.

—Lo juro.

—Gracias. —Tom aflojó la mano—. Diles que las quiero —le resbaló una lágrima—, y dile a Nina que me perdone.

—Tom...

—Dile que la querré siempre.

—Lo haré.

Abrió los ojos por última vez y se despidió de Royce Whelan. Éste cerró los párpados de uno de los hombres más honrados y valientes que había conocido en toda su vida y fue a cumplir sus promesas.

Entró en la habitación de la niña y encontró a Nina con la pequeña en brazos.

—Tom está muerto —dijo la mujer. No era una pregunta—. Y yo... —Tragó saliva—. Acércate, Royce.

Él obedeció y se sentó a su lado.

—Tom me ha pedido que te dijera que te querrá siempre, y que te pidiera perdón.

—Siempre ha sido algo melodramático —sonrió Nina, y en ese instante Royce

tuvo un atisbo de la brillante mujer que era la esposa del científico—. Sé que me quiere, y ahora, cuando lo vea, le diré que no tiene que pedirme perdón. Coge a la niña.

Él cogió a la pequeña en brazos y le acarició la mejilla. La tenía manchada de sangre, pero pudo sentir como todavía latía la vida bajo la delicada piel.

—Uno de esos hombres la ha apuñalado. Le he presionado la herida con la manta, pero necesita ir a un hospital.

—No voy a dejarte aquí —afirmó Royce antes de que ella se lo pidiera.

—Prométeme que María será feliz. —Lo sujetó por el cuello de la camisa.

Los ojos de Nina brillaban con la ferocidad de los de una leona.

—Lo prometo.

—Sácala de aquí y sálvala. Yo... —Apartó la mano ensangrentada de la herida que tenía cerca del cuello y que había taponado hasta ese momento—... Yo tengo que irme con Tom.

Royce abrazó a la pequeña María y no se fue de allí hasta que Nina se hubo despedido de su hija para siempre.

Luego corrió con la niña hacia el coche, deteniéndose sólo un segundo para coger unas mantas, y la acomodó como pudo en el asiento del acompañante. Se sentó al volante y pisó el acelerador. El corazón de María no iba a aguantar mucho más, y a ella no iba a perderla. Condujo como un poseso hasta el hospital en el que trabajaba Dominic Prescott, un guardián centenario, y se comunicó con él mentalmente para que lo esperara en urgencias.

—¿Qué ha pasado? ¿Y Tom? —le preguntó Dominic al coger al bebé en brazos.

—Muerto, y Nina también. Unos soldados del ejército los han atacado esta noche. —Recorrieron juntos el pasillo de urgencias—. ¿Podrás salvarla?

—Haré lo que pueda. —Hizo gestos a una enfermera, que en seguida corrió a preparar un quirófano—. Espera aquí.

Royce asintió y fue a la sala de espera. Había tenido mucha suerte de que unos años atrás, Dominic decidiera que estaba aburrido de vivir en Inglaterra y se mudara a Nueva York una temporada. De lo contrario, habría tenido que entenderse con un médico de urgencias cualquiera y habría tenido muchos problemas a la hora de explicar por qué llevaba en brazos a una niña de seis meses al borde de la muerte, cuyos padres habían fallecido a manos de unos aprendices de demonio. Sí, que Dominic estuviera allí era buena señal. O así decidió interpretarlo cuando, dos horas más tarde, éste salió del quirófano.

—¿Cómo está?

—Estable, pero no sé si sobrevivirá. —Ambos se sentaron en un par de las incomodísimas sillas blancas de la sala de espera—. Ha perdido mucha sangre, y es muy pequeña. Tienes que estar preparado, Royce.

—No —replicó él—. ¿Qué me dices del proyecto Ícaro?

—No lo dirás en serio. —Pero vio que su amigo iba muy en serio—. Mierda, Royce. No me hagas esto. El propio Tom decía que por ahora sólo era una teoría. No se ha probado nunca. Nunca. María podría morir.

—Y si no lo probamos, ¿cuántas probabilidades tiene de sobrevivir? Dime la verdad.

—Muy pocas. —Royce buscó la mirada de Dominic y éste se la sostuvo—. Ninguna —reconoció al fin la horrible verdad—. No creo que pase de esta noche.

—Tiene que vivir, Dominic. Se lo prometí a sus padres. —Se puso en pie y, exasperado, se pasó las manos por el pelo.

—Royce, ni Tom ni Nina querrían que te torturaras con esto.

—No, María tiene que salir de ésta. Voy a buscar los papeles de Tom...

—No hace falta —lo interrumpió el otro guardián—, hace una semana estuvo aquí y me dejó una copia. Me pidió que lo ayudara con unas pruebas. —También se puso en pie—. Está bien, de acuerdo. Lo intentaré. —Antes de que Royce lo abrazara, añadió—: Pero si algo sale mal —tragó saliva—, si algo sale mal, María se quedará dormida y se reunirá con sus padres, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. —Royce sabía que Dominic no iba a permitir que nada saliera mal—. ¿Qué necesitas?

—El quirófano está equipado con todo lo necesario...

—Pues a qué esperamos —lo interrumpió.

—Falta lo más importante —dijo Dominic.

—¿Qué?

—Sangre. María es un bebé, así que si queremos que su pequeño cuerpo tenga la más mínima posibilidad de salir adelante, necesita la sangre de un guardián que todavía esté creciendo, y me temo, amigo mío, que eso nos descarta a ambos.

—Simon.

—¿Tu hijo? ¿Cuántos años tiene?

—Diez.

Dominic se quedó pensando unos segundos antes de hablar.

—Podría funcionar.

—Voy a buscarlo —dijo Royce, ya de camino hacia la salida.

Una hora más tarde, Royce y un Simon algo aturdido estaban dentro del quirófano. El niño permanecía tumbado en una camilla, con una cánula en el brazo derecho que iba extrayéndole sangre poco a poco. En una camilla a su lado, casi perdida entre las mantas, estaba María, que también llevaba un artilugio similar, pero adecuado a su tamaño.

—Papá, ¿se pondrá bien? —le preguntó Simon a Royce.

—Esperemos que sí, hijo —le respondió éste, y le acarició la frente. Estaba muy orgulloso de su hijo, pero ver que había bastado con que le dijera que la vida de una niña corría peligro para que él se ofreciera a ayudarlo, lo había conmovido especialmente. Algún día, Simon sería un gran guardián.

Dominic siguió a pies juntillas las indicaciones que Tom había escrito acerca del proyecto Ícaro y al terminar fue en busca de Royce y Simon, a los que al terminar la transfusión había mandado de nuevo a la sala de espera.

—María se pondrá bien —les anunció sin dilación.

Los dos adultos y el niño se abrazaron.

—Menos mal —dijo Simon a media voz—. Mi vida no tendría sentido sin ella.

Ni su padre ni Dominic prestaron atención a la extraña frase. Una frase que años más tarde adquiriría mucho sentido.

Tres años más tarde...

A la familia Whelan les encantaba pasar parte de sus vacaciones en Escocia, donde vivían los miembros del clan Jura, a los que consideraban primos hermanos, y con los que siempre coincidían como mínimo cuatro veces al año. Liam Jura, uno de los guardianes más respetados de la historia, era uno de los mejores amigos de Royce Whelan; en realidad, dado que Royce había perdido a su padre a muy temprana edad, Liam había sido para él una especie de mentor. Y por eso Royce y su familia visitaban Escocia con frecuencia; para que los nietos de Liam, Ewan y Daniel, conocieran a su primo Simon.

Y en esa ocasión, María también iba a acompañarlos.

Después del asesinato de sus padres a manos del ejército de las sombras, Royce y Dominic decidieron que lo mejor para la pequeña sería que también la dieran por muerta. Dominic certificó su fallecimiento y ni la policía ni nadie del hospital se lo cuestionaron. Royce tampoco tuvo ningún problema a la hora de hacer desaparecer su propio rastro en lo sucedido aquella horrible noche, y se aseguró de que en todos los periódicos apareciera la trágica noticia de la muerte de un brillante científico junto con su mujer y su bebé.

María había pasado casi seis meses en el hospital, registrada con otro nombre, por supuesto. Gracias a la sangre de Simon, que había ido a verla cada día, la pequeña había engañado a la muerte, pero su recuperación había sido muy lenta. Dominic se había pasado horas repasando todas las anotaciones de Tom respecto al informe del proyecto Ícaro, pero tal como le había dicho a Royce, nadie había conseguido terminarlo con éxito. A lo largo de esos eternos seis meses, María había sufrido diversas recaídas, había pasado de tener fiebre alta a estar completamente helada, y lo único que había conseguido calmarla cada vez había sido la presencia de Simon. Tanto Royce como Molly estaban orgullosos y encantados con la conducta de su hijo, que hasta entonces había sido un niño muy rebelde y despreocupado. Y quizá siguiera siéndolo, excepto cuando estaba con María. La miraba con una intensidad que a Molly le erizaba la piel. Se sentaba a su lado y sujetaba la delicada y diminuta mano de la pequeña en la suya y le daba pequeños besos. Le hablaba como si ella pudiera entenderlo, y le contaba los cuentos que a él más le gustaban: las leyendas de los guardianes. Una noche, Simon había insistido en quedarse a dormir allí, y ni siquiera Dominic, al que, tras salvar a María, Simon idolatraba, había conseguido convencerlo de que se fuera. Royce le había dicho a su hijo que no pasaba nada porque se fuera a

casa, que al día siguiente la niña seguiría allí y podría volver a cuidarla, a lo que él había respondido que no, que esa noche era importante. Que María lo necesitaba.

A la mañana siguiente, cuando Dominic fue a visitar a la pequeña, se la encontró sentada en la cama jugando con los mechones del pelo de Simon, que se había quedado dormido. Y en menos de una semana casi se había recuperado del todo.

A pesar de la impresionante mejora, los Whelan siguieron siendo muy precavidos con ella y no se atrevieron a alejarla demasiado de Dominic y de su hospital. Hasta que Simon los convenció de que se la llevaran con ellos a Escocia.

Llevaban una semana en el castillo de los Jura y Royce seguía teniendo la sensación de que alguien los vigilaba. La primera vez que detectó la presencia de unos ojos observándolos estaban en el aeropuerto; los guardianes podían teletransportarse, e incluso llevar con ellos a un humano, pero no habían querido arriesgarse con María, y Simon se había pasado todo el vuelo mareado, pero sujetando la mano de la niña, que lo miraba con adoración. Al llegar al castillo, hizo partícipe a Liam y a Robert de sus sospechas, y padre e hijo se pusieron también alerta.

Liam, Robert y Royce, junto con Ewan y Daniel, salieron a pescar. Simon no quiso acompañarlos porque no quería dejar sola a María, así que Molly y Alba, la esposa de Robert, decidieron también quedarse y preparar algo especial para la cena. Algo digno de acompañar todos los peces que traerían del río.

—Mamá, María y yo vamos a pasear por el jardín —le dijo Simon a Molly—. Quiero enseñarle el pozo de los deseos.

—De acuerdo, pero tened cuidado. Y no tardéis demasiado, tu padre regresará en seguida.

—A mí también me gusta pasear junto al pozo —apuntó Alba—, parece sacado de un cuento de hadas. Pero no estoy segura de que conceda deseos. ¿Tú qué deseo vas a pedir, María?

—Yo sólo quiero a Simon —y apretó los dedos con los que se aferraba al niño de trece años—, y un perrito blanco que se llame *Puzzle*.

Molly y Alba se quedaron sin habla; Nina, la madre de María, tenía un perro blanco con ese nombre, al que degollaron los asesinos antes de entrar en la casa de los Gebler aquella noche.

—Vámonos, María —dijo Simon tirando de ella—, si no, no tendremos tiempo.

Hasta que los dos niños hubieron salido de la casa, Molly no se atrevió a hablar.

—¿Crees que se acuerda del perro?

—Espero que no —respondió Alba—. Espero que no.

Ajenos a esa conversación, Simon y María fueron paseando hasta el pozo. Iban

riéndose; él no cejaba en su empeño de hacer sonreír a la niña, y ella nunca estaba tan contenta como cuando estaba a su lado. Ninguno de los dos era consciente del peligro que los acechaba.

Había tardado mucho tiempo en dar con ella, pero al final había valido la pena esperar. Esperar y seguir vigilando a Dominic Prescott y a los Whelan. Hacía ya más de un año que había descubierto que María Gebler seguía viva, pero hasta entonces los guardianes la habían custodiado noche y día, haciendo imposible que pudiera acercarse a ella. Jeremiah Claybourne era un hombre paciente y muy ambicioso, y, al fin, lo primero iba a resultar imprescindible para satisfacer lo segundo. El proyecto Ícaro había pasado de ser una de las joyas de los guardianes a caer en el olvido, pero ni él ni el señor del ejército de las sombras lo habían olvidado. Seguro que si conseguía demostrar que Ícaro era viable, lord Ezequiel lo compensaría generosamente por ello. Eternamente incluso, y el único modo de demostrar eso era con María Gebler. Si aquella niña de tres años que había viajado con los Whelan a Escocia era el mismo bebé que un soldado del ejército había apuñalado dos años y medio atrás, entonces el bueno del doctor Prescott no había utilizado técnicas estrictamente humanas para curarla.

Tom Gebler, el científico que había estado detrás del proyecto Ícaro, y Royce Whelan habían estado a punto de descubrir los planes de Claybourne. Aunque estaban muy lejos de averiguar el verdadero motivo que se escondía detrás de todo, Jeremiah no había querido correr ningún riesgo, y mandó asesinar al humano, convencido de que de ese modo Whelan se daría por advertido y cejaría en su empeño. Y así había sido. Pero por desgracia, el guardián también había decidido clausurar el proyecto Ícaro, y eso era algo que Claybourne no podía permitir. Había estado a punto de tirar la toalla, pero cuando uno de sus esbirros oyó una conversación entre dos enfermeras del hospital hablando del extraño tratamiento que el doctor Prescott le estaba administrando a una niña de apenas un año, le dio un vuelco el corazón. O así habría sido de haberlo tenido.

Ahora, por fin la tenía al alcance de la mano. No podía creerse que, después de tantas dificultades, lo tuviera tan fácil. La niña estaba sola con aquel niño larguirucho que la acompañaba a todas partes. Y aunque este niño fuera descendiente de una legendaria estirpe de guardianes, no era rival para él, un comandante del ejército de las sombras y el primer humano al que convertirían en mucho tiempo... Si conseguía demostrar su valía. Claybourne tiró de la correa del perro del infierno que se había llevado con él. Detrás de él iban dos soldados, listos para entrar en acción. Buscó el silbato que le colgaba del cuello y sopló, con lo que el perro extendió los colmillos y salió corriendo hacia los niños. Lo siguieron los soldados, mientras él se quedaba esperando, oculto junto a un árbol.

Simon vio al perro justo a tiempo, y empujó a María al suelo. El animal le mordió el brazo, pero no le atravesó la piel, aunque sí lo retuvo e imposibilitó para la lucha.

—¡Corre, María! —gritó asustado.

—No —balbuceó ella.

—¡Corre! —Con la mano que tenía libre, le dio un puñetazo al animal en el hocico.

Los dos hombres llegaron en ese instante, y uno sujetó a Simon por el cuello mientras el otro cogía a la niña en brazos.

—¡No! —gritó Simon—. ¡Suéltala!

El soldado desenfundó un puñal y Simon aprovechó para morderle el otro brazo. El hombre lo soltó, pero acto seguido le dio un golpe en la cabeza que lo dejó inconsciente. María se quedó mirando a Simon sin poder dejar de llorar.

—Vamos, no tenemos tiempo para esto —le dijo el soldado que retenía en brazos a María al otro cuando vio que su compañero se acercaba al niño con el puñal—. Es un mocoso —añadió con desprecio.

Al otro no parecía importarle esa distinción, pero el ruido de alguien acercándose sí que lo convenció y se fueron de allí corriendo y llevándose a la niña.

—¡Simon! —exclamó Royce asustado al encontrar a su hijo inconsciente al lado del pozo.

Suerte que al final había decidido hacer caso a su instinto y habían regresado antes de tiempo; ya que de haber seguido pescando, quizá no habría llegado a tiempo de salvar a Simon, y entonces su vida sí que no hubiera valido la pena.

—María —farfulló el niño sacudiendo la cabeza—, se la han llevado.

Robert y Liam corrieron hacia el castillo para asegurarse de que allí no había sucedido nada y para dar instrucciones a sus hombres.

Todos los guardianes del clan Jura, así como los de muchas familias vecinas, buscaron a María durante días sin obtener ningún resultado.

Simon se culpaba de todo; de que la hubiesen llevado a Escocia, de haber ido a pasear junto al pozo, de no haber sido capaz de defenderla. De todo. No importaba cuántas veces le dijeran que no era culpa suya, que no habría podido hacer nada, él seguía culpándose. No dormía, no comía, se pasaba el día, y la noche, buscándola. Y el cruel destino quiso que fuera él quien encontrara la prueba irrefutable de la muerte de María.

Estaba inspeccionando por enésima vez los acantilados cuando algo captó su atención. En una roca había una tela, o eso parecía desde la distancia, así que bajó hasta allá sin importarle demasiado los arañazos que se hizo en las manos y en las rodillas, y fue a buscarla. Era el vestido de María, y estaba completamente empapado de sangre. Simon lloró durante horas abrazado a él, y cuando creyó que ya no le quedaban lágrimas, y sólo después de jurarse que no volvería a llorar hasta que

encontrara a la niña y pudiera derramar lágrimas de alegría, regresó al castillo. Tal como él había previsto, tanto su padre como Liam y Robert Jura llegaron a la conclusión de que María había muerto, y dejaron de buscarla. El clan Jura y los Whelan al completo lloraron su pérdida, y de regreso a Nueva York, Royce y Molly guardaron una pequeña foto de la pequeña en la urna que contenía las cenizas de sus padres. Simon lo observó todo como desde fuera de su propio cuerpo, y nunca, ni una sola vez, pronunció la frase: «María está muerta». Incluso prohibió a sus padres que lo dijeran. Él iba a encontrarla, aunque tardara toda la eternidad, porque sin ella no había nada, sólo oscuridad.

Nueva York, en la actualidad

Simon colgó el teléfono. Se había pasado media hora hablando con Ewan, y quizá habrían seguido un poco más si a su primo no lo hubiera interrumpido Julia, la mujer que por fin había logrado convencerlo de que asumiera su naturaleza de guardián. Ewan sería un gran líder, pensó Simon, el mejor en muchos siglos. Sería todo un honor poder estar a su lado.

Los meses anteriores habían sido trascendentales para los guardianes de Alejandría. Después de eliminar a Rufus Talbot, sólo una cosa estaba clara: él no era el cerebro de aquella operación, lo que dejaba únicamente una opción posible. Una temible y aterradora: el ejército de las sombras había vuelto. Tras pasarse siglos oculto, lord Ezequiel, o alguno de sus seguidores, estaba dispuesto a tomar de nuevo las riendas del mal y a hacerse con tantas almas como le fuera posible. Mientras en Inglaterra los guardianes del clan Jura trataban de averiguar hasta dónde había conseguido llegar Rufus Talbot en su perverso afán por enriquecerse y ganarse el respeto de su padre, en Nueva York, Simon seguía preocupado por los constantes fallos en su sistema de seguridad y por una serie de operaciones financieras que no parecían tener ningún sentido, pero que no dejaban de sucederse.

—Señor Whelan —dijo una voz a su espalda. Una voz que siempre conseguía ponerle la piel de gallina.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que me llames Simon? —preguntó, con la frente apoyada contra el ventanal de su oficina.

—Una más, señor Whelan —dijo Mara Stokes, su secretaria, pero esta vez a Simon le pareció que ella había sonreído.

—¿Ha sucedido algo? Es muy tarde, y creo recordar que te he dicho que te fueras a casa. —Sacudió la muñeca en busca de su reloj—. De eso hará ya más de dos horas.

—Me lo ha dicho, señor, pero he decidido no hacerle caso.

Sí, ahora sí había sonreído, pensó Simon, y se dio media vuelta. Mara estaba más cerca de lo que había creído, o sentido. Llevaba aquel estúpido moño al que tanto cariño le había cogido él, y las gafas de montura gatuna que la hacían parecer sacada de una película de los años cincuenta. Y como si ella supiera que Simon se la imaginaba como una de las *pin-up* de esa época, se empeñaba en utilizar una agenda de cuero rojo y aire retro que él podía oler a distancia. Porque siempre olía a ella.

—¿Y a qué se debe tal acto de desobediencia, señorita Stokes? —Utilizó el tratamiento formal a modo de cumplido.

—Uno de los almacenes del muelle ha dado signos de actividad. No se han disparado las alarmas, pero no tengo constancia de que a fecha de hoy tuviéramos ningún envío —explicó la joven.

—¿Has llamado a los de seguridad, a la policía?

—No, usted me dijo que si sucedía algo fuera de lo normal no hiciera nada sin consultárselo, y he creído que...

—Has hecho bien, Mara —la interrumpió Simon, dirigiéndose ya hacia la salida.

—No pensará ir usted mismo al puerto, ¿verdad? —le preguntó ella, saltándose el rígido distanciamiento que se obligaba a mantener siempre con él.

—Por supuesto. Estoy harto de no saber qué es lo que está sucediendo en mi propia casa —contestó, mientras cogía el abrigo—. Y si mando a la policía o a la seguridad portuaria, quienes sean se largarán antes de que pueda interrogarlos.

—No puede ir solo.

—Por supuesto que puedo. —Simon no tenía intención de decirle que le bastaba con sus manos, mejor dicho, sus garras, para ocuparse de unos tipejos, pero tampoco quería que creyera que era un estúpido—. Iré allí, y si veo que la situación es peligrosa, llamaré de inmediato a seguridad.

—Le acompaño —se sorprendió diciendo.

Durante un breve instante, a Simon le tembló la mano con la que sujetaba el picaporte, pero en seguida recuperó la compostura.

—Está bien —suspiró resignado. Si algo había aprendido de Mara Stokes en el tiempo que llevaba trabajando para él era que no servía de nada llevarle la contraria. Y ésa era sin duda una de las cosas que más le gustaba de ella. Y su sonrisa, y su mirada, y aquellas curvas...

—Señor Whelan, ¿está bien? —preguntó la joven interrumpiendo sus pensamientos.

—Claro. Cuando quiera, señorita Stokes. —Le abrió la puerta e hizo una pequeña reverencia.

Llevaban diez minutos en el coche y Mara todavía no sabía por qué había decidido acompañar a Simon al muelle. Se suponía que al enterarse de que había alguien rondando por uno de los almacenes de las empresas Jura-Whelan, él iría a comprobar los monitores de la sala de seguridad y luego saldría furioso hacia el local que frecuentaban los esbirros que el clan Talbot solía utilizar en Nueva York. Pero no, para variar, Simon no había reaccionado como era de esperar y la había creído a pies juntillas.

«Eso es lo que querías, ¿no? —le preguntó con sorna la voz de su conciencia—, querías que confiara en ti».

Sí, Mara quería ganarse su confianza, quería saberlo todo de él para poder destruirlo, dejarlo sin nada, igual que Simon había hecho con ella. Entonces, ¿por qué

estaba allí sentada, sin poder dejar de mirarlo?

Llegaron al muelle y él apagó las luces del coche sin darle ninguna explicación. Mara no pudo evitar sonreír con disimulo. Si ella fuera la chica normal y corriente que Simon creía que era, eso sin duda le habría parecido de lo más extraño. Al fin y al cabo, los humanos no pueden ver en la oscuridad, y mucho menos conducir. El motor se detuvo y Mara dejó de fingir que estaba cautivada por las pocas estrellas que titilaban en el cielo.

—Quédate aquí, Mara. Lo digo en serio. —Y para dar más énfasis a sus palabras, la miró fijamente y le abrochó de nuevo el cinturón de seguridad que ella se había soltado—. Toma mi móvil. —Le entregó un teléfono de última generación que tenía conexión vía satélite. Era un prototipo del que no disponían aún ni siquiera los militares—. Siempre tiene cobertura, así que si ves algo extraño, lo que sea, dale a esta tecla.

—¿Y qué pasará? —preguntó Mara aceptando el aparato.

—Que llegará la caballería —contestó él, y se apartó y salió del coche sin mirar atrás. Su silueta pronto se difuminó en la oscuridad.

Simon se acercó con sigilo a la nave, que en apariencia estaba vacía. Se coló en el interior a través de una ventana y se dispuso a investigar. Algo no iba bien.

Mara estaba sentada en el coche cuando vio emerger del almacén a dos soldados del ejército de las sombras. Uno llevaba un objeto entre las manos. ¿Qué podía ser? Parecía un detonador. Su cerebro todavía no había terminado de asimilar lo que acababa de pensar, cuando una explosión irrumpió en el silencio de la noche. Sin pensarlo, sin dudarlo, sin cuestionarse siquiera qué estaba haciendo, se soltó el cinturón y corrió en busca de Simon.

El almacén había saltado en mil pedazos. Simon tenía astillas clavadas en la espalda y le escocían los ojos, por no mencionar lo mucho que le costaba respirar, pero seguía vivo, y lo estaba porque, por suerte, sus instintos de guardián se habían puesto alerta segundos antes de que aquel soldado de las sombras apretara el maldito detonador. Los muy imbéciles sabían que no bastaría con una explosión para matarlo, pero estaba convencido de que lo único que habían pretendido era deshacerse de las pruebas que pudiera haber en la nave y entorpecer su persecución. Y lo habían logrado. Simon tardaría varios días en recuperarse de aquellas heridas, quizá incluso una semana. El método más eficaz para que un guardián se curase de cualquier herida era bebiendo sangre de su alma gemela, pero dado que él carecía de ella, no tendría más remedio que esperar.

Furioso consigo mismo por haber actuado tan precipitadamente y sin tomar

ningún tipo de precaución, se abrió paso por entre las vigas, que seguían ardiendo. Se había comportado como un novato, algo nada propio de él. Y había dejado a Mara sola en el coche, pensó de repente, y frenético, intentó acelerar su avance. Si le había sucedido algo... No pudo terminar el pensamiento, pues un pedazo de techo que había sobrevivido a la explosión se le desplomó encima.

Mara se detuvo en seco al oír el estruendo que causó el techo al desprenderse, pero el aturdimiento sólo le duró unos instantes y siguió buscando a Simon sin dejar de gritar su nombre. Cada vez le costaba más respirar y los bomberos seguían sin aparecer; si no salía de allí en pocos minutos, terminaría por desmayarse. Tropezó y sintió un alivio indescriptible al comprobar que con lo que había topado era con el brazo de Simon. Apartó la viga partida por la mitad que éste tenía oprimiéndole el pecho y los restos que le cubrían la cabeza.

—¡Simon!, ¡Simon! Despierta, por favor. —Lo sacudió. Primero con cuidado, pero al ver que no reaccionaba, lo hizo luego con más fuerza—. ¡Señor Whelan! —insistió, y se dijo que las lágrimas que le resbalaban por las mejillas se debían al humo.

—Simon —farfulló él—, me gusta más Simon.

Mara sonrió y siguió quitándole cascotes de encima.

—Si quiere que vuelva a llamarlo Simon, señor Whelan, tiene que ayudarme a sacarlo de aquí.

Mara le sonrió otra vez, pero en esta ocasión algo impreciso y hermoso brilló en las profundidades de sus ojos, y Simon sintió algo de calor en el corazón que se le había helado años atrás, con la muerte de María. No, ahora no tenía tiempo de pensar en ella, tenían que alejarse de allí cuanto antes.

—A sus órdenes, señorita Stokes. —Le costó un poco ponerse en pie, pero lo consiguió justo a tiempo de evitar que otra viga aterrizara sobre su torso.

Los dos juntos, él cojeando y ella tosiendo casi sin parar, salieron de lo que quedaba del almacén, y un par de bomberos fueron corriendo a su encuentro.

Simon, sentado en una camilla, y tras convencer a un atónito enfermero de que no necesitaba su ayuda, se quedó mirando a Mara. Una mujer como ella se merecía a alguien mucho mejor que él, pero como no tenía intención de dejar escapar a la primera mujer que le interesaba de verdad desde hacía muchos años, sólo le quedaba una salida: cambiar y convertirse en un hombre, en un guardián, al que ella pudiera amar.

Mara seguía con la mascarilla de oxígeno puesta y no podía dejar de preguntarse por qué había ido a salvar a Simon si lo que más quería en este mundo era verlo muerto. Por suerte, un enfermero se acercó en ese momento para comprobar cómo estaba y de ese modo le ahorró tener que enfrentarse a lo que había sucedido. El enfermero, un joven muy amable que a muchas mujeres les parecería atractivo, le

quitó la mascarilla y la auscultó.

—¿Está bien? —preguntó Simon haciendo caso omiso del otro enfermero que lo perseguía para abrigarlo con una manta.

—Tendría que sentarse —trató de ordenarle éste—, tengo que mirarle ese corte que tiene en la frente.

—¿Ella está bien? —insistió Simon.

—La señorita Stokes está bien —le respondió, comprendiendo que no conseguiría nada de él hasta satisfacer su curiosidad—. Sólo ha inhalado un poco de humo. Quizá toserá un poco esta noche, pero mañana ya estará totalmente recuperada. En cambio usted...

—Yo estoy bien —afirmó Simon, aunque estaba pálido y alguna de las heridas seguía sangrándole, por no mencionar el par de costillas rotas que seguro que tenía y estaba tratando de ocultar.

—Siéntese, señor Whelan —le pidió Mara con voz ronca por el humo.

—Simon —insistió él, pero obedeció—. Antes me has llamado Simon.

El enfermero aprovechó su cambio de postura, y de actitud, y se apresuró a suturarle la herida.

—No tendría que haber entrado solo —empezó a decir Mara, pero tuvo un ataque de tos.

—Chsst —la hizo callar Simon, cariñoso—. Ya me reñirás mañana. —Esperó a que el enfermero terminara de coserle la ceja y le preguntó—: ¿Podemos irnos?

—Sí, aunque usted tendría que pasar la noche ingresado, pero con lo que me ha costado convencerlo para que se sentara, no voy a pedírselo. Asegúrese de no estar solo, y si se mareo o vomita vaya a un hospital.

—No se preocupe. —Le habría gustado aprovechar esa excusa para pedirle a Mara que se quedase con él, pero no lo hizo—. No estaré solo —mintió.

—Entonces, por nosotros pueden irse. Iré a preguntarle al detective Cardoso si quiere hablar antes con ustedes —dijo el otro enfermero, que parecía más experimentado en esas situaciones que el primero.

El detective Cardoso, un latino de unos cuarenta años, se acercó a Simon.

—Señor Whelan —le tendió la mano para saludarlo—, ¿cómo se encuentra? Soy el detective Oliver Cardoso, ¿puede decirme qué ha sucedido? —Sacó un cuaderno del bolsillo interior de la americana y un bolígrafo.

—Llámeme Simon, detective. La señorita Stokes me avisó de que nuestro sistema de seguridad había detectado la presencia de alguien en uno de nuestros almacenes y vine a asegurarme de que todo estaba bien.

—¿Por qué no llamó a la policía?

—Estaba convencido de que sólo se trataría de unos vagabundos, y no quise molestarles con esa nimiedad.

El detective tomó nota, pero a juzgar por cómo enarcó una ceja, quedó claro que no se creyó la educada respuesta de Simon.

—Comprendo. ¿Vio a alguien antes de la explosión?

—No —respondió él, y Mara jugueteó nerviosa con la manta. No quería tener que mentirle a la policía, pero tampoco iba a delatar a los hombres de su tío. Los soldados que habían colocado aquella bomba habían hecho una auténtica chapuza.

Cardoso levantó la vista y dejó de escribir.

—Mis hombres buscarán restos del explosivo entre los escombros —le explicó—. Llámeme si se le ocurre algo. —Le dio una tarjeta—. Yo iré a verlo dentro de un par días.

—Lo estaré esperando, detective.

Simon entró en su apartamento y, enfadado, lanzó las llaves sobre el mueble de la entrada. Le había dicho a Mara que la acompañaba a su casa. Quería acompañarla. Necesitaba acompañarla y asegurarse de que estaba bien, pero no, la señorita Stokes rechazó su ofrecimiento y aceptó el del maldito detective Cardoso.

Respiró hondo tres veces y se encaminó hacia el mueble donde guardaba el whisky. Sabía que beber no era la solución, pero estaba tan furioso que si no se calmaba daría rienda suelta al guardián, que saldría en busca de pelea. Y él ya no hacía esas cosas, o eso fue lo que se dijo mientras vaciaba la copa de un trago. Volvió a respirar y llenó de nuevo la copa para vaciarla también al instante. Le dolían las costillas, pero seguro que tras una ducha de agua caliente se sentiría mucho mejor. Fue a la cocina para dejar la copa sucia, y cuando se disponía a ir hacia el cuarto de baño, sus pies lo guiaron hasta la chimenea. Allí, sus ojos fueron a parar a la última fotografía que tenía con su padre.

Cogió el marco y acarició la imagen con el pulgar de la mano con que lo sujetaba. La foto era del día de la boda de Simon. Sí, de todas las estupideces que había cometido en su vida, sin duda casarse con Naomi era la peor de todas. Por suerte, ella no aparecía en la fotografía, sólo estaban Simon y Royce sentados a una de las mesas, cuando el banquete ya había terminado. Padre e hijo llevaban desabrochados los botones del cuello de la camisa, y Simon, sin la americana del chaqué, estaba sentado con la silla al revés y los antebrazos apoyados en el respaldo. Royce sujetaba un vaso de whisky en una mano y con la otra gesticulaba. Ninguno de los dos se percató de que el fotógrafo captaba aquel instante tan íntimo, pero Simon le estaría eternamente agradecido. Royce Whelan murió cuatro meses después, justo el mismo día en que se cumplía un año de la muerte de Molly, su esposa. Simon siempre le agradeció a su padre que se esforzara para quedarse con él más tiempo, pues ambos sabían que, cuando un guardián pierde a su alma gemela, no tarda en seguirla.

Se quedó mirando la foto y recordó lo que Royce estaba diciéndole en aquel instante: que estaba cometiendo el peor error de su vida y que jamás sería feliz con Naomi. Cuánta razón había tenido, pensó Simon, ojalá le hubiera escuchado; se habría ahorrado los meses de peleas continuas y un divorcio carísimo. Casarse había sido una estupidez, y no había servido para que el abismo de soledad que había en su interior menguara lo más mínimo. Al contrario, cada vez que tocaba a Naomi iba a peor, hasta que llegó un momento en que no pudo soportarlo. Y ella, por supuesto, lo compensó acostándose con todos los hombres que se cruzaban en su camino y despilfarrando hasta que las inagotables tarjetas de crédito de Simon echaron humo.

Conoció a Naomi en uno de los locales de moda de Nueva York. Por suerte, de eso hacía ya cinco años, y tres desde su divorcio. Ella era la hija menor de un destacado banquero, y su vida consistía en asistir a todas las fiestas importantes de la ciudad. Era guapísima, poseía un cuerpo escultural que en absoluto era natural, y sabía cómo utilizarlo. A decir verdad, Simon seguía sin comprender qué lo había atraído de ella.

«Sí, sí que lo sabes», le susurró el guardián que habitaba en su interior. El guardián se había puesto alerta tras la explosión y, al parecer, había decidido acompañarlo en aquel viaje por sus recuerdos. Simon se había fijado en Naomi porque era lo más distinto a María que pudo encontrar; o mejor dicho, era el tipo exacto de mujer en el que María nunca se habría convertido de no haber muerto.

La noche que Simon conoció a Naomi era el aniversario de la desaparición de María, y él estaba borracho, pues era la única manera de superar ese maldito día. Sabía que no era normal sentir aquella desesperación por haber perdido a una mujer que jamás llegó a existir, pero era incapaz de sobreponerse. Durante su adolescencia, trató de fijarse en otras chicas, pero siempre que alguna le llamaba la atención era porque tenía algún rasgo similar a María. «María tenía los ojos de ese color avellana. María tenía esa sonrisa. María. María».

Ya más mayor, cuando sus amigos, la mayoría humanos, hablaban de sexo, él no entendía nada. Sí, como ejercicio no estaba mal, pero nunca había sentido el abandono o la obsesión que algunos decían haber experimentado. Dentro de su mediocre vida sexual, la mejor de todas había sido Naomi... y por triste que pareciera, por eso se casó con ella. Naomi era una experta en la cama, se conocía todos los trucos y, durante un breve instante, Simon pensó que quizá, si seguía con ella, ambos terminarían por enamorarse el uno del otro. Nada más lejos de la realidad.

Naomi lo utilizaba sexualmente. Según ella, nadie la satisfacía como él, pero cuando Simon empezó a dejarla a un lado, no tardó en buscarse otro compañero de cama más predispuesto. Aquella primera noche en la discoteca, Naomi lo sedujo, aunque él jamás se escudó tras esa frase, siempre fue ella la que lo persiguió.

Se acostaron esa misma noche, y en medio del alcohol y la relativa euforia sexual, Simon creyó que por fin había encontrado a alguien con quien compartir su vida. Se casaron meses más tarde; las prisas se debieron en parte a que él quería asegurarse de que su padre estuviera presente, y, tras la muerte de su madre, sabía que no tenía demasiado tiempo. Por otra parte, Naomi se encargó personalmente de agilizar las cosas. Ella era una niña rica, pero su fortuna no podía compararse con la de los Whelan, y no quería correr el riesgo de que Simon se le escapara de entre las manos.

Durante los pocos meses que duraron los preparativos, e incluso el mismo día de la boda, Royce trató de disuadirlo. Le dijo que cometía un error casándose con una mujer que no sólo no era su alma gemela, sino que carecía totalmente de alma y de

bondad. Una parte de Simon siempre supo que su padre tenía razón, pero otra estaba harta de estar sola. Estaba harto de echar de menos a un fantasma, harto de que nadie lo tocara, de que nadie lo quisiera. El problema fue que Naomi resultó ser una pésima elección, y el guardián se encargó de hacérselo pagar con creces.

Simon jamás se había sentido tan desgarrado por dentro, tan perdido, como cuando estaba casado. Era como si todo su ser se opusiera a estar con aquella humana tan frívola y vacía. Y para sumar ironía al asunto, a Naomi, que por suerte nunca había estado al tanto de la verdadera naturaleza de Simon, le daba igual. Pronto las diferencias entre ambos fueron más que evidentes, irreconciliables, según la sentencia de divorcio, y los dos siguieron distintos caminos; y aunque a Simon le costó una verdadera fortuna, era sin duda el dinero mejor gastado de toda su vida. Lástima que su padre hubiera muerto antes de verlo divorciado.

Naomi ya no era su esposa, pero por desgracia seguía apareciendo de vez en cuando por su vida. Básicamente para pedirle más dinero, o para insultarlo, o para tratar de seducirlo. Los motivos de esas visitas eran múltiples y variados, pero él nunca caía en la trampa. Y, a pesar de lo que aparecía en las revistas, distaba mucho de ser un mujeriego. A decir verdad, no había estado con una mujer desde la última vez que se acostó con Naomi, y de eso hacía ya mucho tiempo. Había llegado a la conclusión de que, si bien podía pasar un rato agradable, ningún tipo de sexo compensaba la sensación de vacío que lo embargaba al terminar. Era un sentimiento horrible, a veces incluso se retorció físicamente de dolor y terminaba vomitando. Apenas podía acercarse a una mujer, y mucho menos tocarla. Pero con Mara era distinto.

Suspiró y pasó el pulgar por el rostro de su padre. Ojalá estuviera allí para darle consejo. Lo echaba de menos, y a su madre también, pero entre padre e hijo había existido una relación muy especial. Siempre que Simon estaba confuso, acudía a Royce, y nunca lo había estado tanto como en ese momento.

Había estado convencido de que María, aquella dulce y tímida niña, habría terminado por convertirse en una mujer increíble... y en su alma gemela. Tras su desaparición, todavía le costaba asumir que de verdad había muerto. Simon se pasó años convencido de que en su interior podía sentirla, de que su guardián sabía sin ninguna duda que estaba viva y esperándolo en alguna parte. Pero una noche de luna llena, cuando tenía veintisiete años, tuvo una pesadilla horrible y se despertó empapado de sudor y con lágrimas en los ojos. María estaba muerta. Ya no podía sentirla. ¿Por qué entonces? ¿Por qué? Se pasó una semana entera encerrado en su apartamento. Su madre estaba desesperada y su padre terminó por echar la puerta abajo. Dentro, encontró a Simon completamente abatido, borracho, casi ausente, con la mirada perdida y aferrado a una fotografía de él con María. Royce no dijo nada y se limitó a abrazarlo y a llevarlo hasta la cama, donde lo acostó. Luego se tumbó a su

lado y llamó a Molly para decirle que estaba bien. Esa noche, su padre le contó la historia de Ricardo Ponce de León, el guardián fundador del clan español.

Historia de Ricardo Ponce de León
Diario de los guardianes

Corría el año 1477 cuando Ricardo, noble caballero de la corte de los Reyes Católicos, fue llamado a palacio. Convencido de que su presencia era requerida para comentar alguna cuestión relativa a sus tierras o sus navíos, acudió a la cita sin temor alguno, pero le bastó con cruzar el umbral de la residencia de los monarcas para saber que aquél no era un encuentro cualquiera. En la antesala del trono estaba el marqués de Montemar, un hombre despreciable que colaboraba frecuente y apasionadamente con la Inquisición, tribunal que Ricardo repudiaba. No, la presencia del marqués no era casual.

Ricardo saludó a los reyes con respeto y esperó a que le explicaran el motivo de su llamamiento.

—Maese Ponce de León, os hemos pedido que vinierais porque tenéis que casaros.

De todas las cosas que a Ricardo se le pasaron por la cabeza de camino a palacio, el matrimonio ni siquiera se le había ocurrido. De hecho, se quedó tan sorprendido que, saltándose cualquier norma de protocolo imaginable, preguntó:

—¿Qué habéis dicho, majestad?

El rey se limitó a sonreír y se lo explicó:

—Dentro de dos semanas, vais a casaros con Catalina, la hija mayor del marqués de Montemar. Será una buena alianza para ambos.

Ricardo iba a decirle al monarca que él no necesitaba, ni quería, tal alianza, pero las siguientes palabras de la reina lo silenciaron.

—Con vuestro matrimonio, estoy convencida de que vuestra hermana podrá por fin regresar a la corte.

Magdalena, su hermana pequeña, llevaba un año encerrada en un convento por culpa de un escándalo sin ningún fundamento. Todos la echaban mucho de menos, y si no la sacaban pronto de aquella cárcel terminaría muriendo. Y la reina le estaba diciendo que si él se casaba con la tal Catalina, Magdalena podría regresar y que contaría con el apoyo de la corona.

—Gracias, majestad —respondió Ricardo.

Acto seguido, se abrieron las puertas y entró el marqués llevando consigo a una joven casi a rastras.

—Ponce de León —dijo el rey—, os presento a la dama Catalina.

Ésta lo fulminó con la mirada, pero hizo la reverencia de rigor y luego, unas damas de la corte se la llevaron de allí.

Ricardo abandonó el palacio horas más tarde, comprometido y furioso con el mundo. Él no quería casarse, y menos con una niña rica y malcriada que seguramente estaba embarazada de otro. Ricardo no se lo había dicho a nadie, pero siempre había soñado con enamorarse y formar una familia. Quería ser un buen hijo y un buen hermano, pero lo que más deseaba en su corazón era ser esposo y padre. Y ahora ya nunca podría ser así. Se casaría, pero ya no sería con la mujer que él eligiera. Y ninguno de los estaba enamorado.

Ricardo y Catalina no volvieron a verse hasta el día de la boda, y durante la ceremonia se limitaron a repetir los votos. La única alegría que tuvo él fue ver a su hermana Magdalena, sonriendo y sentada de nuevo entre los suyos. Terminaron los festejos y Ricardo y Catalina se retiraron a sus aposentos, donde la joven le dirigió la palabra a su esposo por primera vez.

—Lo siento —le dijo con la cabeza gacha.

—¿Cuándo nacerá el bebé? —preguntó él como si no la hubiera oído.

—¿Bebé? —Tardó unos segundos en comprender lo que insinuaba—. ¡No estoy embarazada!

Ricardo enarcó una ceja, incrédulo.

—Ya, seguro que eres virgen. —Él nunca hablaba así a las mujeres, pero ya que lo habían obligado a cargar con aquella, creía tener derecho a desahogarse.

—¿Y tú, eres virgen?

—¡Una dama no habla de esas cosas! —exclamó indignado.

—Si una dama no habla de esas cosas, mi querido esposo, ¿cómo quieres que te conteste? —Ella abandonó su postura recatada y lo miró desafiante.

—Mira, Catalina, es obvio que los dos estamos cansados, así que lo mejor será que nos acostemos.

—No pienso meterme en la cama contigo —sentenció ella, todavía ofendida porque Ricardo la creyera de costumbres ligeras. En los días previos a la boda, Catalina había averiguado muchas cosas acerca de su marido: que era un hombre honesto, increíblemente astuto para los negocios, y que a su padre el marqués no le gustaba lo más mínimo. Y con esa poca información empezó a enamorarse un poco de él.

—Ni yo tampoco, señora —respondió Ricardo firme.

Catalina sintió un nudo en la garganta, pero disimuló. Seguro que él se habría enterado de su interés por la medicina y también creería que era una bruja. Seguro que sentía asco hacia ella, o desprecio. Si al menos poseyera un ápice de la belleza de su hermana pequeña, podría tratar de seducirlo, pensó Catalina, pero en seguida desechó la idea. Atónita, vio como Ricardo cogía una almohada y unas sábanas y se tumbaba en el suelo. Cuando por fin pudo reaccionar, caminó hasta la cama y se acostó en ella.

Después de su peculiar noche de bodas, Ricardo insistió en mantener las distancias y se centró como siempre en sus tierras y en su familia, pero poco a poco, Catalina fue haciendo notar su presencia. Por las mañanas, la encontraba sentada a una mesa, repasando las tareas del día con el ama de llaves. Por la tarde, salía a pasear con un cesto que regresaba lleno de hierbas, y por las noches leía o escribía en un cuaderno mientras él descansaba en el salón. Durante las primeras semanas, intercambiaron sólo las frases de rigor, pero el interés de Catalina por su gente y sus tierras parecía sincero, así que Ricardo empezó a contarle cosas, hasta que un día, de golpe, se dio cuenta de que ya se las contaba sin que ella tuviera que preguntarle nada. Otra cosa que notó fue que todos los miembros de su casa, así como muchos aldeanos, saludaban afectuosamente a Catalina y le daban las gracias. Un día, después de que una mujer se le abrazara llorando, Ricardo no pudo resistir más:

—¿A qué ha venido eso? —le preguntó.

—A nada —respondió ella, colocándose un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Te ha dado las gracias mil veces —insistió él.

—Le preparé un jarabe para su hijo pequeño.

—¿Y?

—Hasta ayer estaba postrado en la cama, y ahora está correteando por el campo.

—Vaya. ¿Entiendes de hierbas?

—Un poco.

A Ricardo le habría gustado seguir hablando con Catalina, en especial después de ver lo guapa que estaba sonrojada, pero uno de sus hombres fue a buscarlo y tuvo que irse.

Días más tarde, oyó cómo un par de campesinos comparaban a su esposa con un ángel del cielo, y se sintió muy orgulloso de ella. Muy orgulloso y algo celoso, tanto que esa noche trató de sacar el tema de las camas separadas, pero Catalina le dijo que comprendía perfectamente la situación y que podían seguir así para siempre.

Ante su negativa, Ricardo sintió todavía más curiosidad por su complicada esposa, y mucha más atracción. Pero nada parecía funcionar con ella, y él volvió a mantener las distancias.

Catalina tenía el corazón roto. Estaba enamorada de su esposo, pero éste no quería ni tocarla. Sí, Ricardo había sido muy delicado con el tema, e incluso un día le había insinuado que, a modo de agradecimiento por su vinculación con los aldeanos, estaba dispuesto a yacer con ella. Pero Catalina no quería que la tocara por obligación, ni por gratitud, quería que la tocara con pasión, con amor. Y eso era imposible. Su propio padre la había repudiado por bruja.

Pasaron los meses, y al castillo de los Ponce de León llegó el rumor de que el Tribunal de la Inquisición iba a ir a sus tierras. Ricardo lo descartó por absurdo, pero una tarde, mientras estaba en el campo, Luis, el hijo del ama de llaves, apareció gritando.

—¡La señora, quieren llevarse a la señora!

Ricardo montó en su caballo y cabalgó como alma que lleva el diablo. Entró furioso en el salón y lo que presenció casi le parte el alma. Había cuatro hombres armados, vestidos con el uniforme de la Inquisición; dos retenían a sus sirvientes, uno estaba sentado en una silla, esperándolo, y el cuarto sujetaba a Catalina por el cuello mientras le apretaba una daga en el costado.

—Hemos venido a llevarnos a su esposa —le informó el que estaba sentado.

—Por encima de mi cadáver —respondió él sin dudarlo, y desenvainó la espada.

—Maese Ponce de León, de todos es sabido que no hay afecto entre usted y ella.

Ricardo se acercó al hombre sin inmutarse.

—Duermen en dormitorios separados —añadió el hombre—. Le comprendo, a mí también me daría asco acostarme con una bruja.

Ricardo desvió la mirada hacia Catalina un segundo y vio que el comentario le hacía daño. ¿Eso era lo que

pensaba su esposa?

—Cállese, y lárguese de aquí —ordenó.

—Lo lamento mucho, pero no podemos satisfacerle, señor. Verá, nos vemos en la obligación de quemar a una bruja noble de vez en cuando. Y su esposa ya nos eludió una vez.

Vaya, al parecer el marqués, en un gesto inesperado, había tratado de salvar a su hija mayor casándola con Ponce de León.

—Fuera de mi casa ahora mismo —repitió Ricardo.

—Caballeros, me temo que el señor Ponce de León necesita que le recuerden quién está al mando.

Tras esas palabras llenas de desprecio, todos, excepto el que retenía a Catalina, se abalanzaron sobre él. Ricardo luchó como no lo había hecho nunca y, a pesar de que lo hirieron gravemente, consiguió matarlos a los tres. El cuarto lanzó a Catalina al suelo y fue a por el noble. Los dos hombres se enzarzaron en una violenta pelea, y cuando el inquisidor levantó una daga para clavársela en el corazón, Catalina trató de ocupar su lugar, pero Ricardo vio el gesto a tiempo y fue él quien cubrió el cuerpo de su esposa con el suyo. La daga se le hundió en el omoplato derecho. Una herida mortal que lo enfureció tanto, que le dio las fuerzas suficientes para darse media vuelta y quitarle la vida al hombre que le había robado la suya.

Ricardo se desplomó en el suelo y, con su último aliento, le susurró a Catalina que la amaba. Ésta le repitió entre sollozos que ella también, y su llanto fue tan desgarrador que consiguió despertar a los dioses.

Los dioses llevaban tiempo observando a Ricardo Ponce de León. Era un hombre poco corriente, discreto y defensor acérrimo de la justicia. Siempre había demostrado valentía, pero la pelea de esa noche dejaba claro que incluso estaba dispuesto a morir por otra persona; por la mujer a la que amaba. Un hombre así sería sin duda un gran guardián, y con una esposa como Catalina, seguro que sus descendientes serían unos guardianes legendarios. Así que, con su esposa todavía llorando encima de él, Ricardo volvió a la vida y la besó por primera vez.

Simon devolvió la foto a la repisa y continuó su camino hacia el cuarto de baño. Sabía por qué su padre le había contado esa historia aquella noche. Era su modo de decirle que, a veces, uno encuentra el amor donde menos lo espera, y que éste necesita tiempo para crecer, para madurar, hasta convertirse en algo eterno. Simon comprendía perfectamente el significado de esa historia, y por ello precisamente había cometido el error de casarse con Naomi. Su problema, pensó al meterse bajo la ducha, no era no haberle dado tiempo al amor, sino que lo había encontrado demasiado joven, y lo había perdido. Y ahora no tenía más remedio que conformarse. Quizá lo mejor sería que no volviera a intentar estar con nadie.

Mara se despidió del detective Cardoso y entró en su apartamento. Cerró la puerta con rapidez, asegurándose de no olvidar ningún cerrojo, y se apoyó contra ella. No podía quitarse de la cabeza la imagen de Simon herido y mirándola como si necesitara abrazarla. Y ella también había tenido ganas de abrazarlo, por eso había rechazado su ofrecimiento de acompañarla a casa y había aceptado el del atractivo detective.

«Todo se debe al estrés postraumático —se dijo—, a la adrenalina de haber estado en medio de aquella explosión. ¿Y por qué diablos te metiste en el almacén?»

¿Qué había sucedido? Los hombres del ejército de las sombras solían ser muy precisos, y ninguno se atrevería a poner en peligro a la sobrina de Ronan Stokes, general del ejército y asesor personal de lord Ezequiel.

Todavía recordaba la primera vez que vio a su tío; ella tenía cinco años y se despertó aturdida en una cama de hospital. Ronan acababa de llegar a la treintena y se lo veía abatido allí sentado, en aquella silla tan incómoda y dándole la mano. En pocas palabras, le explicó que había estado muy enferma, y cuando Mara preguntó por sus padres le dijo que habían muerto. Hasta unos años más tarde no supo que tanto su padre como su madre habían sido asesinados por el clan Whelan.

Ronan nunca ocultó que no se sentía capacitado para cuidar de una niña, era físico nuclear y se había pasado media vida en un centro de investigación de Alaska, así que la mandó a estudiar a un carísimo internado, en Suiza. Iba a visitarla, pero siempre mantenía las distancias con sus profesores y el resto de los alumnos, incapaz de entablar la más mínima conversación con nadie. Por eso mismo, a Mara siempre la había sorprendido que alguien tan reservado y estudioso como su tío tuviera una amistad tan estrecha con una criatura que no pertenecía a este mundo y su ejército de soldados sin alma. De pequeña, creía que lo que él le contaba acerca de esos hombres era pura fantasía, pero con el paso del tiempo vio que era verdad. Y al cumplir los quince, el mismo día en que le explicó cómo fallecieron sus padres, Ronan le reveló también qué papel jugaba el ejército de las sombras en sus vidas. «Sin ellos nunca te habría encontrado —le dijo—. Y los necesitamos para poder vengarnos».

Y Mara quería vengarse. Quería vengarse de aquellos que le habían arrebatado a su familia, de los que la habían dejado huérfana y la habían obligado a crecer en un internado, sin el cariño de sus padres. Sí, Ronan se había asegurado de proporcionarle una educación, la mejor que se podía pagar con dinero, pero no la había abrazado de noche, ni le había explicado cuentos, ni nada. Mara no quería ser desagradecida, pero a veces no sabía cómo tratar a su tío. Sabía que él la quería, en más de una ocasión se

había quedado mirándola con lágrimas en los ojos y le había dicho que era igual que su madre, pero cuanto más se fue vinculando al ejército de las sombras, más se fue ensombreciendo su carácter.

Mara nunca había visto a lord Ezequiel en persona, pero sí que había oído su voz y eso le había bastado para ponerle los pelos de punta; y también había coincidido en alguna ocasión con otro de los asesores de Ezequiel, cuando éstos se reunían con su tío, y no le gustaba el modo en que la miraban. Espeluznante.

Se apartó de la puerta y se dirigió a la cocina. Se prepararía un té y se metería en la cama; seguro que por la mañana todo habría vuelto a la normalidad. Sonó el teléfono y se asustó.

—¿Estás bien? —le preguntó su tío cuando descolgó.

—Sí —respondió ella sin cuestionarse cómo sabía él lo de la explosión; seguro que alguien del ejército de las sombras lo había puesto al tanto de lo sucedido.

—¿Por qué te metiste en el almacén? —le preguntó enfadado.

Qué extraño, pensó Mara, Ronan nunca perdía la calma.

—Quería asegurarme de que Whelan se hallaba dentro —mintió sin saber muy bien por qué—. Vi salir a los soldados y temí que fuera detrás de ellos. —Como excusa no estaba mal—. ¿De dónde han salido esos tipos?

—No te preocupes por ellos, ya no volverán a meter la pata —le aseguró su tío—. No deberías haber corrido ese riesgo —la riñó—. Estamos muy cerca de conseguirlo, Mara.

—Lo sé, tío.

—En fin, no pasa nada. ¿Sabes si Whelan sospecha algo?

—No, no tiene ni idea de lo que está sucediendo. Sabe que alguien de sus empresas lo ha traicionado y cree que tiene que ver con el clan Talbot. Todo está saliendo a la perfección, tal como planeaste.

—¿Mañana volverás a verle?

—Por supuesto.

—Perfecto, ya sabes lo que tienes que hacer —le recordó Ronan—. Yo todavía tardaré unas cuantas semanas en regresar, llámame si sucede algo. —No añadió que tenía a alguien vigilándola. No hizo falta.

—Claro, tío.

—Descansa, Mara, y no lo olvides, estamos muy cerca.

Ronan Stokes colgó el teléfono y Mara sintió un extraño escalofrío en la espalda. Su tío nunca había sido cariñoso con ella, y estaba obsesionado con vengarse de los Whelan. Al principio, solía concentrar toda aquella ira en la figura de Royce Whelan, pero tras la muerte de éste, hacía unos cuantos años, se obsesionó con Simon. Mara estaba muy lejos de defenderlo, pero en el poco tiempo que llevaba trabajando para él, había descubierto que era un hombre muy inteligente, trabajador y que se

preocupaba mucho por sus empleados. Quizá flirteara más de la cuenta con ella, pero Simon Whelan lo sabía casi todo acerca de las personas que trabajaban a su alrededor, y si alguna tenía un problema, se ofrecía para solucionarlo sin esperar nada a cambio. Y eso no encajaba con la descripción que su tío Ronan le había hecho del heredero del clan Whelan.

Un día, antes de que su tío partiera de nuevo hacia Alaska, trató de sacar el tema, pero cuando insinuó que quizá Simon no tuviera nada que ver con su padre, Ronan la fulminó con la mirada y le dijo que no fuera estúpida, que seguro que estaba fingiendo con el único objetivo de llevársela a la cama. A Mara la afectó mucho que su tío la insultara de ese modo, y se le llenaron los ojos de lágrimas cuando vio que Ronan apretaba los dedos de una mano para no caer en la tentación de pegarle. Así que, decidida a no defraudar a su tío, se autoconvenció de que Simon no era tan bueno como aparentaba. «Sólo está fingiendo», se repitió una y otra vez. Pero nada evitó que entrara corriendo en el almacén cuando creyó que podía estar atrapado dentro.

—Estás cansada, Mara —dijo en voz alta, y con movimientos mecánicos se preparó una taza de té y se sentó en el sofá.

Cerró los ojos convencida de que no podría dormirse, pero en cuestión de segundos su cuerpo se relajó y su mente viajó a aquel jardín que sólo visitaba en sueños.

En el sueño, Mara tenía tres o cuatro años y caminaba por el jardín más bonito que había visto nunca; parecía un bosque, pero no, sabía que era un jardín. Su madre y su padre estaban sentados en un banco de piedra, hablando, sonriéndose el uno al otro. Ella se acercaba a los dos y su padre, cariñoso, le ponía una flor en el pelo. Luego, su madre la cogía en brazos y la sentaba en su regazo, y empezaba a contarle un cuento. Un cuento precioso acerca de unas hadas que vivían en un castillo encantado y que cuidaban de los humanos. La reina de las hadas se llamaba Claire, y gracias a ella y a sus amigas el mundo vivía en armonía.

A Mara le encantaba ese sueño y cuando tenía la suerte de poder visitarlo no quería despertarse. En él podía sentir los dedos de su padre acariciándola, oír la melodiosa voz de su madre, respirar el aroma del mar. Y siempre terminaba igual, con su madre dándole un beso en la frente y diciéndole que todo iba a salir bien. Mara se movió incómoda en el sofá, algo iba mal en el sueño; notó que su madre se tensaba y entrelazaba los dedos con los de ella.

—*Tienes que buscar a Claire* —le susurró su madre al oído—. *Confía en el guardián.*

Mara trató de preguntarle a qué se refería, pero un trueno desgarró el cielo del jardín onírico y se despertó.

Tenía la espalda empapada y la respiración entrecortada. Y cuando levantó las

manos, comprobó que le temblaban. Se puso en pie y caminó hacia el secreter que tenía en su dormitorio, y de un cajón sacó un cuaderno y anotó las palabras de su madre. ¿Buscar a Claire, a una hada? ¿Qué era un guardián? Lo mejor sería que no hiciera caso, seguro que eran sólo divagaciones fruto del cansancio. Sí, sería eso. Fue al cuarto de baño, abrió el grifo del agua caliente de la ducha y se metió debajo del chorro, y a pesar de que se repitió una y otra vez que sólo había sido un sueño, no pudo quitarse de encima la sensación de que había visto a sus padres de verdad.

Recién duchada y con un pijama limpio, Mara se acostó y volvió a quedarse dormida. Si tenía suerte, quizá volviera a soñar.

Simon llegó a las oficinas a primerísima hora de la mañana. El portero del edificio, que obviamente se había enterado de la explosión de la noche anterior, lo miró como si estuviera viendo a un fantasma... o a un loco. Para no delatar su condición de guardián, Simon fingió que le seguían doliendo las costillas y la cabeza, y tuvo un convincente ataque de tos. A decir verdad, guardián o no, había tenido mucha suerte; si alguna de aquellas vigas le hubiera atravesado un órgano vital, sólo habría podido regenerarse bebiendo sangre de su alma gemela. Y Simon no tenía. Ni tendría jamás, pensó al apretar el botón del ático en el ascensor. Respiró hondo y alejó esos pensamientos negativos de su mente; había llegado el momento de seguir el consejo de su padre y darle tiempo al amor. Y tenía que dejar de pensar en María.

—Buenos días, señor —lo saludó uno de los empleados del turno de noche al cruzarse con él por el pasillo.

El grupo tenía intereses en todo el mundo, así que en las oficinas siempre había alguien trabajando. Algunos de sus empleados eran guardianes, y al resto los elegían con esmero, así que el hecho de que alguien pudiera traicionarlo le dolía por partida doble; primero, por haber estado tan ciego y no haber sabido reconocer a un mentiroso, y segundo, por las consecuencias que dicha traición pudiera tener para todos. Una cosa era el espionaje industrial —el grupo ostentaba y gestionaba múltiples patentes industriales millonarias—, y otra que saliera a la luz pública la existencia de los guardianes.

A lo largo de la historia, los guardianes de Alejandría habían tenido que enfrentarse en más de una ocasión a la amenaza de ser descubiertos. Eran muy pocos los humanos que sabían de ellos y nunca eran personas cualesquiera, como el caso de Tom y Nina Gebler, o el de Mitch Buchanan y Julia Templeton, el mejor amigo y la esposa de Ewan Jura. Cuando los guardianes encontraban a su alma gemela, eran incapaces de mentirle, por eso siempre le contaban a su pareja qué eran y las obligaciones que conllevaba serlo. Simon nunca se lo contó a Naomi, nunca sintió la necesidad de hacerlo. El guardián siempre le había dejado claro que no tenía ningún problema en mentirle a aquella arpía sin corazón. Con ese último pensamiento,

Simon entró en su despacho y se dirigió directamente al ordenador. Empezaba a estar harto de sufrir accidentes y de que sucedieran cosas extrañas en sus empresas.

Unos meses atrás, después de regresar de su viaje por Europa, creó un archivo oculto en el que iba anotando todo lo que sucedía, las pistas que creía encontrar, y sus diferentes teorías. La primera anotación hacía referencia a Berlín y a la aparición de un grupo de jóvenes muertos por sobredosis de una droga sin identificar y la posterior desaparición de los cadáveres de esos mismos jóvenes. La segunda estaba relacionada con lo que le sucedió en Praga; Simon estaba en un bar frecuentado por guardianes cuando oyó una conversación de lo más interesante. Dos esbirros de Rufus Talbot, el guardián líder del clan de los Talbot, estaban fanfarroneando acerca del lanzamiento de una nueva droga de resultados espectaculares.

Luego, había asimismo una recopilación de lo sucedido en Inglaterra. En Londres, también había aparecido muerta una joven por sobredosis. Ésta, de nombre Stephanie, trabajaba en Vivicum Lab, los laboratorios propiedad de Rufus Talbot, y la mejor amiga de la chica, Julia Templeton, la ahora esposa de Ewan Jura, estaba convencida de que era imposible que Stephanie se hubiera drogado. Simon repasó rápidamente los documentos que le había enviado Ewan. Tras una operación encubierta en la que su primo casi pierde la vida y la cordura, los Jura, con la ayuda de Mitch Buchanan, habían descubierto y desmantelado el plan de Talbot. Éste pretendía fabricar una droga capaz de causar adicción en los guardianes y cuyo uso prolongado los convertiría en marionetas sin voluntad que obedecerían ciegamente a cualquiera que les proporcionara más.

Para diseñar la sustancia tóxica, Talbot y sus esbirros habían secuestrado a Dominic Prescott, uno de los pocos guardianes centenarios que existían, y lo habían sometido a miles de pruebas. Ewan y Mitch consiguieron rescatar a Dominic a tiempo, aunque, según le había contado su primo, el guardián desapareció luego de inmediato.

El laboratorio de Vivicum Lab voló por los aires y con él toda la LOS —así habían denominado a la droga— que existía, y Julia, gracias al cuaderno que Stephanie le había mandado antes de morir, consiguió eliminar toda la documentación relativa a dicha sustancia.

Desde entonces, en Inglaterra todo parecía estar volviendo poco a poco a la normalidad, excepto que Dominic seguía sin aparecer y que Mitch se estaba comportando de un modo muy extraño; de Daniel, el otro primo de Simon, tampoco sabían nada. A todo eso, había que sumarle lo sucedido en Japón, el accidente que había sufrido él mismo con los frenos del Maseratti y los robos en sus almacenes portuarios. ¿Estaría todo relacionado, o eran hechos aislados que sólo ponían de manifiesto que su sistema de seguridad no era tan infalible como creía? El timbre del

teléfono interrumpió sus divagaciones.

—¿Sí?

—Señor Whelan —era el portero del edificio—, ha venido el detective Cardoso.

—Dígale que suba.

—En seguida, señor.

—Gracias. —Simon colgó y tuvo el presentimiento de que el tal Cardoso iba a ser un hueso duro de roer.

Unos minutos más tarde, Oliver Cardoso, vestido con un impecable traje gris y con mirada suspicaz, entraba en su despacho.

—Buenos días, señor Whelan —lo saludó y le tendió la mano—. Veo que se ha recuperado muy rápido.

Él le estrechó la mano con fuerza. «Sí, un hueso duro de roer. Y sarcástico, además».

—Llámeme Simon, detective.

—Oliver —ofreció el otro a cambio.

—¿En qué puedo ayudarte, Oliver? —le preguntó Simon.

—Mis artificieros encontraron esto en el almacén. —Colocó encima de la mesa una bolsa de plástico que contenía lo que quedaba de la bomba—. Es un detonador.

—¿Y?

—Este detonador no existe. No lo fabrica nadie. —Buscó la mirada de Simon antes de continuar—. Es un prototipo militar. —Hizo otra pausa—. Quiero saber quién diablos anda detrás de ti, que está dispuesto a utilizar tecnología de última generación para borrarte del mapa.

Vaya, al parecer el detective frío y educado había desaparecido para dar paso a aquel hombre rudo y sin censura.

—No tengo ni idea —respondió él a la defensiva.

—Mira, no me importa lo más mínimo si evades impuestos, o si tienes montada una gran estafa, pero no permitiré que haya alguien rondando por mi ciudad con equipo armamentístico de última generación.

—Ni yo —afirmó rotundo Simon, su naturaleza de guardián no se lo permitiría—. No sé quiénes son, pero llevo meses tratando de averiguarlo. —Supuso que una verdad a medias era el menor de los males, y Oliver se relajó un poco.

—¿El atentado de ayer no fue el primero? —Lo fulminó con la mirada y se pasó las manos por el pelo—. Mierda. ¿Por qué no avisaste a la policía?

—Tal como te dije ayer —lo miró a los ojos—, no quería molestar.

—Cuéntame qué pasó las otras veces. —Oliver Cardoso sacó su cuaderno del bolsillo—. Todo.

—Nuestros almacenes han sufrido distintos allanamientos. Toma. —Abrió un cajón y le pasó una carpeta—. Aquí tienes las fotos que tomaron las cámaras de

seguridad y la información relativa a los edificios. Al principio, creímos que nos habían robado, pero después de hacer inventario de los destrozos comprobamos que no se habían llevado nada.

—Deduzco que, hasta ayer, ninguno de los almacenes había salido volando por los aires.

Oliver cogió la carpeta y empezó a hojear los papeles que contenía. Anticipándose a que podía suceder algo así, Simon le había pedido a Mara que la preparara días antes.

—Y hace unas semanas, mi coche se quedó sin frenos. Cuando lo llevé al taller, me dijeron que los habían cortado.

—¿Y a ti no te sucedió nada?

—Tuve suerte.

—Ya veo. —Cerró la carpeta—. ¿Esto es todo? —le preguntó escéptico.

—Sí, esto es todo.

Se sostuvieron la mirada durante unos segundos.

—Está bien. —Cardoso fue el primero en ceder—. Me llevo esto y les diré a mis hombres que lo revisen, pero...

—Si averiguo algo más, llamaré a la policía.

—Más te vale.

El detective se levantó y abandonó el despacho de Simon, y éste, que había apagado el ordenador antes de que llegara su visita, volvió a encenderlo para seguir leyendo sus anotaciones. Cogió un bloc y escribió las fechas de los robos y las de los accidentes para ver si encontraba algún patrón, una costumbre heredada de su padre. Nada. Hizo lo mismo con las direcciones, tampoco. Mezcló ambos datos y tampoco tuvo suerte. Golpeó la mesa con el lápiz. Tenía que haber algo. Se levantó y caminó hacia la ventana y, durante unos minutos, dejó la mirada fija en el edificio de enfrente. La última planta estaba vacía. Vacía. Corrió a su escritorio y buscó entre los documentos. Sí, ¿cómo no se había dado cuenta antes?

El primer Whelan que llegó a Estados Unidos lo hizo en 1862 como un inmigrante irlandés más. Kieran Whelan huía de la miseria que había arrasado su país natal y estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para salir adelante. Tan sólo tenía dieciséis años, y su historia era una de las más leídas del *Diario de los guardianes*.

Historia de Kieran Whelan
Diario de los guardianes

Cuenta la leyenda que Kieran Whelan llegó a Nueva York muerto de hambre y lleno de piojos. Se había pasado semanas encerrado en la bodega de un barco y el hedor de la muerte y la enfermedad se le había pegado de tal modo al cuerpo que ya no lo notaba. Durante los primeros días fue feliz, a pesar de que seguía pasando hambre y de que no tenía dónde caerse muerto, pero pronto se dio cuenta de que había salido del fuego para caer en las brasas. O en el infierno.

El país entero estaba en guerra, y los recién llegados eran soldados a la fuerza; jóvenes que bajaban de un barco para regresar poco tiempo después metidos en ataúdes. Kieran consiguió zafarse del primer reclutamiento «voluntario» que tuvo lugar en el barrio donde había conseguido un miserable trabajo como friegaplatos a cambio de un catre, pero no del segundo. Así que se vio luchando en una guerra en la que no creía y defendiendo un país al que no amaba, al menos todavía no. Pero la guerra tiene un efecto curioso en los soldados, éstos pronto se olvidan de la bandera por la que supuestamente combaten, y se limitan a cuidar del hombre que tienen al lado. En medio del cruel campo de batalla, a los soldados no los protegen los ideales políticos o las exigencias territoriales de un bando u otro; en el fragor de la batalla, un soldado sólo puede confiar en sí mismo y en sus compañeros de armas.

Kieran formaba parte del batallón de infantería del capitán Wilkins, un tejano de cuarenta años, de muy pocas palabras. En Irlanda, Kieran era pastor, así que, sin temor a equivocarse, se podía decir que no tenía ni idea de cómo utilizar una bayoneta; pero si bien le faltaba pericia armamentística, le sobraban ganas de vivir, y pronto aprendió lo necesario para defenderse a sí mismo y al resto de su pelotón.

Una noche, después de varios días de contienda, disfrutaron de unos extraños momentos de paz, seguramente debidos a la necesidad que ambos bandos tenían de reagruparse y replantear estrategias. Esa noche, Kieran oyó cómo Fredo, un italiano recién llegado como él, y Sal hablaban de sus respectivas esposas e hijos. Al escuchar las emotivas palabras de los dos soldados, a Kieran se le hizo un nudo en la garganta y los ojos se le llenaron de lágrimas, y se juró que haría todo lo que estuviera en su mano para protegerlos. A ellos alguien los estaba esperando. Tenían que regresar.

A la mañana siguiente, tuvo lugar una batalla que pasó a los libros de historia y Kieran cumplió su promesa.

Fredo y Sal se habían quedado atrapados detrás de los troncos que habían utilizado como trinchera y las llamas causadas por un acertado cañonazo de sus enemigos se les estaban acercando. Kieran sólo tenía dos opciones: o los sacaba de allí o apagaba el fuego. Y las dos eran un suicidio. Sin importarle morir, se limitó a sopesar cuál de las dos ofrecía más probabilidades de éxito, y se decidió por la segunda: apagar el fuego. Quizá su oficio no le hubiera enseñado a utilizar una arma, pero sí sabía que un fuego como aquél sólo había un modo de apagarlo, y era encendiendo otro. Si hubiera estado en Irlanda, habría cavado una zanja en el suelo como cortafuego y las llamas no habrían podido seguir avanzando. Pero allí no tenía ninguna pala, y no tenía tiempo de hacerlo con las manos. Lo que sí tenía era pólvora, madera y cerillas, así que iba a provocar el mayor incendio posible para sofocar el otro.

Pasó corriendo por delante de Fredo y Sal y oyó que el italiano le decía a gritos que estaba loco y que se fuera de allí en seguida. Acompañó sus palabras con varios insultos y los dos compañeros miraron a Kieran horrorizados al comprender lo que iba a hacer.

Éste construyó la pira y le prendió fuego, y a pesar de que vio que varios soldados enemigos iban hacia él, no se apartó hasta asegurarse de que las llamas se avivaban lo suficiente como para enfrentarse y apagarse

mutuamente. A su espalda, oyó que Fredo había conseguido liberarse y que estaba ayudando a Sal mientras los dos seguían gritándole que se fuera. Kieran sentía el calor del fuego en el rostro, oía el crujir de las astillas, y, de repente, una bayoneta lo atravesó por la espalda. Cayó al suelo de rodillas, pero antes de morir vio cómo Sal y Fredo se alejaban de allí justo antes de que las llamas alcanzaran un barril de pólvora que también había quedado bajo los troncos.

Como buen irlandés, Kieran conocía un montón de leyendas sobre duendes y hadas, pero nunca se había imaginado a ninguno con el aspecto de aquel ser que lo visitó en el campo de batalla. Y cuando aquella criatura misteriosa le contó que iba a convertirlo en guardián y que su misión sería proteger a los humanos, supo que había muerto y que estaba en el infierno, en el infierno al que iban a parar todos los incrédulos. Cerró los ojos y se dejó llevar, y días más tarde volvió a abrirlos.

Kieran Whelan tardó varios años en regresar a Nueva York, y por el camino aprendió muchas cosas acerca de lo que significaba ser un guardián. Al llegar a la ciudad, lo primero que hizo fue asegurarse de que Fredo y Sal estaban bien, aunque no fue a visitarlos en persona. Se veía incapaz de explicarles cómo había sobrevivido a aquella explosión. Con el poco dinero que tenía ahorrado, fruto de los distintos y variados trabajos que había encontrado en su camino de regreso, Kieran compró un pequeño local cerca del lugar donde había desembarcado por primera vez. Pensó que ya que aquella esquina de la ciudad era la primera que había visto, bien podía ser un buen sitio para empezar su nueva vida. Ese pequeño local años más tarde se convirtió en la primera sede de Manufacturas Whelan, y fue en ese barrio donde conoció a Lucy, su alma gemela, y donde nació su primer hijo.

Kieran fue el primer guardián de su clan, y la historia lo recuerda como un hombre justo y valiente. Y aquel local del muelle de Nueva York pasó a formar parte del impresionante patrimonio de los Whelan.

El local de Kieran, así era como lo llamaban Simon y su padre cuando se referían a él, era ahora una especie de escondite secreto. Royce se encargó de que instalaran en él todas las comodidades propias de su tiempo y lo había utilizado para reunirse con Tom Gebler. Simon lo había visitado con relativa frecuencia mientras estaba casado, para esconderse de Naomi. Pero no había vuelto allí desde su divorcio. Nadie sabía exactamente dónde estaba; al fin y al cabo, era un local vacío que mantenían por razones sentimentales, pero todos los almacenes que habían sido allanados formaban un círculo a su alrededor.

—¿Señor Whelan, le pasa algo? ¿Simon?

—¿Eh? —Levantó la vista del papel que tenía delante. Estaba tan concentrado que ni siquiera había oído entrar a Mara—. Mara, ¿qué estás haciendo aquí?

—Trabajo aquí, a no ser que me haya despedido. —Le sonrió y sintió un cosquilleo en el estómago al ver que él levantaba la comisura del labio. No, tenía que dejar de pensar en esas cosas.

—No digas tonterías. —La miró a los ojos—. Tendrías que haberte quedado en casa.

—Tú también. —Le sostuvo la mirada y caminó hacia él—. Me he cruzado con Oliver, el detective Cardoso. ¿Han averiguado algo?

—Sí. —Simon fingió que no le molestaba que Mara, que a él se resistía a llamarlo por su nombre, no tuviera ningún reparo en utilizar el del detective—. Al parecer, el artefacto que utilizaron para volar el almacén es un prototipo militar.

Nunca le había contado que era un guardián, o que sospechaba que los allanamientos y atentados los habían causado los miembros de un ejército formado por criaturas de otro mundo, pero sí que la había mantenido al tanto de muchos

detalles de la investigación. Además, le había encargado que supervisara personalmente ciertas operaciones, fiándose de ella completamente, algo muy inusual en Simon.

—¿Un prototipo militar? Pero ¿qué clase de ladrones utilizan esa tecnología? — Ella lo sabía perfectamente; unos ladrones que no tienen intención de robar nada—. ¿La policía tiene alguna pista?

—Ninguna, pero el detective Cardoso me ha dicho que me mantendrá informado. Anoche te acompañó a casa, ¿qué te pareció? —Trató de que la pregunta sonara profesional.

—Concienzudo, pero la verdad es que llegamos a mi apartamento en veinte minutos y me despedí de él sin más. —Con la agenda que sujetaba en la mano derecha señaló hacia la puerta—. Ha llegado un paquete de Escocia, y tu ex esposa...

—Dile que llame más tarde.

—Está fuera.

—¿Naomi está fuera?

—Sí. Ha venido acompañada, y me ha dicho que es importante.

—¿Te ha dicho algo más?

—Me ha parecido oír alguna de sus habituales insinuaciones de mal gusto, pero estoy segura de que han sido imaginaciones mías.

—Hazla pasar, Mara. —Simon se puso en pie—. Lamento que te haya dicho eso, sea lo que sea.

—No es culpa tuya. —El hecho de que Simon fuera tan educado con ella siempre la desarmaba—. Los haré entrar, y cuando se vayan traeré el paquete.

—Sí, seguro que para entonces necesitaré que me animen, y los paquetes de Ewan siempre son como mínimo interesantes.

Mara le sonrió y salió del despacho, medio minuto más tarde entraron Naomi, impresionante como siempre, y un atractivo hombre de sienes plateadas.

—Hola, Simon, te presento a Jeremiah Claybourne, mi prometido.

Simon le tendió la mano estupefacto.

—Simon Whelan, encantado.

—Igualmente. Tengo que confesar que tenía muchas ganas de conocer al hombre que dejó escapar a esta preciosidad —dijo Claybourne seductor, y Naomi se sonrojó satisfecha.

—Ya, bueno, supongo que no soy digno de ella —contestó, para seguirle el juego, aunque sintió como si se le despertara una úlcera. Al guardián no le había gustado el comentario—. Sentaos.

—No, no te molestes, Simon querido —dijo Naomi, y maldita sea si Simon no sintió un gran alivio—. Sólo quería decirte lo de mi compromiso en persona. Este fin de semana Jer me llevará a la fiesta del Metropolitan, y no quería que te enteraras por

los periódicos.

—Te lo agradezco —respondió él. En realidad no le importaba lo más mínimo, y sabía que Naomi no lo hacía por educación, sino porque se moría de ganas de restregarle por las narices que le había encontrado sustituto. Bien hecho, pensó incluso el guardián, a ver si así la perdían de vista para siempre—. ¿Y cuándo es la boda?

—Dentro de seis meses —respondió Claybourne—. Viajo mucho, y a mí me habría gustado que fuera antes, pero Naomi tenía mucha ilusión en casarse por la Iglesia y no nos han dado fecha hasta entonces. Nos encantaría que vinieras.

—Por supuesto. —Simon todavía recordaba lo furiosa que se puso Naomi cuando no consiguió que él accediera a casarse por la Iglesia. Y ya podía imaginarse las armas a las que habría recurrido para convencer a Claybourne, pero a pesar de ello no pudo sentir lástima por el otro hombre. Había algo en él que lo inquietaba.

—Tenemos que irnos, Jer. —Naomi tiró del antebrazo de su prometido—. Te enviaremos la invitación, Simon.

Éste le estrechó de nuevo la mano a Claybourne y a Naomi le dio un beso en la mejilla. Simon habría querido evitarlo, pero ella se pegó a su cuello y aprovechó para susurrarle al oído:

—Por fin lo he comprendido todo, Simon, y créeme, me das lástima.

Jeremiah Claybourne había tardado varios años en recuperarse del fiasco de María Gebler. Secuestrar a esa mocosa no había servido de nada, y sus superiores se lo habían hecho pagar con creces. Menos mal que se había deshecho de la niña y que, gracias a la nefasta labor de investigación de los Jura, ningún guardián sabía que él había estado detrás de todo aquello.

Sí, había tardado más de quince años en recuperar el favor de lord Ezequiel y ahora, gracias a la estúpida mujer que llevaba colgando del brazo, iba a entregarle a su señor algo que andaba tiempo buscando: un Whelan. Un guardián perteneciente a una de las pocas familias que, a lo largo de la historia, habían dado sólo grandes guardianes, líderes indiscutibles entre los de su especie. Y los muy cretinos ni siquiera sabían lo que eso significaba, pensó al estrechar la mano de aquella criatura mítica.

Jeremiah era humano, completa, absoluta y desgraciadamente humano. En el pasado, había tratado de convencer a su señor de que lo dejara entrar a formar parte del ejército de las sombras, y si bien lord Ezequiel le otorgó un rango y cierto poder, jamás le ofreció el regalo de pasar a ser uno de los suyos. Al principio, se lo tomó muy mal, pero su señor le explicó que estaba destinado a algo mucho más grande y Jeremiah terminó por aceptarlo. Pero fuera cual fuese ese destino superior, estaba tardando demasiado en llegar, y a él, que era un mero mortal, se le acababa el tiempo... y la paciencia.

Junto con Naomi abandonó el edificio de los Whelan. Jeremiah no podía dejar de sonreír, y Naomi se lo tomó como un halago, y en el camino de regreso lo obsequió con un aperitivo de lo que lo esperaba cuando llegaran a su ático. Lo de tener chófer y un cristal de separación entre la parte delantera y trasera del coche tenía sus ventajas, pensó, aunque la verdad era que no estuvo demasiado por la labor; la causa de su alegría era que por fin había encontrado el modo de acceder a Simon Whelan.

Durante todos los años que Jeremiah había tenido que desaparecer de escena, Dominic Prescott había desaparecido y Royce Whelan había muerto. El primero había decidido abandonar Estados Unidos durante un tiempo e instalarse en Inglaterra, y por lo que sabía Jeremiah, no le había ido demasiado bien, y ahora nadie sabía dónde estaba ni si seguía vivo. Y en cuanto a Royce Whelan, después del asesinato de los Gebler, abandonó por completo la investigación que estaba llevando a cabo sobre el ejército de las sombras y clausuró el proyecto Ícaro, que, por otra parte, sin la participación de Tom Gebler y Dominic Prescott carecía de sentido.

El hijo de Royce Whelan, Simon, por aquel entonces tenía sólo diez años, así que

era lógico pensar que no tenía ni idea de lo que había sucedido ni de lo que su padre se traía entre manos. Tras la muerte de su progenitor, Simon siguió adelante con los negocios de la empresa y realizó varias inversiones muy acertadas, pero por el momento no había reabierto ninguno de los proyectos científicos de Royce, así que Jeremiah había llegado a la conclusión de que, o bien no le importaban, o no sabía de su existencia.

Fuera como fuese, a él eso le daba igual. Lo único que le interesaba era que por fin había encontrado el modo de acercarse al guardián y que, si jugaba bien sus cartas, podría entregárselo a su señor en bandeja de plata. Lo que hiciera lord Ezequiel con Simon Whelan tampoco le preocupaba en absoluto; después de lo de aquella niña, había dejado de tener cualquier tipo de escrúpulos. Jeremiah Claybourne se merecía pasar a la historia.

—Simon, ¿puedo pasar? —preguntó Mara desde la puerta, media hora después de la extraña visita de su ex esposa.

—Por supuesto. Como verás, la sangre no ha llegado al río —respondió él, comprendiendo su reticencia y agradeciéndole que le hubiera dado un rato para recuperar la compostura. El guardián se alteraba mucho siempre que veía a Naomi; era como echar sal en una herida.

—Me alegro. Te traigo el paquete. —Se lo dejó encima de la mesa—. Estaré en mi mesa si me necesitas.

Simon asintió y cogió unas tijeras. Si bien tanto él como Ewan pertenecían a este siglo y utilizaban con absoluta destreza las nuevas tecnologías, ambos recurrían a menudo al servicio de mensajería de la empresa para mandarse documentos importantes. No sólo estaban seguros de su rapidez, sino también de que nadie se atrevería a abrirlos. Deslizó las afiladas hojas por la separación entre los cartones y levantó las dos piezas. Dentro había una caja de seguridad y una par de carpetas. Primero abrió las carpetas; contenían copias del cuaderno de Stephanie, la amiga de Julia asesinada, y de los análisis y otras pruebas de laboratorio que Julia había conseguido recuperar de sus archivos de Vivicum Lab. Muy interesante. Las dejó a un lado y, con cuidado, abrió la caja de seguridad. En su interior encontró dos viales de sangre; a juzgar por el nombre de la etiqueta, en uno había sangre de Dominic, y en el otro del propio Ewan. Debajo vio una carta. Era de su primo y estaba escrita a mano; la combinación le resultó tan extraña que la leyó en seguida.

Simon,

Supongo que te sorprenderá que te mande esta carta —«Y que lo digas», pensó Simon—, pero no sé a quién contarle todo esto, excepto a Julia, que ya lo sabe, y creo que es importante que alguien más esté al corriente. Y bueno, aunque seguro que se te subirá a la cabeza, estoy convencido de que tú eres el único capaz de ayudarme y aportar algo de luz.

En un vial encontrarás una muestra de sangre de Dominic, se la extrajeron durante el tiempo que estuvo encerrado en Vivicum Lab. No sabemos exactamente qué diablos le estaban inyectando, y la verdad es que Dominic no me contó demasiado del tema, pero la noche en que lo sacamos de allí tenía la mirada perdida e inyectada en sangre, y cuando creía que no podía oírle no dejaba de susurrar un nombre: Claire. No te conté nada de esto por teléfono porque no quería preocupar más a Julia, y porque me hiere la sangre cada vez que pienso en Dominic encerrado en esa maldita celda durante meses a merced del loco de Cochran. Si no estuviera muerto, te juro que volvería a matarlo. Mil veces.

Vaya, al parecer su primo había pasado de ser un hombre frío y sosegado a ser un guardián férreo defensor de los suyos. Siguió leyendo.

En el segundo vial hay una muestra mía. La noche en que secuestraron a Julia —Simon habría jurado que a Ewan le había temblado el pulso al escribir esa frase—, Cochran me obligó a tomar una droga. Me dijo que si no lo hacía la mataría, y no hace falta que te diga que obedecí sin cuestionármelo. Primero pensé que no me hacía efecto, pero de repente... no sé cómo explicarlo. Fue liberador. Fue como si todo dejara de importarme, y durante un instante, un pequeñísimo instante, pensé que era una sensación maravillosa. Hasta que me di cuenta de que mi mente ansiaba otra dosis, y que para conseguirla estaría dispuesto a hacer lo que fuera necesario, a obedecer a cualquiera. Y Cochran lo sabía, y con una sonrisa salida del mismo infierno me ordenó que matara a Julia. Jamás olvidaré la mirada de mi esposa en ese instante... El guardián enloqueció y tomó el control, y habría acabado con mi propia vida si me hubiera atrevido a hacerle daño a Julia. No lo hice, pero jamás había actuado con tanta violencia como esa noche. Ni siquiera cuando de pequeño maté a aquel soldado para salvarnos a Daniel y a mí. Salvé a Julia y, en fin, supongo que ya sabes el resto. Lo que no sabes es que antes de irme a la isla de Skye me detuve un momento en mi apartamento de Londres y me extraje una muestra de sangre. No sé qué encontrarás al analizarla, ni siquiera sé si habrá restos de algo. No me he atrevido a hacerlo yo mismo. Por todos los dioses, te confieso, primo, que hasta me dio miedo tocar el vial para mandártelo, pero quiero que tú lo hagas. Confío en ti. Y si lo que encuentras entraña algún peligro para los míos, o para el resto de los guardianes, te pediré que hagas lo imposible, primo.

Si de verdad Ewan le estaba pidiendo lo que Simon creía que le estaba pidiendo, iba a llevarse una gran decepción. Él jamás mataría a uno de sus mejores amigos, y probablemente, uno de los mejores guardianes de la historia. Seguro que sus temores eran infundados, y, en el improbable caso de que no lo fueran, juntos encontrarían un remedio.

Tengo el presentimiento de que a Dominic le sucedió algo muy grave en esa celda, y creo, la verdad es que estoy casi seguro, que allí conoció a su alma gemela. Si aparece por Nueva York, recuérdale que no está solo. Y en cuanto a Daniel, me mandó un sms para decirme que estaba en el Amazonas y que había descubierto algo muy importante sobre el ejército y otras criaturas. No sé si será verdad, pero desde ese día ningún satélite consigue encontrar ni rastro del móvil de mi hermano.

Sé que no siempre hemos estado de acuerdo en todo, Simon, pero quiero que sepas que tenías razón; no se puede negar la naturaleza del guardián, y es imposible ser feliz sin tu alma gemela al lado. Sé que sigues convencido de que María era la tuya, pero tan sólo tenías diez años cuando la conociste, así que tal vez deberías darle una oportunidad a alguien, y esta vez procura que no sea una pija sin dos dedos de frente.

Simon sonrió ante el descarado intento de su primo de aligerar la seriedad de la misiva.

Me despido, Simon. Haz todas las pruebas que estimes necesarias a ambas muestras de sangre, y escribe con los resultados... o ven a vernos. A Julia le encantará conocerte.

Ewan

Guardó la carta dentro del sobre y después, junto con las carpetas llenas de documentación, lo metió todo en la caja fuerte de su despacho. Devolvió los viales a la caja de seguridad y la dejó encima de la mesa. Simon se había licenciado en biología y en matemáticas. Otra de las ventajas de los guardianes era su capacidad memorística y sus ansias de conocimiento, pero tras la muerte de su padre había dejado por completo las tareas de investigación que antes solía supervisar personalmente.

La multinacional Jura-Whelan abarcaba tantos campos que al gran público se limitaban a presentarse como una empresa gestora de patentes y de I+D. El conglomerado de empresas que la formaban era tan diverso como complejo, y tanto los Jura como los Whelan, así como el resto de los clanes que participaban y trabajaban en ellas, la cuidaban y defendían tenazmente. Como decía Liam Jura, si una raza con sus dotes y la posibilidad de rozar la inmortalidad no conseguía encontrar el modo de hacer dinero, es que eran un hatajo de idiotas. Además, si alguna constante se repetía a lo largo de la historia era que el dinero mueve montañas, y los guardianes a menudo tenían que moverlas.

En realidad, Simon habría preferido no tener que dedicarse nunca a la vertiente más económica de los negocios, bueno, lo que de verdad habría querido era que su padre y su madre no hubieran muerto. Tomó aire y lo soltó muy despacio. Llevaba una mañana de lo más intensa; había recibido la visita del detective Cardoso, tenía una nueva pista que seguir en lo relativo a los allanamientos, su querida ex esposa le había anunciado que pronto se casaría con otro —gracias a todos los dioses—, y su primo le había escrito una carta que todavía estaba digiriendo. Sí, había llegado el momento de tomarse un café.

En la mesa que había justo delante del despacho de Simon Whelan se sentaba Mara Stokes. Cualquiera que hubiera pasado por delante de ella habría creído que la muchacha estaba sumida en alguna tarea de lo más relevante y crucial para la empresa —con la mirada fija en unos papeles y el cejo fruncido, nada parecía poder desconcentrarla—, pero se habría equivocado. Mara no estaba leyendo nada ni remotamente relacionado con su trabajo, ni con su jefe, ni con su empresa. No, Mara estaba repasando las notas que había tomado sobre el sueño tan inquietante que la había sorprendido la noche anterior. Durante años, el sueño se había mantenido inalterable, siempre igual de etéreo y surrealista, e igual de reconfortante. ¿Por qué había cambiado? ¿Por qué precisamente entonces? ¿Y quiénes diablos eran Claire y el guardián?

La vibración de su móvil la alejó de tales inquietudes.

—Tío Ronan —lo saludó sorprendida—, ¿pasa algo?

—No, no pasa nada. Sólo quería asegurarme de que estabas bien.

Aunque a Mara le gustó el gesto, también la desconcertó; su tío no solía tener esos detalles.

—Y también quería pedirte algo —continuó él.

Ah, eso sí tenía sentido.

—Lo que quieras, tío.

—¿Te acuerdas de cuando te conté que Royce Whelan había matado a tus padres?

—Por supuesto, cómo quieres que lo olvide —replicó, molesta por la insinuación.

—¿Y te acuerdas de cuando me pediste alguna prueba? —prosiguió Ronan Stokes con dureza. A los quince años, Mara había creído a pies juntillas lo que le había contado su tío, pero unos meses después de conocer a Simon, y de que un día lo oyera hablar de su padre, le preguntó a Ronan si tenía pruebas de que el fallecido Royce Whelan estaba detrás de la muerte de sus padres.

—Sí. —Mara se avergonzaba de haber dudado de su tío, pero no podía evitarlo.

—Un amigo mío ha conseguido una copia del informe policial de la escena del crimen. Te lo mando a la BlackBerry.

Mara notó que su móvil vibraba al recibir el archivo.

—Léelo.

Ronan colgó sin despedirse y ella no tardó ni medio segundo en abrir el documento. Tal como le había anticipado su tío, se trataba del primer informe policial que se realizó del asesinato de sus padres, y en él se señalaba que en la escena del crimen —su casa— se habían encontrado las huellas dactilares de Royce Whelan y de

tres individuos más pendientes de identificar. Si eso era así, ¿por qué la policía no arrestó a Royce? Por lo que le había contado su tío, al padre de Simon ni siquiera lo interrogaron. ¿Por qué?

El teléfono volvió a vibrar.

—¿Ahora me crees?

—Siempre te he creído, tío —dijo, tratando de contener las lágrimas.

—No es verdad.

—¿Por qué has tardado tanto tiempo en conseguir este informe?

—El policía que se ocupó del caso se encargó personalmente de hacerlo desaparecer, y a mi contacto le ha llevado todo este tiempo encontrarlo.

—Comprendo. —Respiró hondo—. ¿Cuándo regresas?

—Todavía no puedo. Maldita sea, estoy impaciente por hacerle pagar a Whelan lo que le hicieron a mi pobre hermana, pero tengo que quedarme unos días más aquí. Si fuese ahora... No, tengo que quedarme.

—Tío —dudó un instante—, yo también quiero vengarme, pero en esa época Simon era sólo un niño y su padre ni siquiera está vivo. —Se había jurado no hacerlo más, y sin embargo seguía rechazando la idea de hacerle daño a Simon.

—Quizá en esa época fuera un niño, pero siempre ha estado al tanto de las actividades de su padre. Siempre ha sabido que Royce Whelan había matado a gente inocente y ha seguido protegiendo el nombre de la familia. Si no me crees —añadió—, lee el segundo documento.

Con dedos inseguros y el corazón en un puño, Mara abrió el segundo archivo; estaba repleto de información muy detallada acerca de los múltiples sobornos que Simon Whelan pagaba mensualmente a ciertos miembros del departamento de policía y de justicia. Sobornos que habían empezado cuando su padre estaba vivo.

—Mara, ¿estás bien, Mara? —Simon le colocó una mano en el hombro y la joven se asustó tanto que pensó que incluso iba a desmayarse—. ¿Qué ocurre? ¿Estás bien? —le preguntó mirándola a los ojos.

—Sí, gracias, señor Whelan —contestó, aferrándose al odio que estaba floreciendo en su interior—. ¿Quería algo?

—Creía que por fin habías decidido llamarme Simon —señaló él con una media sonrisa. Y como si estuviera nervioso, que lo estaba, se metió las manos en los bolsillos—. Quería preguntarte si te gustaría venir a cenar conmigo esta noche.

Mara abrió su agenda antes de responder:

—No tenemos nada pendiente, señor Whelan.

—No, no, Mara. Yo... a mí me gustaría cenar contigo. Tú y yo. Sin más. No sería una cena de trabajo.

—Entonces no, señor Whelan.

Que rechazara su invitación no fue lo que más le dolió, sino el modo en que lo

miraba. Con destellos de odio.

—Mara... —Levantó una mano para apartarle un mechón de pelo del rostro, pero consiguió detenerse antes de hacerlo. Si de algo estaba seguro, era de que ella no quería que la tocara, a pesar de las ganas que él tuviera de hacerlo—. ¿Qué pasa?

—No pasa nada, señor Whelan. ¿Necesita algo más? —Lo fulminó con la mirada, pero él se resistió a irse—. Le recuerdo que, hace poco, obligó a que todos sus directivos asistieran a un curso sobre acoso sexual.

Simon retrocedió como si lo hubiera abofeteado.

—Discúlpeme, señorita Stokes —farfulló—. No era mi intención ofenderla. Yo creí que... —Tomó aire—. Da igual, es evidente que estaba equivocado —terminó, aunque se le revolvieron las entrañas.

Mara fingió que se concentraba de nuevo en su trabajo, y no volvió a levantar la cabeza hasta que él se hubo encerrado en su despacho. Lo del acoso sexual había sido un golpe bajo, pero fue lo único que se le ocurrió para no lanzársele encima y exigirle que le dijera la verdad.

Simon se acercó al pequeño mueble bar que había en su despacho y se sirvió una copa. Igual que la noche anterior, tenía que encontrar el modo de calmar al guardián. Las bruscas respuestas de Mara, sumadas al frío y al desprecio que emanaban de sus ojos, lo habían afectado mucho más de lo que parecería lógico.

Vació la copa y se sirvió otra, que bebió de un trago. Se había pasado una hora entera pensando en la carta de Ewan y al final había llegado a la conclusión de que tenía que dejar atrás a María y a Naomi y tratar de conocer a alguien que pudiera hacerlo feliz. La primera mujer que le vino a la mente —la única en realidad— fue Mara, así que por fin se había atrevido a pedirle una cita. No como su jefe, sino como un hombre cansado de la soledad. Y ella le había dicho que no. Y lo había mirado como si fuera un ser repugnante.

Vació otra copa, cogió la caja con las muestras de sangre y se fue a su casa. Con el día que llevaba, quizá tuviera suerte y lo atropellara un autobús. «No te hagas ilusiones —le dijo la voz del guardián, riéndose—, todavía eres inmortal». Lo que faltaba, ahora hablaba consigo mismo. Genial.

Mara vio que la puerta de Simon volvía a abrirse y se preparó para otro enfrentamiento, pero cuando él se fue sin despedirse siquiera no se sintió aliviada —lo que habría sido lo más lógico—, sino que el nudo que tenía en la garganta se le hizo todavía más grande. Negó la sensación y volvió a leer los archivos que le había mandado su tío, pero ahora con detenimiento.

«Y eso que creía que las cosas no podían empeorar», pensó Simon mirando la luna llena que presidía el cielo aquella noche. Apretó el marco de la ventana hasta que los nudillos se le quedaron blancos y sintió que las vértebras de su espalda crujían entre sí. Él, a diferencia de su primo Ewan, siempre había asumido su naturaleza de guardián y, desde pequeño, cuando empezó a sentir que éste se despertaba, le dio la bienvenida. Había aprendido a dominar su fuerza, a darle la libertad justa y necesaria cada noche de luna llena, y a escuchar sus consejos. Excepto en lo de Naomi, recordó. La noche en que Simon le pidió que se casara con él, el guardián afloró a la superficie con una brutalidad inusual y casi desgarró a Simon de dolor. Esa noche, se la pasó en el bosque que rodeaba la mansión de sus padres, peleándose con los árboles y gritando hasta desahogarse. Cuando amaneció, tenía los nudillos completamente destrozados, la espalda y el torso llenos de arañazos y le dolía la garganta.

La única otra vez que el guardián agonizó tanto fue cuando Simon asumió que María había muerto. El día en que dejó de sentirla creyó morir, y a partir de entonces siguió vivo pero con parte de su alma, su mejor parte, muerta. Y ahora que por fin se había atrevido a creer que quizá se había equivocado con María, que quizá había depositado demasiadas esperanzas en una niña que había conocido casi una vida atrás, cuando se había atrevido a pedirle a Mara que saliera a cenar con él, ella lo había rechazado. «Y me ha mirado como si fuera un monstruo».

Sí, esa noche iba a resultarle muy difícil controlar los instintos del guardián. Podía sentir los colmillos alargándosele en la encía superior. El pulso aminorando. No, no iba a poder controlarlo. Tenía que salir de allí. Por comprensivos que fueran sus vecinos, seguro que alguno llamaría a la policía si lo oían aullar o lanzar la mesa contra la pared —que era lo que tenía ganas de hacer. Oyó de nuevo el crujir de las vértebras de la nuca y supo que no tenía tiempo que perder. Con un gesto casi inconsciente, cogió la caja con los dos viales de sangre que le había mandado Ewan y las llaves. Sabía adónde tenía que ir.

De camino al apartamento de Simon, Mara se repitió mil veces que iba allí para terminar de una vez por todas con aquella angustia. Se había pasado el día repasando el informe policial y los comprobantes de los sobornos en busca de algo, lo que fuera, que le proporcionara una explicación; y no lo encontró. Royce Whelan había matado a sus padres y Simon, que estaba al tanto del crimen, lo había encubierto. Ella se había quedado huérfana, se había criado en un internado sin el cariño de sus padres. Sola. Había crecido rodeada de soledad, y las únicas muestras de cariño que había recibido se las había proporcionado su tío Ronan. Un hombre consumido por las ansias de vengarse por la muerte de su hermana. Mara no había tenido baile de fin de

curso, ni tampoco ninguna Navidad, ni había aprendido a hacer galletas, o a pescar. No, a lo largo de su infancia y adolescencia, lo único que había hecho había sido escuchar a su tío diciéndole que no tenía nada por culpa de los Whelan, y que tenían que vengarse de Royce Whelan y de toda su familia.

Si Mara permitía que su tío Ronan se enfrentara a Simon, seguro que alguno de los dos, o los dos, acabarían muertos. Y ella no podía perder a nadie más. Así que no le quedaba más remedio que enfrentarse sola a Simon. Iría a buscarlo y le exigiría que se entregara a la policía. Pero si él se negaba... Tocó la pistola que llevaba en el bolsillo de la gabardina. Su tío se la había comprado al cumplir los dieciocho. Una Glock 26 no era lo que ella había esperado recibir como regalo, pero fue el único que tuvo, y Ronan también le enseñó a utilizarla. Había sido uno de los pocos veranos que habían pasado juntos, lástima que hubiera sido en la inquietante mansión de lord Ezequiel, su misterioso jefe.

Respiró hondo. Ella no había disparado jamás a nadie, sólo a dianas y a unas latas, pero si Simon se negaba a decirle la verdad y a cooperar con ella, lo haría. El temblor de sus dedos la contradujo y bajó del coche en el que había estado esperando. Él salió del edificio en el que estaba su lujoso apartamento, e iba tan concentrado que ni siquiera la vio en la otra acera. Parecía alterado, pensó Mara, y optó por seguirlo. Quizá pudiese pillarlo in fraganti, pagando algún soborno, o cometiendo algún otro delito.

Simon llegó a la zona más antigua del muelle de Nueva York y se dirigió al local de Kieran. No había visitado el refugio de su antepasado desde su divorcio, pero el guardián estaba a punto de tomar las riendas y necesitaba ir a un lugar donde pudiera estar tranquilo. Buscó las llaves y abrió la puerta. No encendió la luz, los ojos ya se le habían transformado y podía ver perfectamente en la oscuridad. El local de Kieran consistía en un espacio diáfano en el que apenas había dos sofás y una mesa. En el sótano, había un pequeño laboratorio que, si a Simon no le fallaba la memoria, era donde habían trabajado su padre, Dominic y Tom Gebler, el padre de María. En la parte trasera, en el garaje, seguía aparcado el Range Rover de Royce. El padre de Simon adoraba ese coche, y su hijo todavía no se había atrevido a sacarlo de allí, no fuera a ser que Royce lo riñera desde el más allá. Sonrió al pensar en tal sentimentalismo y el guardián se calmó un poco al recordar los buenos momentos que la familia Whelan había pasado con ese coche. Una madera crujió detrás de él y Simon se volvió de golpe y mostró los colmillos.

Mara.

Gracias a los dioses que estaban a oscuras y ella no podía verlo bien.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó, ocultando de nuevo los caninos en las encías.

Ella levantó el brazo derecho y lo apuntó con una arma.
—Tú mataste a mis padres.

—Tú mataste a mis padres.

—¿Qué has dicho? —A pesar de que ella había repetido la frase dos veces, Simon estaba convencido de que no la había oído bien. Tenía que resolver aquella situación cuanto antes, no podría detener al guardián durante más tiempo.

—Tú mataste a mis padres. Bueno, tu padre los mató, pero tú has ocultado las pruebas desde entonces.

—Mi padre nunca mató a nadie. —Simon defendió al mejor hombre y guardián que había conocido nunca. Dio un paso hacia Mara, y lo único que consiguió fue que ella amartillara la pistola—. ¿De qué estás hablando? —Otro paso, y ella sujetó el arma con las dos manos. Él se detuvo—. Mara, ¿qué está pasando?

—Tu padre asesinó al mío, y a mi madre también. Mi tío me lo contó todo hace años, y ahora por fin tengo las pruebas que lo demuestran. Y también tengo las pruebas que demuestran que tú has sobornado a media comisaría para que nadie lo averiguara jamás.

—Yo nunca he sobornado a nadie, y tú deberías saberlo mejor que nadie.

—Quiero que te entregues a la policía —le ordenó ella como si él no hubiera hablado—. Y quiero que todo el mundo se entere de que el *maravilloso* Royce Whelan mató a sangre fría a un joven matrimonio mientras estaban en su casa, indefensos.

Los instintos del guardián se pusieron alerta al escuchar esa última frase. No podía ser. Imposible.

—En la ficha de la empresa pone que tus padres fallecieron en un accidente de coche, y que te criaste con tu tío, Ronan Stokes. —Simon se obligó a analizar las cosas con calma—. ¿Cómo se llamaban tus padres? —Un sudor frío le resbalaba por la espalda, y notaba que los colmillos querían volver a extenderse. La luna brillaba omnipresente proporcionando la poca luz que entraba a través de las ventanas.

—No te hagas el tonto. Dime dónde puedo encontrar el resto de las pruebas. Tienes que haberlas escondido en alguna parte.

—No tengo ninguna prueba —contestó entre dientes. Podía acercarse a ella y quitarle la pistola a la fuerza, pero no quería hacerlo. No quería asustarla—. Dime cómo se llamaban tus padres.

—Lo sabes perfectamente.

—Dímelo.

Se produjo un silencio que en realidad sólo duró unos segundos, pero las palabras que lo rompieron fueron tan trascendentales para Simon, que tuvo la sensación de que

había durado una eternidad.

—Tom, mi padre se llamaba Tom, y mi madre...

—Nina —dijo él, aunque la palabra quedó atrapada en su garganta—. María... — Se le quebró la voz y estuvo a punto de caerse de rodillas. María. Su María. Titubeó y dio otro paso hacia ella. ¿Cómo no se había dado cuenta antes?

—Nadie me llama así. —Mara levantó de nuevo la pistola. Su tío Ronan siempre la había llamado Mara, y, con el paso del tiempo, ella misma lo prefirió a María. Tenía la sensación de que María era la niña que había perdido a sus padres, y Mara la que había sobrevivido y seguido adelante—. No te muevas, o te juro que dispararé.

—María

—¡No me llames así! —ordenó nerviosa. ¿Qué diablos le estaba sucediendo a Simon?—. Dime dónde has escondido las pruebas.

—¿No te acuerdas de mí? —preguntó, más dolido de lo que lo había estado nunca. Él se había pasado toda la vida echándola de menos y ella lo había olvidado por completo.

—¿De qué quieres que me acuerde? —Mara había leído algo sobre personas que pierden la cordura bajo presión, pero Simon nunca le había parecido de esos.

—De mí. —Cada vez estaba más furioso. Y dolido—. De cuando éramos pequeños.

—¿De qué diablos estás hablando?

—De cuando nos conocimos.

—Nos conocimos cuando empecé a trabajar para ti.

—No. —Apretó los puños—. Nos conocimos cuando naciste y... —Le costaba pronunciar cada palabra. El guardián estaba desesperado por abrazarla y Simon tuvo que recurrir a todas sus fuerzas para no ceder a tal necesidad.

—¡Deja de mentir! Estás tratando de distraerme, y te aseguro que no funcionará. Me he pasado toda la vida esperando este momento.

Ese comentario inquietó a Simon, y recuperó algo de control.

—¿Qué momento?

—El momento en que pudiera vengar la muerte de mis padres.

—¿Y qué pretendes hacer?

—Lo que sea necesario. Estoy dispuesta a conformarme con verte entre rejas durante el resto de tus días, pero si no colaboras —tomó aire—, no tendré inconveniente en apretar el gatillo.

Él quería gritar de rabia y de dolor. María estaba viva, la tenía a menos de dos metros de distancia, y quería verlo muerto. El destino era un bastardo de lo más cruel.

—Mi padre no mató a tu familia. Te lo juro. Tienes que creerme —le pidió con sinceridad.

—¿Por qué? ¿Por qué diablos iba a creer nada de lo que dijeras? Tengo un

archivo lleno de documentos que demuestran lo despreciable que eres.

—María, por favor... vete de aquí —le suplicó.

Cada vez que ella lo insultaba, el guardián se retorció más y más dentro de Simon. Estaba a punto de perder el control, y cuando el guardián tomara el mando, si María estaba allí con él buscaría el modo de demostrarle que le pertenecía. Y entonces sí que la perdería para siempre.

—Ni lo sueñes. De aquí nos iremos juntos y directos a la comisaría de policía.

—Tienes que irte de aquí. —Eliminó la distancia que los separaba y le colocó las manos sobre los hombros—. Por favor.

Mara ni siquiera lo había visto moverse, pero Simon estaba pegado a ella, y la pistola seguía entre los dos.

—Vete, María. —Cerró los ojos y apretó los dedos encima de su piel. Las manos le quemaban. Por fin la estaba tocando. Por fin podía dejar de preguntarse cómo sería María, cómo llevaría el pelo, a qué olería, qué tacto tendría—. Vete. —Poco a poco, levantó los dedos.

Ella le apoyó el cañón de la pistola en el hombro derecho.

—Ya te he dicho que dispararé —le recordó, y rezó para que él no notara que le temblaba el pulso.

—María. —Simon se sentía incapaz de dar el primer paso que lo alejaría de ella—. Confía en mí.

—Yo no confío en ti, Simon. ¿Se puede saber qué diablos te pasa?

—No confías en mí.

—No.

—No te acuerdas de mí. —Inclinó la cabeza, buscando los ojos de ella, quizá allí vería lo que María se negaba a reconocer de viva voz.

—Es imposible que me acuerde de algo que no sucedió.

—Tú... —Ya no podía seguir reteniendo al guardián y se rindió a lo inevitable. Sujetó el rostro de María entre sus manos y, sin darle la oportunidad de rechazarlo, la besó.

Cuando notó el tacto de sus labios bajo los suyos, sintió que por fin podía volver a respirar. Llevaba años ahogándose. Había soñado con aquel primer beso durante miles de noches. Se lo había imaginado dulce, romántico, apasionado, increíble. Pero nunca desgarrador, cruel, salvaje. Nunca se había planteado que ella no lo quisiera. En sus sueños, María le quería, María le decía que lo había echado de menos y que lo había estado buscando con la misma desesperación que él a ella. Le recorrió el interior de la boca con la lengua, ansioso por encontrar aquella puerta secreta que lo conduciría hasta su corazón. Simon la besó, la consumió con la esperanza de que, al terminar, ella lo mirase a los ojos y le dijera que se acordaba de todo. Y que lo amaba. Pero María disparó. Ojalá pudiera retroceder en el tiempo y no besarla. Un primer

beso era irrecuperable, y ellos habían perdido el suyo.

Mara no podía creerse que hubiera apretado el gatillo. El beso de Simon había sido feroz, incluso violento, pero lo que de verdad había conseguido que el corazón dejara de latirle fue sentir que él temblaba. A ella apenas la habían abrazado, así que el hecho de que Simon se estuviera conteniendo para no estrecharla entre sus brazos fue demoledor. Y supo que tenía que hacer algo para alejarlo; algo que les recordara a ambos lo que de verdad estaba sucediendo allí. Ella y Simon no se estaban despidiendo tras una cita romántica. Mara había ido tras él para exigirle que le contara la verdad y para que se entregara a la policía. Así que, cuando el beso estuvo a punto de hacerla olvidar, sintió que todavía tenía la pistola en la mano y disparó, pero antes la movió con intención de alejarla lo máximo posible del corazón. La bala entró y salió, y el impacto echó a Simon hacia atrás. Atónito, se llevó una mano a la herida, que sangraba profusamente. Los dedos en seguida le quedaron cubiertos de sangre y se los acercó a los ojos como si no pudiera creérselo.

—Me has disparado.

—Te he dicho que lo haría —contestó ella para justificarse. Si Simon podía hablar, señal de que la herida no era demasiado grave. El local estaba a oscuras, y la luz de la luna sólo le permitía verle los ojos. Unos ojos que parecían desolados... y confusos. Perdidos.

—Me has disparado —repitió, y al escucharse a sí mismo decir esas palabras, algo sagrado se rompió en su alma. La mujer que amaba (nunca se había engañado en eso y no iba a empezar a hacerlo entonces) no se acordaba de él y no le importaba lo más mínimo hacerle daño. ¿Acaso Simon no había sufrido ya bastante? Una cosa había sido perderla cuando eran pequeños, eso había sido muy cruel, pero había podido superarlo. Más o menos. Pero que María hubiera sido capaz de dispararle mientras él la estaba besando por primera vez era una tortura. Quizá su padre tenía razón al decir que ella no era ni había sido nunca su alma gemela. Los dioses no podían ser tan injustos con él y emparejarlo con una mujer que, a juzgar por lo que acababa de suceder, nunca lo amaría. ¿De verdad había estado tan equivocado? Si María no era su alma gemela, ¿por qué se había sentido tan perdido sin ella? ¿Por qué no se acordaba de él, que había sido incapaz de pasar un día sin pensar en ella? La herida empezó a cerrarse y la punzada de dolor lo devolvió a la realidad. Tenía que conseguir que se acordara del pasado—. María...

—Mara.

—Está bien, Mara. —Si ella le había olvidado, bien podía llamarla Mara—. Te juro que mi padre no mató al tuyo. Tom era uno de sus mejores amigos, me acuerdo de...

—Cállate.

Simon hizo precisamente eso y se quedó mirándola. Podía quitarle el arma en

cuestión de segundos, sujetarla por los brazos y obligarla a que lo escuchara. O volver a besarla y no parar hasta que uno de los dos se rindiera. O bien irse de allí antes de que ella le pegara otro tiro. O tratar de volver a razonar con ella.

—Escúchame, Mara. —Elegió la última opción—. Tu padre y mi padre no sólo eran amigos. También trabajaban juntos. —Interpretó el silencio de ella como una buena señal—. Antes de que mataran a Tom, estaban metidos en algo muy importante.

—Todo eso te lo estás inventando.

Simon cerró los ojos en busca de algo que pudiera dar credibilidad a su relato.

—Tienes una cicatriz que empieza en el esternón y traza una línea hasta la mitad de tu espalda.

La noche en que los soldados del ejército de las sombras mataron a los Gebler, uno de ellos hirió brutalmente a María, que por aquel entonces era sólo un bebé. Dominic, el guardián que la curó, trabajó de prisa para salvarle la vida, así que no se preocupó demasiado del tema estético. Simon había observado fascinado aquella cicatriz miles de veces a lo largo de los días en que María estuvo ingresada.

A ella le tembló el pulso.

—Lo habrás visto en algún informe médico.

—Te encanta el musical *Annie*.

—Lo odio.

El juegucito estaba colmando la paciencia del guardián, que seguía sin comprender por qué diablos aún no tenía a María entre sus brazos.

—Mientes.

Los dos se mantuvieron firmes. Ninguno estaba dispuesto a ceder, lo que estaba en juego era demasiado importante.

—Dime una cosa, Simon. Si de verdad tu padre y el mío eran tan amigos, ¿por qué mi tío no lo sabía? ¿Por qué no vinisteis a visitarme por vacaciones? ¿Por qué? Yo te diré por qué, porque es mentira. Tu padre mató a los míos. Y tú y yo no nos conocimos hasta que entré a trabajar para ti. Lo único que estoy dispuesta a admitir es que cuando me contrataste no sabías quién era yo.

«Si lo hubiera sabido —pensó Simon—, ahora las cosas serían muy distintas».

—Y ahora, señor Whelan, muévete.

—No sé por qué tu tío no te contó que mi padre y el tuyo eran amigos. Si te soy sincero, ni siquiera sabía que Tom tuviera un hermano.

—Es el hermano de mi madre.

—Da igual, eso tampoco lo sabía. Pero lo que sí sé, maldita sea si lo sé, es por qué no fuimos a verte durante estos años.

—¿Por qué, a ver?

—Porque estabas muerta.

—Déjalo, Simon. ¿No te parece que estás llevando toda esta farsa demasiado lejos? Dame los papeles que te pido de una vez. Nos están esperando en la comisaría.

Él no tenía intención de entregarse a la policía y confesar el montón de tonterías que le atribuía Mara, pero si quería convencerla de su inocencia necesitaría pruebas de la amistad entre Royce y Tom.

—Al menos deja que me cure la herida —le pidió para ganar tiempo.

—Cinco minutos —accedió ella.

Simon caminó hasta el baño y abrió el grifo para limpiarse la herida. No cerró la puerta para seguir controlando a Mara, aunque seguro que ésta tampoco lo habría dejado hacerlo. Tenía el cerebro saturado de información, y el corazón destrozado, pero trató de hacer una lista mental de las cosas que creía saber: María no estaba muerta, pero era evidente que no se acordaba de él. Tenía un tío, un supuesto hermano de Nina, que le había lavado el cerebro y la había convencido de que la familia Whelan eran todos unos asesinos y delincuentes. María no estaba muerta y le había disparado. María no estaba muerta y no sentía nada por él. María no tenía ni idea de que él le había salvado la vida y tampoco sabía nada acerca de los guardianes. ¿Dónde diablos había estado todos esos años? ¿Quién era el hombre que la había criado? ¿Era el mismo que la había secuestrado de pequeña? Demasiadas dudas, demasiadas preguntas, y una sola certeza: María estaba viva.

Quizá debería conformarse con eso.

Oyó un clic y se dio media vuelta en busca de Mara.

—¡Al suelo! —Se tumbó encima de ella medio segundo antes de que empezaran los disparos.

Después de echar un polvo con Naomi, que había resultado ser una grata sorpresa en la cama, Jeremiah fue a su despacho en busca del móvil. Llamó a Demetrius, uno de los soldados más sanguinarios y más obedientes del ejército, y le explicó, paso a paso, lo que quería que hiciera esa noche.

En la corta pero fructífera conversación que había mantenido con su prometida durante el trayecto de regreso a su mansión, Naomi había tenido el detalle de contarle que Simon, cuando quería pensar o estar solo, se escondía en un local casi vacío que la familia Whelan poseía en la parte vieja del muelle de Nueva York.

—Él siempre creyó que yo no lo sabía. El muy idiota —le explicó Naomi, muy orgullosa de sí misma—. Pero después de que desapareciera por tercera noche consecutiva, pensé que tenía una amante y contraté a un detective para que lo siguiera. Si Simon me hubiera sido infiel, habría tenido que pagarme una auténtica fortuna, según nuestro contrato prematrimonial. Cuando el detective me entregó las fotografías, pensé que eran lo más patético que había visto jamás. Simon no tenía ninguna aventura, sencillamente iba a ese sitio mugriento para no estar conmigo.

En cuanto soltó tal perla, a Jeremiah se le pasaron todas las ganas de sexo, que se convirtieron en ansias de planear su próximo movimiento. Pero como sabía perfectamente que Naomi no iba a tolerar nada bien que la ignorara, optó por acostarse con ella del modo más eficiente y rápido posible, y luego se centró en lo que de verdad era importante: capturar a Simon Whelan.

Le dijo a Demetrius que se llevara a unos cuantos hombres y a un par de perros. Y también le dijo que si no conseguían atrapar vivo a Whelan no hacía falta que se molestaran en regresar.

Demetrius tenía muchos músculos hiperdesarrollados, pero el cerebro no era uno de ellos. Él y el resto de los esbirros, tres soldados rasos del ejército de las sombras, estaban escondidos detrás de los palés que inundaban el muelle. Lo tenían todo listo, lo único que les faltaba era que el maldito guardián saliera de allí, y como él no parecía tener intención de hacerlo, se les ocurrió que el mejor modo de sacarlo sería disparando contra el local. Brillante.

—Podrías haberles dicho a tus amigos que esperaran a que tú salieras —dijo Simon entre dientes, mientras seguía cubriendo a Mara con su cuerpo.

—No son amigos míos. Y quítate de encima. —Trató de empujarlo, pero fue inútil. Habría sido como intentar mover un muro de acero.

—Tenemos que salir de aquí. —Simon levantó un poco la cabeza y analizó la situación. Todos los disparos provenían de la parte delantera; seguramente, los tiradores estaban entre los palés del muelle. Y a juzgar por el número de ráfagas que habían sido ya disparadas, Simon llegó a la conclusión de que como mínimo eran cuatro. Aunque estaba ansioso por pelearse con alguien, todavía le dolía la herida del hombro derecho, y no quería poner en peligro a Mara, a pesar de que ella bien podía ser cómplice, o incluso jefa, de quienes los estaban atacando.

Cesaron los disparos y oyó el inconfundible sonido de unas botas militares pisando charcos. Iban a entrar. Simon se puso en pie de un salto y levantó a Mara con él. La colocó tras su espalda y extendió las garras.

—¡Dios mío! —exclamó ella—. ¿Qué...?

No pudo terminar la pregunta, en realidad, ni siquiera pudo completarla en su mente. La puerta saltó por los aires y cuatro hombres, tres con el mismo uniforme, entraron en el local. Eran soldados del ejército de las sombras, y Mara se preguntó si su tío los habría mandado allí. Imposible; no le había dicho que iba a estar con Simon, y ni ella ni su tío sabían de la existencia de aquel local en el muelle hasta entonces.

Los tres soldados se abalanzaron como un único hombre sobre Simon, pero éste se los quitó de encima. Volvieron a atacarlo, y mientras uno se peleaba a puñetazos con él, los otros dos trataron de lanzarle encima una especie de red magnetizada. La herida que tenía en el hombro entorpecía sus movimientos, pero aquellas horribles garras de acero que habían aparecido en sus manos estaban resultando ser letales. Se las clavó en el estómago al soldado con el que estaba peleando y luego se dedicó a los otros dos. Uno consiguió herirlo en un costado con un puñal, y el otro en un muslo, pero al final ambos terminaron inconscientes en el suelo. El cuarto todavía no se había movido, y seguía de pie junto a la puerta, observando la escena.

Conocía a aquella chica, pensó Demetrius, la había visto en casa de lord Ezequiel. ¿Qué estaba haciendo allí? Él llevaba años a las órdenes de Claybourne, pero en alguna ocasión había realizado algún trabajo para el señor de las sombras y sabía que no le gustaba que nadie se inmiscuyera en sus asuntos. Si la chica estaba allí por lord Ezequiel, seguro que no le gustaría que resultara herida. Además, Whelan la estaba protegiendo con uñas y dientes, así que probablemente significara algo para él. Si conseguía capturarlos a los dos, probablemente sería generosamente recompensado, tanto por Claybourne como por lord Ezequiel. Tiró del látigo que llevaba colgando detrás de la espalda —su arma preferida— y caminó hacia Whelan. El guardián estaba herido y tenía la respiración entrecortada, pero Demetrius conocía a los de su clase y sabía que no se dejaría atrapar sin luchar.

Simon echó los hombros hacia atrás y giró el cuello a ambos lados, preparándose para su próximo contrincante. Ése no iba a ser tan fácil como los otros tres, así que tendría que recurrir a todas las fuerzas que le quedaban. El soldado se le acercó con paso firme, arrastrando un látigo por el suelo, un látigo que seguro que estaba envenenado. El ejército de las sombras no era famoso precisamente por jugar limpio. No le pasó por alto la mirada que su enemigo lanzó a Mara. La conocía, y eso demostraba que ella estaba claramente de su bando. Su María nunca se habría aliado con el ejército de las sombras, pensó Simon, y el guardián agonizó en su interior. María había muerto, quizá su cuerpo no, quizá Mara fuera ella, pero en su interior ya no habitaba la misma persona. Gritó furioso y extendió los colmillos al máximo, entregándose por completo a la rabia y el dolor que sentía. Alguien tenía que pagar por ello, y el primer candidato se le estaba acercando con ganas de pelea. Fantástico, así podría desahogarse.

Mara nunca había visto nada igual. Desde donde estaba, presenció cómo Simon pasaba de ser un atractivo hombre de negocios a una criatura salvaje con garras de acero y afilados colmillos. Tenía la espalda más ancha, y las facciones de la cara algo alteradas, más angulosas. Y se movía como si fuera un animal. Una pantera, pensó. Y también luchaba como un felino. De no ser porque lo estaba viendo, no se lo habría creído. La primera vez que su tío le habló del ejército de las sombras, a ella le extrañó mucho el nombre, pero Ronan le dijo que era sólo eso, un nombre. A lo largo de los años, había coincidido muy poco con otros miembros de dicho ejército, y éstos, al igual que su tío, eran personas normales, así que pronto dejó de extrañarle la curiosa denominación. Pero ahora que veía a Simon enfrentándose, como si fuera lo más normal del mundo, a un soldado que blandía un látigo, esas viejas dudas volvieron a asaltarla de nuevo. Y la peor de todas era: ¿qué tipo de relación tenía su tío con aquella gente?

Un gran estruendo la sacó de su ensimismamiento y vio que Simon había lanzado al soldado contra un muro de carga y el hombre había caído inconsciente al suelo.

—Vámonos. —Simon apareció a su lado y la cogió de la mano.

Ella trató en vano de soltarse, y levantó la otra mano, en la que todavía tenía la pistola. Él se la quitó sin parpadear.

—Ahora vas a escucharme, Mara. —Pronunció su nombre como si le ofendiera y ella bajó la vista hacia la mano con que le retenía la muñeca. Las garras de acero habían desaparecido, pero tenía los nudillos salpicados de sangre—. Tú te vienes conmigo, y juntos... —Mara fue a abrir la boca, pero él se lo impidió—. No he acabado. Juntos resolveremos todo esto, así que más te vale que tus amiguitos no nos sigan, porque no pienso perderte de vista.

Tiró de ella y, con la mano que tenía libre, abrió uno de los armarios que había en la pequeña cocina. De él sacó un petate en el que guardó la pistola y la caja con los

viales que le había mandado Ewan. Después, se encaminó hasta un pequeño dormitorio que había en la parte trasera y cogió algo de ropa, y un pequeño neceser del baño. No sabía si aquel grupo de soldados era el único que habían mandado tras él, pero no iba a quedarse para averiguarlo. Mara no había vuelto a tratar de soltarse, aunque podía sentir la tensión y el resentimiento que emanaba de su cuerpo.

Simon se colgó el petate en el hombro herido y se dirigió hacia el garaje que había en la parte trasera. Hacía años que no pasaba por el local de Kieran, pero si no le fallaba la memoria, su padre le había explicado que en el bajo de una falsa columna guardaba un kit para emergencias. Buscó la columna y de un puñetazo rompió el yeso, fingiendo que no oía el grito de Mara. Sí, gracias a los dioses, dentro había un pequeño paquete envuelto en plástico protector. Conociendo a su padre, seguro que contenía dinero, tarjetas, pasaportes, medicinas y quizá incluso alguna arma.

Metió el paquete en el petate y llevó a Mara hasta el coche. La sentó en el asiento del acompañante y le colocó el cinturón de seguridad. Cada vez que pasaba una mano por encima del cuerpo tenía ganas de tocarla, pero le bastaba con mirarla a los ojos para no hacerlo. Lo despreciaba. En sus ojos vio también que no podía confiar en ella, así que escudriñó la mesa de herramientas que había junto al coche en busca de unas bridas.

—No te atrevas —dijo Mara entre dientes.

Simon no se detuvo ni medio segundo y la esposó al coche.

—Has dicho que no confías en mí. Pues bien —la miró a los ojos antes de terminar la frase—, yo tampoco confío en ti.

Cerró la puerta de un golpe seco y se dirigió al asiento del conductor. Junto al kit de emergencia había encontrado una copia de las llaves, aunque también habría podido hacer un puente y poner el coche en marcha.

—Esto es un secuestro —señaló ella furiosa cuando Simon giró la llave—. Claro que, con la lista de delitos que ya has cometido, uno más no importa.

Él abrió la puerta del garaje y condujo fuera de los muelles, ignorando por completo a Mara y sus comentarios sarcásticos. Tenía que pensar.

—Cuando la policía descubra que...

—Cállate. —Giró la cabeza y la contempló con los ojos negros—. Por favor.

Ella le sostuvo la mirada y aprovechó para hacer recuento de las múltiples heridas que tenía Simon. Finalmente, decidió hacerle caso y no volvió a abrir la boca. No serviría de nada seguir provocándolo, y podía aprovechar para intentar encontrarle algo de sentido a lo que acababa de suceder.

Simon tenía que reconocer que Mara no se equivocaba en una cosa: los Whelan le habían fallado. Deberían haber seguido buscándola, y más teniendo en cuenta su presentimiento de que seguía viva. ¿Cómo diablos habría sobrevivido al ataque de aquel soldado del ejército de las sombras? ¿Dónde había estado todos esos años? ¿Por

qué no se acordaba de nada? Debía haber algún modo de que recuperara esos recuerdos, unas vivencias que habían compartido y que para él significaban la diferencia entre estar vivo o muerto. Un coche pasó por su lado y tocó el claxon, y Simon se concentró en la conducción sin dejar de mirar atrás por si alguien los seguía. Esa misma tarde, y justo antes de ir al local de Kieran, había decidido ir a pasar unos días a Canadá, a la mansión que su familia tenía en ese país. Era un viejo caserón que había heredado de su madre, y casi nadie conocía su existencia. Allí estarían a salvo. Su padre siempre decía que aquella casa era una fortaleza, y Simon tenía el presentimiento de que si Royce hubiera querido esconder algo, lo habría hecho en ella. Seguro que allí encontraba los documentos del proyecto en el que éste había estado trabajando junto con el padre de María. Y quizá, si tenía suerte, daría con algo para que ella recuperara la memoria. Sí, Canadá era la mejor elección, pero antes tenía que hacer una llamada.

Hacía mucho tiempo que no hablaba con su viejo amigo Sebastian Kepler, y nunca se habría imaginado que el día en que volvería a hacerlo sería para pedirle que se deshiciera de unos cadáveres.

Sebastian y Simon se conocieron cuando ambos tenían dieciséis años y demasiada testosterona. Coincidieron en un local, si es que podía llamarse así a aquel antro en el que ambos habían entrado sin tener todavía la edad mínima para hacerlo, y luego en la comisaría a la que fueron a parar por intentar evitar una pelea. Todavía recordaba el sermón que le soltó su padre cuando fue a sacarlo de allí, y que éste, a petición de Simon, sacó también a Sebastian.

Se hicieron amigos en seguida, y confiaban tanto el uno en el otro que Molly, la madre de Simon, bromeaba diciendo que quizá había tenido gemelos y los habían separado de pequeños. La amistad entre Simon y Sebastian se puso a prueba cuando el segundo se alistó en el ejército. Pronto lo seleccionaron para que formara parte de un cuerpo de élite, y con cada misión su carácter fue volviéndose más y más taciturno. En una ocasión, seguramente la peor de todas, estuvo fuera casi un año y, cuando regresó, Simon dedujo que había visto los ojos de la muerte. Lo único bueno de aquella época, recordó, fue que Bastian tuvo que quedarse en Nueva York durante un tiempo para su recuperación, y su amistad volvió a ser como antes. Simon llegó incluso a plantearse la posibilidad de contarle la verdad acerca de los guardianes, pero su amigo todavía no era el mismo y decidió esperar.

Bastian volvió a irse y, cuando regresó, él ya estaba prometido con Naomi y tuvieron una gran pelea. Simon todavía no entendía muy bien cómo su amigo había sido capaz de prever con tanta claridad el futuro y él no, pero una noche, después de que le presentara a Naomi y le dijera que iba a casarse con ella al cabo de pocas semanas, Sebastian le dijo que era una estupidez, que estaba cometiendo un

gravísimo error y que seguro que terminaría pagándolo muy caro. Simon, que en esa época no lo veía así, se puso a la defensiva y los dos empezaron a discutir y a insultarse, y a decirse unas barbaridades tremendas. Él le dijo a Bastian que sólo se había alistado en el ejército para satisfacer su complejo de superhéroe y que le importaba una mierda ayudar a nadie. Tras esa frase, Sebastian le dio un puñetazo que lo tumbó en el suelo y ambos se enzarzaron en una pelea que habría terminado muy mal si no llega a aparecer Royce. Cuando el padre de Simon los separó, Sebastian miró a su amigo y le dijo:

—Tengo que irme y no sé cuando volveré, pero quiero que sepas que eres mi mejor amigo y que seguirás siéndolo. Tú y tu familia sois el único buen recuerdo que tengo.

Y antes de salir de la casa de los Whelan, también se dirigió a Royce:

—Gracias por todo.

Días después, cuando a Simon se le pasó un poco el enfado, recordó ese par de frases e hizo algo que había estado tentado de hacer varias veces, pero que nunca había llevado a cabo por respeto a su amigo: investigar su pasado. Lo que averiguó lo dejó estupefacto: Sebastian se había criado básicamente en hogares de acogida. Su madre, una alcohólica, estaba en la cárcel por haber matado a la cajera de un supermercado, y su padre, que lo había maltratado siempre, había fallecido en una reyerta.

Por desgracia, en los hogares de acogida tampoco había tenido suerte; en dos de ellos también lo habían maltratado, y en el último básicamente le habían ignorado. Al cumplir los dieciséis, justo unos meses antes de conocerse los dos, Sebastian abandonó el hogar de acogida, alquiló una habitación con los ahorros que había conseguido reunir a base de durísimos esfuerzos y buscó un trabajo. Por eso se había alistado en el ejército, pensó Simon, para tratar de tener un futuro mejor.

Simon se maldijo mil veces por no haberse dado cuenta de que su mejor amigo lo estaba pasando tan mal, y lo maldijo a él mil veces más por no habérselo dicho. Sebastian tenía que saber que ellos lo habrían ayudado. Él y su maldito orgullo, seguro que no se lo había contado por eso.

Trató de encontrarlo para disculparse, pero a pesar de los contactos de los Whelan no consiguió dar con nadie del ejército que supiera decirle dónde estaba. Y habría seguido sin saber nada de él de no ser porque, un año atrás, su servicio de seguridad le informó de que Sebastian Kepler había regresado a Nueva York. Simon sabía que Bastian no lo llamaría, y él tampoco lo hizo. Pero ahora necesitaba ayuda, y sus instintos de guardián le decían que podía confiar en su amigo.

Sujetó el volante con la mano izquierda mientras con la derecha cogía el móvil y marcaba el número que le habían proporcionado los de seguridad.

—Kepler —respondió Sebastian al segundo.

—Bastian, soy yo, Simon.

Unos segundos de silencio.

—¿Simon? ¿De dónde demonios has sacado este número?

—Yo también me alegro de hablar contigo, Bastian —dijo él, sorprendido de que su primera pregunta hubiera sido aquella—. Necesito tu ayuda.

—¿Qué ha pasado?

Simon suspiró aliviado; al parecer, Sebastian seguía considerándolo su amigo.

—Ahora no tengo tiempo de explicártelo todo. ¿Te acuerdas del local de Kieran?

—Claro, fuimos allí unas cuantas veces con tu padre. Está en el muelle, ¿no?

—Sí. ¿Sigues en Nueva York?

—Sí —respondió escueto.

—Necesito que vayas al local de Kieran y te asegures de que allí no queda nada que pueda llamar la atención.

—¿Qué has hecho, Simon?

—Ha habido una pelea. Eran cuatro, a uno lo he dejado inconsciente, y a los otros tres...

—¡Joder, Simon! Llama a la policía.

—No puedo hacerlo.

Simon había llegado a la conclusión de que alguien de la policía trabajaba para el ejército de las sombras; cómo si no había llegado el informe del asesinato de los Gebler a manos de Mara. Durante un instante, se planteó llamar al detective Cardoso, que parecía de fiar, pero al final había descartado la idea.

—Está bien. Iré al local de Kieran, pero más te vale contarme qué diablos está pasando.

—Lo haré.

—Pronto.

Volvió a hacerse un silencio, pero esta vez no fue tan incómodo como el primero.

—Me alegro de que estés bien —dijo Simon tras carraspear.

—Y yo —respondió el otro algo avergonzado, y colgó.

Sebastian se llevó una mano al cuello y tocó la marca que le identificaba como soldado del ejército de las sombras. De todos los errores que había cometido a lo largo de su vida, aquél era probablemente el peor de todos. Aunque en su defensa tenía que decir que si no hubiera aceptado el ofrecimiento del señor de las sombras, habría muerto. Y lo más triste era que, a fecha de hoy, todavía no sabía cuál de las dos cosas era peor: la muerte o saber que parte de su alma pertenecía al infierno.

Todo sucedió hacía cuatro años. Él y su equipo fueron destinados a Iraq. Sebastian formaba parte de un cuerpo de élite que no recibía ningún nombre horterero de esos que salen en las películas. Ese grupo era inclasificable, inexistente para el mundo, y letal. Su misión consistía en hacer desaparecer a un grupo de empresarios que estaban financiando varias células militares, y, desde el principio, Sebastian tuvo el presentimiento de que era una trampa. Y lo fue, la peor de todas. Cuando entraron en la casa en la que supuestamente estaban escondidos sus objetivos, unos hombres armados hasta los dientes se abalanzaron sobre ellos, que no estaban preparados para enfrentarse a aquellas criaturas de dientes afilados. Cuando los hubieron reducido, los ataron a unas sillas y uno de ellos, el que obviamente ostentaba el rango superior, les ofreció un trato: si Sebastian y sus hombres accedían a convertirse en soldados de algo llamado el ejército de las sombras, no sólo los dejarían vivir, sino que les otorgarían una fuerza y poder inimaginables. Si no, morirían, pero antes los servirían de comida a sus perros: unos enormes perros negros de ojos inyectados en sangre.

El primero que tuvo que elegir fue Sam Bradley, que dijo que no, y tan pronto como la palabra salió de su boca, uno de los perros le arrancó la yugular de un mordisco. El segundo, Martin Fisher, aceptó el trato, y el tipo de uniforme sonrió encantado. Luego, se puso en pie y le disparó a Martin en el estómago. Acto seguido, se mordió la muñeca y, cuando ésta le empezó a sangrar, la acercó a los labios de Martin y lo obligó a beber.

A esas alturas, Sebastian estaba convencido de que habían sido secuestrados por una panda de locos fanáticos y que todos acabarían muertos, pero un par de minutos más tarde, Martin empezó a tener convulsiones y cuando éstas terminaron abrió los ojos... Sebastian todavía no sabía cómo. Pero era como si Martin hubiese dejado de ser él y se hubiera convertido sólo en un cascarón.

Entonces le tocó el turno a él y, aunque le gustaría poder decir que había elegido morir, no fue así. No había sobrevivido a los abusos de su padre para terminar muerto en medio del desierto. Ni hablar. A él no le dispararon, otro de los soldados del ejército de las sombras le hundió un puñal en la femoral y luego le ofreció también su

sangre. Sebastian bebió y perdió el conocimiento. Cuando se despertó, a diferencia de Martin, seguía recordando quién era y qué había hecho. Y al instante empezó a arrepentirse.

Los primeros meses fueron horribles, la sed de sangre lo había hecho enloquecer en más de una ocasión, y una noche, después de presenciar varias atrocidades y de participar en una de ellas, decidió quitarse la vida. Cerró los ojos y recordó la paz que sintió al tomar por fin la decisión de poner punto final a su existencia. Esperó a que todos se durmieran y subió al tejado con una pistola. Se sentó y esperó. Respiró hondo y se acercó el cañón a la sien. Y entonces apareció Elliot Montgomery.

—No lo hagas —le dijo, al tiempo que le sujetaba la muñeca.

Él ni siquiera lo había oído acercarse.

—Tú no sabes lo que soy. Lo que he hecho. Lo que tengo que hacer —se limitó a decir Sebastian.

—Sí lo sé. —Elliot cogió la pistola y con la otra mano se apartó el cuello de la camisa—. A mí también me convirtieron. Me llamo Elliot —se presentó—. Ven conmigo. No va a ser fácil, pero podemos huir de aquí y superar esto. Hay más como nosotros.

—¿De verdad? —Sebastian, que hasta entonces se había sentido completamente solo, pensó que quizá no era así.

—Tenemos que irnos cuanto antes. Ellos no se tomarán nada bien perder a un soldado como tú, pero si de verdad estás dispuesto a luchar contra lo que sientes, creo que nosotros podemos ayudarte.

—¿Cómo...?

—¿Cómo he sabido lo que estabas a punto de hacer? —Elliot terminó la pregunta por él—. Hace días que os estamos vigilando. Por desgracia, el único de tu equipo que ha sobrevivido con la mente intacta eres tú.

Oyeron un ruido proveniente del piso inferior.

—Vamos —lo apremió Elliot—, no tenemos mucho tiempo.

Sebastian volvió a tomar una decisión vital, y esta vez fue la adecuada, porque a partir de ese día se dedicó a luchar contra los perversos instintos que corrían por sus venas y los aprovechó para hacer el bien. Llevaba ya un tiempo en Nueva York y gracias a Elliot y al resto de los soldados rebeldes podía sentirse orgulloso de sí mismo, pero a pesar de todo no se había visto capaz de ir a ver a Simon. Su amigo lo había acusado de querer ser un héroe, y él había terminado por convertirse en un villano. Y lo peor de todo era que, aunque Simon no se lo había contado, ahora Sebastian sabía que era un guardián.

Dios, su vida parecía sacada de un cómic y ya no le extrañaba lo más mínimo. Elliot Montgomery le contó qué era el ejército de las sombras y cuál era su finalidad, y también le habló de la existencia de los guardianes. La historia de por sí era

fascinante, y cuando Elliot le dijo que los Whelan eran uno de los clanes más poderosos, Sebastian supo que jamás podría volver a ver a Simon.

Montgomery también le explicó que en Europa había más hombres como ellos: soldados del ejército que habían huido de sus filas y que querían recuperar su humanidad. Ahora estaban tratando de organizarse y, cuando lo consiguieran, saldrían a la luz.

Sebastian ya no se hacía ilusiones, pero pensó que por una vez estaría bien que las cosas llegaran a buen puerto. Se frotó de nuevo la marca y pensó en la llamada de Simon. Su amigo no sabía nada de todo aquello, y lo había llamado para pedirle ayuda. Pues bien, iba a dársela, y cuando todo terminara le contaría la verdad.

—¿A quién has llamado? —preguntó Mara sin dejar de mirar el paisaje—. ¿A uno de tus esbirros?

—Yo no tengo esbirros —respondió Simon—. Eso os lo dejo a ti y a tu tío.

—Ya te he dicho que esos hombres no iban conmigo.

—Claro, y por eso no te han tocado ni un pelo. —Apretó el volante—. Mira, será mejor que te calles.

—¿O qué? ¿Me matarás con esas horribles garras de acero, o con esos colmillos? Eres un monstruo.

El guardián se retorció de dolor.

—Monstruo, crees que soy un monstruo. ¿Y los soldados del ejército de la sombra qué son? ¿Niños cantores de Viena? —Esperó unos segundos—. Veo que no te sorprende oír su nombre. Por todos los dioses, ¿desde cuándo estás con ellos?

—Yo no estoy con nadie. Mi tío y yo...

—Eso, háblame de tu tío.

Ella volvió a quedarse en silencio y Simon siguió conduciendo. Un par de horas más tarde, notó que las heridas no dejaban de sangrarle y que empezaba a marearse, así que cuando avistó un motel se dirigió hacia él.

—Nos quedaremos aquí a pasar lo que queda de noche —le dijo a Mara—. Pórtate bien o te dejaré encerrada en el coche.

No sería capaz de hacerlo, pero ella no lo sabía y Simon aprovechó esa ventaja. Buscó un abrigo que había visto en la parte trasera y se lo puso para ocultar la sangre. Bajó del coche, se colgó el petate en el hombro que no tenía herido y cojeó hasta la puerta del acompañante. Abrió y cortó la brida con una navaja. Cuando Mara estuvo de pie delante de él, la miró a los ojos:

—¿Llevas el móvil encima?

—No —mintió ella.

—¿Por qué será que no te creo? —Simon la cacheó y si se detuvo más de la cuenta en recorrerle la cintura o las piernas no se dio cuenta—. Aquí está.

Le sacó el teléfono del bolsillo trasero de los vaqueros y lo metió dentro del

petate. Pensó en romperlo, pero quizá podría resultarle útil. Tiró de Mara hacia la entrada.

—Vamos.

El tipo de recepción, que debía de haber visto gente con mucho peor aspecto del que Simon y Mara tenían, ni siquiera se inmutó, y les entregó la llave de una habitación sin hacer ninguna pregunta fuera de las habituales. La habitación que les había dado, en la planta baja y, a petición de Simon cerca del parking, era horrible. La colcha de las camas, dos individuales, era un retablo de manchas y la moqueta parecía radioactiva. A pesar de todo, Mara estaba tan cansada que pensó que probablemente sería capaz de dormir en el suelo.

Simon se dirigió al cuarto de baño y al entrar dejó el petate en el suelo. Seguía reteniendo a Mara por la muñeca y se detuvo al lado del radiador.

—Siéntate —le dijo, y le ató la muñeca con otra brida de plástico que luego pasó por el radiador.

—Te arrepentirás de esto —farfulló Mara.

«Ya me arrepiento».

—Tengo que curarme las heridas —dijo Simon al ponerse en pie—. Y ducharme.

Al comprender que ella estaría en el baño mientras él hacía ambas cosas, Mara sintió un sofoco y algo más que no se atrevió a calificar.

—Si pudiera confiar en ti, te dejaría sola en la habitación —prosiguió él quitándose el abrigo—. Pero ambos sabemos que no es así. —Hizo una mueca de dolor—. Así que —extendió los brazos—, te aconsejo que cierres los ojos.

«Ciérralos, por favor, si me miras perderé el poco control que me queda».

—Como si fuera a mirarte —contestó ofendida—. Del único modo que quiero verte es entre rejas —añadió antes de volverse y clavar los ojos en un par de baldosas que distaban mucho de estar limpias.

Simon suspiró aliviado y se quitó el jersey y la camisa. Las dos prendas estaban empapadas de sangre, y las guardó en una bolsa de plástico para tirarlas más tarde. Sacó el botiquín del petate y lo abrió; contenía lo indispensable para curar las heridas más básicas, pero tendría que apañarse con eso. Los guardianes eran inmortales hasta que encontraban a su alma gemela, y Simon no tenía claro si había pasado ya al bando de los humanos. Una parte de él estaba convencido de que María, Mara, era su alma gemela, pero otra empezaba a tener sus dudas. El guardián necesitaba estar cerca de ella para poder asegurarse, y estaba claro que dicho acercamiento no iba a producirse. «Por ahora».

Preparó las tijeras, las vendas, el alcohol, y unos sobres que contenían un preparado químico que ayudaba al proceso de cicatrización. En el botiquín había también analgésicos, antipiréticos y... un pequeño vial con sangre. Seguro que era de su madre, pensó Simon. Cuando un guardián se volvía mortal y pasaba a ser

vulnerable, lo único que podía impedir que muriera en caso de resultar gravemente herido era beber sangre de su alma gemela. Seguro que Molly se había empeñado en que su padre llevara un poco de la de ella.

Simon cogió el vial y lo miró con envidia. Sus padres se habían amado mucho, y lo que más quería él en el mundo era una relación como aquella, pero a juzgar por cómo María lo miraba, o mejor dicho, evitaba mirarlo, no creía que llegara a tenerla jamás. Guardó de nuevo el pequeño vial y se desabrochó los pantalones; la herida del muslo lo estaba matando. Ojalá le sirviera la sangre de cualquiera, pensó al sentir una punzada de dolor, pero no era así. Si no podía beber de su alma gemela, fuera quien fuese, tendría que conformarse con las medicinas tradicionales. En *El libro negro de los guardianes* había leído la historia de un guardián que sobrevivió bebiendo de su propia sangre, pero terminó por volverse loco. Se quedó en calzoncillos, y aunque María seguía dándole la espalda no se atrevió a desnudarse del todo. Se metió en la ducha y allí se quitó la última prenda. Abrió el grifo del agua caliente y apoyó la frente contra la pared.

María no se atrevió a darse la vuelta hasta que oyó correr el agua. Había tratado de mantenerse indiferente. Se había repetido una y otra vez que aquel hombre, aquel monstruo, era hijo de quien había asesinado a sus padres. Por todos los santos, si acababa de verlo matar a tres tipos con sus propias manos y ni siquiera se había inmutado. Y todas esas patrañas acerca de que de pequeños se conocían habían sido un truco muy cruel. Ojalá fuera verdad lo que había insinuado. Ojalá ella de pequeña hubiera tenido a alguien con quien jugar, alguien a quien amar. Pero no. Mara se había criado sola en un lujoso internado, y él se había inventado todo aquello para atormentarla, para hacerla dudar de su tío, que al fin y al cabo era el único que la había cuidado.

Cerró los ojos y apretó los párpados con fuerza, y lo único que consiguió fue ver la mirada de Simon cuando ella le disparó. Se lo veía triste, perdido, en vez de distante y decidido, como había estado durante el trayecto hasta aquel horrible motel. No, no se dejaría engatusar, se repitió, pero abrió los ojos y todos esos propósitos se desvanecieron igual que el vapor que se escapaba por arriba de la cortina de la ducha. Dios, la silueta de Simon la dejó sin aliento.

Estaba de perfil, con los brazos levantados y las palmas apoyadas contra la pared de delante. Mantenía la cabeza agachada para que el agua le resbalara por la nuca y le recorriera la espalda. Permanecía completamente inmóvil, y de no ser por el calor que parecía emanar de su piel habría creído que era una estatua. Hipnotizada, Mara le recorrió el cuerpo con los ojos. Empezó por la frente, una frente despejada que siempre había admirado, y luego descendió por la nariz y los labios. A través de la cortina no podía distinguir si tenía los ojos abiertos o cerrados, pero su imaginación

decidió que debían de estar cerrados. Mara se pasó la lengua por los labios y cuando se dio cuenta de lo que había hecho se sonrojó, pero no dejó de mirar a Simon. Siguió con el recorrido, que ahora la llevó hasta el cuello y los hombros, que tenía tensos por la postura. Su torso parecía ocupar toda la minúscula ducha...

—Deja de mirarme —dijo Simon entre dientes. Estaba tan excitado que si ella lo miraba un segundo más no podría contenerse. No querría contenerse.

—Yo...

—Deja de mirarme.

—No puedo —respondió Mara, y tan pronto lo dijo supo que era verdad. Por nada del mundo podría dejar de mirar a Simon. No sabía por qué, y después de lo sucedido esa noche no estaba segura de que quisiera saberlo.

Él abrió la cortina de la ducha y se le enfrentó magníficamente desnudo. Lo primero en que se fijó ella fue en que tenía el pecho cubierto de un vello negro y suave, y apretó los puños de tantas ganas como tenía de tocarlo. Y lo segundo es que tenía varias heridas que no dejaban de sangrar.

—Cierra los ojos y deja de mirarme —le ordenó, aunque más bien sonó a súplica, y dio otro paso hacia ella.

Apenas los separaban unos centímetros y Mara levantó la mano que no tenía esposada para tocarle el muslo.

Él cerró los ojos y apretó los dientes. Era la primera vez que ella lo tocaba, y que lo hiciera piel contra piel lo quemó por dentro. El guardián rugió y Simon sintió que le sacudía las entrañas. Ahora ya no podía seguir negándolo.

Con un dedo, Mara le recorrió el muslo herido muy, muy despacio. Y se detuvo justo encima de la herida.

—¿Te duele? —le preguntó.

—Sí —respondió él, aunque no se refería a la puñalada—. Tócame. —Tragó saliva—. Por favor.

Ella detuvo la mano y levantó la cabeza, que hasta ese momento había mantenido inclinada. Y lo que vio hizo que le diera un vuelco el corazón. Simon tenía los ojos cerrados y mantenía los puños fuertemente apretados a los costados. Todo él temblaba del esfuerzo que estaba haciendo para no moverse. Y era más que evidente lo excitado que estaba. Mara nunca había visto a un hombre en ese estado. Y nunca se había imaginado capaz de despertar tal deseo en ninguno. Debería sentirse horrorizada, pensó, estaba atada a un radiador, en el baño de un motel perdido en medio de una carretera. El hombre que la retenía era un mentiroso y un asesino, y ella tenía ganas de tocarlo. Dios, ¿qué demonios le pasaba?

Simon notó que había detenido la caricia, y abrió los ojos para ver qué sucedía. Se había esforzado mucho en no asustarla, pero era consciente de que, en su estado, su aspecto debía de ser algo intimidatorio. Las miradas de los dos se encontraron y al

ver las dudas y los miedos que rebosaban los ojos de ella, él levantó una mano y le acarició el pelo.

—María —susurró con la voz rota, y la joven, aunque durante un segundo movió el rostro en busca de la caricia, se tensó al instante.

—Me llamo Mara.

Simon apartó la mano y la dejó caer a un lado al tiempo que daba un paso atrás.

—Está bien, Mara. Deja de mirarme o te aseguro que la próxima vez que salga de la ducha sucederá algo muy distinto.

Furioso por haber bajado de nuevo la guardia, Simon se metió bajo el agua y se enjabonó el cuerpo y el cabello lo más rápido que pudo. Quería eliminar cualquier rastro de sangre —y de las caricias de ella— de su ser. De la erección que tenía entre las piernas no pudo hacerse cargo. Supuso que a Mara le estaría bien merecido que se masturbara allí mismo, pero no quiso cruzar esa línea, y le bastó con pensar en la cara de desprecio con que lo había mirado en el local de Kieran para que se le pasaran las ganas. Más o menos.

Mara ya no lo miraba, lo sabía porque ya no sentía sus ojos encima, pero sabía que también estaba excitada. Cuando el guardián afloraba a la superficie, se le agudizaban todos los sentidos, incluido el olfato, y un guardián podía distinguir el olor del deseo de su alma gemela. Y con ese pensamiento, volvió a excitarse al máximo.

Agotado y resignado a acostarse en ese estado, cerró el grifo y salió de la ducha. Mara había vuelto a fijar la mirada en la pared, y parecía fascinada con el dibujo de las cenefas. Él no se vistió y se quedó sólo con una toalla envuelta en la cintura. Se dijo a sí mismo que lo hacía porque tenía que curarse la herida del muslo, pero ni siquiera él se creyó tal mentira.

—Yo también quiero ducharme —dijo ella.

Simon giró el rostro y no pudo evitar sonreír.

—Ningún problema. Te ayudaré a desnudarte —se ofreció.

—Ni hablar. Quiero ducharme sola —pronunció la última palabra con énfasis.

—Ni hablar —la imitó él—. O te duchas aquí conmigo o no te duchas. Tú eliges.

Simon sabía que podía atar la brida a la cañería del agua y permitir que se duchara sola, pero después de todo lo que había soportado que le hiciera ella esa noche —disparo incluido—, supuso que se merecía verla desnuda.

—Veo que no quieres ducharte —dijo Simon, concentrándose de nuevo en la herida que se estaba limpiando con alcohol. Una vez estuvo satisfecho con el resultado, se la cubrió con una gasa. Ésa era sólo la primera de una larga lista—. Tampoco estás tan sucia —apuntó, señalando la camisa llena de polvo y los vaqueros rotos de cuando él la había tirado al suelo para protegerla—, y quizá mañana también podamos pararnos a descansar.

—¿Adónde vamos? —preguntó Mara enfadada.

—Ya lo verás. Creo que me afeitaré. —Buscó en el botiquín, pero no encontró ninguna cuchilla, y no pensaba utilizar las del motel—. O quizá no. —Se curó otra herida, la del disparo de ella, y notó que había empezado a cicatrizar.

¿Qué significaba eso? ¿Que Mara no era María, o que su cuerpo todavía no la había identificado como a su alma gemela? La verdad era que estaba demasiado cansado para seguir pensando en todo ello. Necesitaba dormir y recuperarse. Satisfecho de cómo le había quedado el vendaje del hombro, buscó uno de los sobres con polvos químicos cicatrizantes para la herida del muslo.

Mara seguía castigándole con su silencio, y él lo agradeció. Levantó un poco la pierna y apoyó el pie descalzo en la ducha. Apartó la toalla y vio que la herida seguía sangrando profusamente. Sí, no tenía más remedio que echarse aquellos malditos polvos. Abrió el sobre con los dientes y, sin darse tiempo a pensarlo, los echó encima del corte. El escozor le recorrió todo el cuerpo como una lengua de fuego, y tuvo que apretar los dientes para no gritar de dolor. Con una mano, seguía echándose los polvos que habían quedado en el sobre, y con la otra se sujetaba en el baño, con tanta fuerza que los nudillos se le quedaron blancos. La herida desprendió humo y Simon olió el distintivo olor de la piel quemada, pero poco a poco el dolor fue remitiendo y sólo le quedó la sensación de que su muslo empezaba a sanar. Bajó despacio el pie al suelo y volvió a respirar. Abrió el grifo y se salpicó la cara para recuperarse. Y al darse media vuelta, vio que Mara lo estaba mirando y, aunque ella seguro que no lo reconocería, se la veía preocupada.

—¿Seguro que no quieres ducharte? —le volvió a preguntar.

—¿Vas a dejar que lo haga sola?

—No —le respondió sincero. Aunque él estuviera dispuesto a concederle tal deseo, el guardián no se lo permitiría.

Volvieron a mirarse a los ojos y, sorprendiéndolos a ambos, Mara cedió:

—Está bien. —Levantó las manos en señal de rendición—. Quiero ducharme, y si no sales de aquí podré añadir el abuso a tu lista de delitos.

Simon la fulminó con la mirada y no se dignó contestar. Cogió el petate del suelo y se lo llevó al dormitorio. Segundos más tarde, regresó al cuarto de baño y dejó una camiseta limpia junto a la ducha. Él seguía llevando la toalla alrededor de la cintura. Habría podido vestirse, pero había visto a Mara recorriéndole el torso con la mirada fingiendo no hacerlo, así que decidió seguir como estaba.

—Tienes que quitarme esto —dijo ella levantando el brazo que tenía esposado.

Simon se acercó —más de lo necesario— y soltó la brida, y acto seguido se la pasó por su muñeca.

—¿Qué haces? —preguntó Mara con los ojos abiertos de par en par.

—Así no irás a ninguna parte —se limitó a decir él.

—¿Pretendes que me desnude y me duche esposada a ti? —Lo vio asentir y lo insultó—: Eres despreciable.

—Después de acusarme de encubrir a un asesino y de sobornar a la policía, eso es casi un cumplido. Vamos, estoy cansado y quiero acostarme.

—Pues suéltame y deja que me duche en paz —sugirió ella, fulminándolo con la mirada.

—No insistas, Mara.

Ella tomó aire y cuando lo soltó volvió a insultarlo. Intentó desabrochar los botones de la camisa, y tras cinco o seis intentos fallidos, se tragó el orgullo y dijo:

—No puedo.

—Utiliza las dos manos —sugirió él haciéndose el tonto.

—Eres despreciable —repitió Mara, pero hizo lo que le decía, arrastrando la de Simon detrás.

—Eso ya lo has dicho.

Ambos ocultaban bajo su enfado el deseo que la proximidad de sus cuerpos despertaba en el otro. Durante cinco segundos, Simon se mantuvo inmóvil, dejando que se desabrochara sola los botones, pero cuando la mano le quedó encima del corazón de Mara y notó lo rápido que le latía, ya no pudo contenerse más.

Ella tenía la cabeza inclinada, y la mirada fija en los cinco botones blancos de su camisa, y cada vez que movía la mano esposada y sentía la piel de Simon rozándose con la suya se le encogía el estómago. Cómo era posible que sabiendo lo que sabía de aquel hombre tuviera ganas de abrazarlo, besarlo, tocarlo... Él dio un paso y se colocó justo delante de ella. Tenía la respiración entrecortada, Mara lo notó al ver cómo se le movían los abdominales. Vio que levantaba muy despacio la mano libre y cerró los ojos. Pasó un segundo, y toda una eternidad, y de repente sintió que le acariciaba la mejilla y le apartaba el pelo de la cara. Luego, igual de despacio y permitiendo que ella sintiera que le temblaba el pulso, Simon le acarició el labio. Mara se estremeció y él también.

El guardián bajó la mano hasta llegar al escote donde estaban las de ella,

aferradas a un botón como si fuera un escudo. Simon colocó los dedos encima de los suyos y le acarició los nudillos hasta que sintió que se relajaban, y entonces le apartó las manos y empezó a desnudarla. Desabrochó los botones uno a uno y, al hacerlo, le iba acariciando la piel del esternón con las yemas de los dedos. Ninguno de los dos dijo nada, negándose a reconocer la intimidad que se estaba tejiendo entre ambos. Al llegar al último botón, Simon separó los dos extremos de la tela y cuando vio la cicatriz recordó el horrible ataque que María había sufrido de pequeña. Le deslizó la prenda por los brazos, y al final le quedó colgando por encima de las muñecas que tenían esposadas. A Simon le molestaba, así que, sin pensarlo dos veces, tiró con fuerza de la tela hasta que la rompió. El ruido de la ropa al rasgarse logró que Mara abriera los ojos y tomara conciencia de lo que estaba sucediendo, pero él la besó antes de que el cerebro de ella pudiera negar lo que su corazón deseaba.

Ese beso, a diferencia del primero, prendió fuego al instante. Simon le capturó el labio inferior entre los dientes y después se lo recorrió lentamente con la lengua. Mara levantó la mano que no tenía atada a la de él y la colocó sobre el pecho de Simon, justo encima del corazón. Su piel desprendía tanto calor que incluso quemaba, y ella jamás se había sentido atraída hacia nadie con aquella intensidad. Él se quedó sin respiración cuando notó que lo tocaba, y durante un instante creyó que iba a apartarlo, pero no lo hizo.

Mara dejó allí la mano y movió un poco los dedos para sentir cómo los músculos de él se flexionaban bajo la caricia. Colocó la otra mano, la esposada, en la cintura de Simon y se sujetó a él, que hizo lo mismo con ella. Existían cuatro puntos de contacto entre los dos: las manos en la cintura, la otra mano de ella en el torso de él, los labios que no dejaban de besarse, y las caderas que, inconscientemente, habían acercado el uno al otro.

Simon la estaba besando, consumiendo, le recorría el interior de la boca una y otra vez, deteniéndose sólo para darle pequeños mordiscos en el labio. La mano que tenía en su cintura la retenía pegada a él y Mara podía sentir la fuerza controlada que corría por sus venas. Con la otra mano, Simon le sujetaba el rostro, y poco a poco la fue deslizando hasta la nuca para enredarse en su pelo.

Mara no permanecía pasiva: al contrario, le devolvía el beso con una pasión que hasta entonces ella misma desconocía poseer. Era como si le ardiera todo el cuerpo y sólo tocándolo a él pudiera aliviar ese calor que amenazaba con consumirla.

Simon le soltó el pelo y, tras otro beso en el que se aseguró de memorizar su sabor, se apartó de sus labios y se centró en su cuello. Podía sentir cómo se le alargaban los colmillos, pero sabía que todavía no tenía derecho a realizar algo tan íntimo como beber de ella, y se conformó con rozarle la piel de la curva del cuello con las afiladas puntas. Mara apretó la mano que tenía encima del torso de él y gimió de placer. Simon estaba tan excitado que la toalla que llevaba atada a la cintura estaba

adquiriendo una forma de lo más absurda. Le acarició la espalda y notó que se le ponía la piel de gallina. Iba a quitarle el sujetador, pero entonces ella le mordió el cuello y Simon perdió la capacidad de razonar. La abrazó y la atrajo más a él, algo que segundos antes le habría parecido imposible, y deseó poder meterse bajo su piel; así nunca, nadie, podría separarlos. Abrió un poco las piernas y colocó a Mara en medio, y al notar el tacto de los pantalones decidió que tenían que desaparecer. Quería sentirla de los pies a la cabeza. Bajó la mano hasta la cintura de los vaqueros y buscó los botones. Tiró de ellos con tanta fuerza que estuvo a punto de romper las costuras, y cuando se los hubo desabrochado, deslizó una mano dentro. Y al sentir el calor de su entrepierna, Simon gimió de placer.

Por muchas veces que hubiera soñado con aquel encuentro, nada lo había preparado para saber qué sentiría al comprobar que María también lo deseaba. Era una sensación embriagadora, algo por lo que merecía la pena vivir. Y morir, pensó, al recordar que había estado a punto de perderla años atrás. Si así hubiera sido, jamás habría conocido ese placer. Ese pensamiento, la gratitud que lo inundó al darse cuenta de que era María y no otra la que estaba entre sus brazos, lo hizo caer de rodillas. La cogió por las caderas y deslizó los pantalones hasta quitárselos. Luego, se abrazó de nuevo a ella y apoyó la mejilla contra su ropa interior. Si no estuviera tan desesperado por hacerle el amor, seguramente se habría echado a llorar, y cuando sintió que ella le pasaba una mano por el pelo y susurraba su nombre, una lágrima escapó de sus ojos.

—Simon —repitió Mara en voz baja.

Él levantó la cabeza y permitió que sus miradas se fundieran la una con la otra. Ella le dibujó el pómulo con un dedo y el guardián reconoció a la mujer que llevaba toda la vida esperando. Se inclinó y le besó el ombligo con reverencia, le recorrió el estómago con la lengua y respiró profundamente para impregnarse de su esencia. Con la mano que no tenía esposada a Mara, le acarició la parte posterior de una pierna, y al llegar a la rodilla deshizo el camino.

Ella podía sentir la agitada respiración de él en su sexo y seguro que Simon notaba lo excitada que estaba. La mano de éste siguió subiendo y se detuvo al llegar a la ropa interior. Le recorrió la parte superior de las braguitas con suma lentitud, y cada milímetro de piel que tocaba prendía fuego a su paso. Su incendiario dedo índice terminó su camino debajo del ombligo de Mara, encima del diminuto lacito rosa que decoraba la sencilla prenda de algodón. Ella aguantó la respiración, incapaz de comprender la intensidad del deseo que estaba sintiendo, dudando entre... Él la besó justo por encima de la tela y le derritió las rodillas y las dudas.

Se quedó de rodillas delante de él y aprovechó para besarlo. Simon le devolvió el beso y le dio otro que amenazó con consumirla. Al apartar los labios, atrapó de nuevo los de Mara entre los dientes, y esta vez ella pudo sentir claramente las puntas de los colmillos. Abrió los ojos y se encontró con los de Simon completamente negros... y

recordó lo que había visto en el local del puerto. No sabía qué era aquel hombre, y sin embargo había dejado que la desnudara, que la besara.

Simon no podía dejar de tocar a María. Por fin comprendía aquella sensación de vacío que lo había embargado desde su infancia: la echaba de menos. Había tenido la suerte de encontrar a su alma gemela de niño, y luego el destino le había infligido el más cruel de los castigos y se la había arrebatado de las manos. Simon había tenido que crecer sin ella, había tenido que sobrevivir a su muerte sin llegar a saber jamás si todo era fruto de su imaginación. Ahora por fin lo sabía. Y necesitaba recuperar el tiempo perdido. Necesitaba darle todos los besos que no le había dado, todas las caricias. Todo. Hacer el amor por primera vez en el suelo del baño de un motel no era romántico, y sin duda Mara se merecía algo mejor, pero Simon no estaba dispuesto a dejar de besarla el tiempo suficiente como para levantarse e ir al dormitorio. Le recorrió el pecho a besos, dibujándole el esternón con la lengua y siguió hasta el ombligo. Allí se agachó para poder besárselo de nuevo y luego detuvo los labios encima de las braguitas. Él nunca se había fijado en la lencería de las mujeres con las que se había acostado, pero en aquel preciso instante decidió que no había nada más erótico que la ropa interior blanca. Sujetó un extremo de la prenda con los dedos y la enormidad de lo que estaba a punto de hacer lo sobrecogió.

—María —susurró con voz ronca.

«María. Está convencido de que soy aquella niña. O eso es lo que quiere que crea», contrató otra voz dentro de la cabeza de Mara.

—No —respondió ella, asustada por lo que estaba sintiendo, pues durante un breve instante había creído ser realmente la niña de los recuerdos de Simon—. No soy María.

Esa frase, pronunciada con tanta determinación, detuvo a Simon.

—No soy María —repitió ella—. Soy Mara.

Él cerró los ojos y respiró hondo varias veces. Mara notó que los dedos con que le sujetaba el extremo de las braguitas iban aflojándose hasta que soltó la prenda por completo. Los dos seguían de rodillas en el suelo, pero Simon echó la cabeza hacia atrás para poder mirarla.

—No eres María. —Hizo una pausa—. Y a pesar de todo me estabas besando. — No sabía qué era lo que lo molestaba más, que Mara siguiera sin recordar su pasado, o que sin recordarlo estuviera dispuesta a acostarse con él. Simon había estado con demasiadas mujeres que no eran María, y no quería seguir haciéndolo; aunque en esa ocasión el cuerpo fuera el adecuado, quería que el alma también lo fuera—. No eres María y me estabas tocando —le echó en cara ofendido—. Estabas permitiendo que te tocara.

—Yo... —La reacción de él la sorprendió, pero la sorpresa pronto dejó paso al enfado—. Has sido tú el que no ha dejado que me desnudara sola. Y quien me ha

arrastrado hasta aquí sin decirme ni una palabra.

Furioso consigo mismo por haber permitido que las cosas llegaran tan lejos, y con ella por haberlo obligado a recordar que todavía no había encontrado a su alma gemela, al menos no del todo, Simon se puso en pie y tiró de Mara para que hiciera lo mismo. Sin decirle una palabra, se acercó la muñeca en la que llevaba la brida a los labios, extendió los colmillos y la rompió.

—¿Qué diablos eres?

Simon cogió la camiseta, echó un rápido vistazo al baño para asegurarse de que sólo había una toalla pequeña, y comprobó que no había ninguna ventana o vía de escape.

—Dúchate.

Le dio la espalda a Mara, que seguía atónita de pie frente a la ducha, y se dirigió hacia la puerta.

—Y en cuanto a qué soy —añadió al girar el picaporte—, cuando recuerdes quién eres tú, te lo contaré. No cierres la puerta.

Se alejó del baño y fue a vestirse. Del petate sacó una muda de ropa interior limpia, una camiseta y un jersey negros, así como unos vaqueros. Se puso los calzoncillos y la camiseta, y el resto lo dejó preparado para el día siguiente. Para Mara eligió la camiseta que le pareció más pequeña, pero en cuanto a los vaqueros y la ropa interior —que jamás lograría olvidar— tendría que ponerse lo mismo. Ya vestido, furioso y todavía excitado, se sentó en la cama. Por todos los dioses, si no llegaba pronto a Vancouver y encontraba el modo de que Mara recordara que era María, terminaría por volverse loco. Y no sólo eso, tenía que averiguar qué diablos hacían aquellos soldados del ejército de las sombras en el local de su antepasado. «Sí, y hallar la manera de que el guardián se calme», pensó al sentir que se le revolvían las entrañas. Los guardianes no se tomaban nada bien que sus almas gemelas los rechazaran.

Cuando Sebastian llegó al muelle, en seguida tuvo el presentimiento de que él no era el único soldado del ejército de las sombras que había por allí esa noche. Aunque hubiera desertado de ese ejército, seguía siendo uno de ellos y podía detectar su presencia, lo que significaba que ellos también lo detectaban a él y que tenía que andarse con cuidado.

Recordaba perfectamente dónde estaba el local del que le había hablado Simon; habían ido allí juntos un par de veces durante su juventud y a Bastian siempre le había parecido que dentro se respiraba tranquilidad. Faltaban un par de horas para que amaneciera y las sombras de la noche empezaban a disiparse. Estaba a unos diez metros del lugar cuando vio que un coche negro, demasiado caro para estar por aquellos barrios, se acercaba. Se escondió entre los palés y siguió dirigiéndose al local, y no le sorprendió lo más mínimo comprobar que aquél era también el destino del misterioso coche. Buscó un lugar desde el que poder mirar sin ser visto, y esperó.

—¿Qué ha pasado? —preguntó furioso Jeremiah Claybourne al bajar del coche.

—Se ha escapado —respondió Demetrius presionándose una herida con un sucio trozo de tela—. Había una mujer con él.

—¿Me estás diciendo que Simon Whelan y una mujer han conseguido derrotar a cuatro de los más temibles soldados del infierno?

—Nunca había visto a un guardián así —se justificó Demetrius—, era como un animal salvaje, y creo que estaba así por la chica.

—Pues haberle pegado un tiro a la fulana y listo. Ya os dije que quería a Whelan vivo, los daños colaterales no me importan lo más mínimo.

—No era una fulana —replicó el otro—. Yo ya la había visto antes, en casa de lord Ezequiel.

—¿Qué has dicho?

—Esa mujer que estaba con Whelan, no sé cómo se llama. —Se quedó pensativo unos segundos—. Stokes, creo. La vi en casa de lord Ezequiel hace unos años.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo, señor.

Claybourne suspiró resignado.

—Está bien. Limpia todo esto. —Levantó las manos para señalar los cadáveres de los otros soldados—. Y procura no llamar la atención durante unos días.

Jeremiah subió al coche y se fue de allí a toda velocidad, y Demetrius cargó a sus

compañeros muertos en una furgoneta. Sebastian esperó a que se fueran y luego salió de su escondite. Había reconocido a Jeremiah Claybourne de las revistas de sociedad, y a juzgar por la conversación que acababa de escuchar, pretendía capturar a Simon; al parecer, éste había huido con una mujer vinculada a lord Ezequiel. Tenía que avisar a su amigo, y también a Montgomery. Si lord Ezequiel estaba tramando algo, ellos tenían que estar alerta. *Mientras tanto, en algún lugar de Rusia*

Simona sabía perfectamente que cruzar la estepa rusa en busca de alguna pista acerca de su pasado sin tener ningún plan y sin punto de partida era una completa locura, pero nada comparable a traicionar a lord Ezequiel y abandonar el único hogar que había conocido. Y si había hecho lo segundo y lo tercero, bien podía hacer lo primero. En Moscú había encontrado a un viejo loco que le había contado una fábula sobre un famoso guardián llamado Babrica. El anciano había insistido en que era verdad, y cuando ella hizo uno de sus típicos comentarios sarcásticos, el hombre, con la sabiduría y paciencia que sólo otorga la edad, le preguntó si tenía miedo de enfrentarse a la realidad. Sí, quizá sí tenía miedo, porque si todo lo que ella sabía era mentira... entonces, ¿cómo justificaría su pasado, su misma existencia?

Aceleró la moto y dejó que el viento se llevara consigo todas aquellas incertidumbres. Ya faltaba poco para llegar al pueblo en el que, según el anciano, encontraría algunas respuestas. Y muchas más preguntas. Antes, Simona había tenido la sensación de que la estaban siguiendo, pero tras dar varios rodeos había conseguido quitarse de encima aquel pequeño turismo rojo de aspecto aparentemente inocente que sin embargo llevaba horas pegado a ella.

Vio un cartel desvencijado que anunciaba el nombre del pueblo y giró en esa dirección. Había nieve a ambos lados de la carretera, y la sorprendió no ver ninguna huella en medio de la blancura. Avistó un grupo de casas y se dirigió hacia allí, pero no encontró a nadie y fue en ese instante cuando se dio cuenta del silencio. Lo único que podía oírse, aparte del motor, era un silencio sepulcral.

Se detuvo y paró la moto. Nada. Sólo silencio. Se quitó el casco, lo dejó encima del asiento, y desmontó al mismo tiempo que comprobaba que tenía una de sus espadas pegada al muslo. Recorrió la calle en busca de alguno de los habitantes, pero a juzgar por las ventanas rotas y el estado de las casas, hacía mucho tiempo que allí no vivía nadie. Lo mejor sería regresar. Y eso era exactamente lo que iba a hacer hasta que un edificio en concreto captó su atención: la escuela.

Simona estaba convencida de que nunca había estado allí, pero sabía con absoluta certeza que dentro de la escuela había un banco de madera rojo y una sala llena de camas con cabezales de hierro que resonaban al golpear contra la pared. Llegó a los escalones de la entrada y se detuvo; tardó unos segundos en darse cuenta de lo que sucedía: tenía miedo. Un horrible escalofrío le recorría la espalda y se notaba las

manos húmedas de sudor. ¿Por qué tenía miedo de entrar en un edificio abandonado? Se obligó a subir un escalón, y otro. Ella no tenía miedo de nada, se repitió, ella no tenía nada que perder —aunque en ese instante el rostro de un policía londinense le vino a la mente. Desenfundó la espada y abrió de una patada la puerta de la escuela. El ruido de unas pisadas en la nieve la obligó a volverse, y gracias a sus instintos, y a años de entrenamiento, consiguió esquivar una daga que sin duda llevaba su nombre.

Aparecieron de repente, y estaban por todas partes. Primero creyó que eran dos, pero en seguida vio que como mínimo iba a tener que enfrentarse a ocho... ¿Qué diablos eran aquellas cosas? Simona se había criado en casa de lord Ezequiel, así que estaba familiarizada con el ejército de las sombras, pero aquellos hombres, por llamarlos de alguna manera, hacía mucho que no recordaban nada de su humanidad. Tenían la piel pálida, casi translúcida, y unos colmillos mucho más largos de lo habitual y que no parecían retroceder jamás. Los ojos parecían espejos, y de no ser por la certeza con que disparaban los habría creído ciegos.

Daba igual, fueran lo que fuesen, iban a morir. Simona todavía no había encontrado a ninguna criatura capaz de sobrevivir a la decapitación. Un par fueron a por ella, que los recibió con la espada en alto. Al primero le cortó la cabeza al instante, pero el segundo la derribó al suelo y llegó incluso a darle un puñetazo antes de que consiguiera dejarlo sin la posibilidad de volver a ponerse nunca más un sombrero. Se estaba ocupando de otro par cuando dos más la atacaron por detrás. Aquellas malditas ratas no peleaban limpio. Simona recurrió a todos los trucos que sabía, pero una guerrera como ella sabía cuándo había perdido. Aquél era el fin. Iba a morir en una escuela rusa abandonada en medio de la nieve. Sola. Sin...

Los dos monstruos que la cubrían salieron por los aires. A uno le voló la cabeza un disparo, y el otro cayó derribado de un tiro en el torso. Y el hombre que blandía la escopeta de la que habían salido ambas balas no era otro que Mitch Buchanan, el policía londinense que quería que ella lo llamara Michael. Y al que Simona había abandonado en Londres por su propio bien. ¿Es que ni las buenas obras le salían tal como había previsto?

—¿Qué diablos estás haciendo aquí? —le preguntó a Mitch cuando se puso en pie y justo antes de ocuparse de los dos tipos que la habían atacado por la espalda.

—Yo también me alegro de verte, Michael —dijo él sarcástico imitando su tono de voz—. Gracias por salvarme la vida. ¡Agáchate! —Disparó por encima de ella y mató a uno que había estado a punto de pillarla desprevenida—. Dios, pensaba que los asesinos a sueldo como tú estabais mejor entrenados.

—Yo no soy una asesina a sueldo —se defendió Simona—. Y ya sabía que lo tenía detrás.

—Seguro. —Mitch disparó a otros dos que pretendían acercarse—. Igual que sabías que te estaba siguiendo.

—Lo sabía. La próxima vez pide que te den un coche de un color más discreto, el rojo destaca mucho en medio de la nieve. A tu derecha —le advirtió.

Mitch se ocupó de ese hombre y de dos más.

—Era el último coche que les quedaba. ¿A qué han venido esas vueltas que has dado antes? No me digas que pretendías despistarme. ¡Agáchate! Dios, eres tan alta —maldijo, pero la verdad era que sonó como un cumplido. Y lo era, a Mitch le encantaba que Simona fuera tan alta.

—No sabía que eras tú —dijo ella, y tan pronto como terminó la frase se arrepintió.

—¿Eso quiere decir que si lo hubieras sabido no habrías tratado de perderme de vista?

—¿Te importa que lo dejemos para más tarde? —Empezaba a costarle eso de luchar contra unos asesinos aparentemente incansables y mantener una conversación con el hombre que había prometido conquistar su corazón.

—Para nada, cielo —le aseguró, y le lanzó un beso—. Ocupémonos de nuestros invitados primero.

En Londres, Simona ya se había dado cuenta de que Mitch era un hombre extraordinario, pero verlo allí, dispuesto a defenderla sin cuestionarse siquiera contra qué, o contra quién, la dejó sin habla.

Después de que ella lo abandonó en Londres, Mitch se dijo que esperaría a que regresara, pero cuantos más días pasaban desde su partida, más convencido estaba de que Simona corría un grave peligro. Así que le dijo a su capitán que se tomaba todas las vacaciones que no se había cogido en los diez años que llevaba de servicio, e hizo las maletas. Antes de dar con su rastro, Mitch tuvo que hacer una parada en Escocia, donde Ewan le dio información muy valiosa, y en un par de capitales europeas. Pero había valido la pena, y daba gracias a Dios, o a quien fuera que estuviera allí arriba, por haberle permitido llegar a tiempo de salvarla de aquellas cosas que la habían atacado.

Simona y Mitch lucharon con una coreografía perfecta, igual que si llevaran años haciéndolo, y ella fue quien mató al último de sus adversarios.

—Ya está —dijo, cuando vio caer el cadáver al suelo.

Mitch se colgó el rifle del hombro y se plantó frente a Simona.

—¿Estás bien? —le preguntó preocupado, sujetándole el rostro entre las manos.

—Sí —le aseguró ella.

—Pues voy a besarte —le susurró con ternura. Mitch se moría de ganas de volver a sentirla entre sus brazos, pero después de lo de Londres sabía que tenía que ir despacio.

—De acuerdo —murmuró Simona y se pasó nerviosa la lengua por los labios.

Mitch le dedicó aquella sonrisa que a ella le llegaba al corazón e inclinó la cabeza.

Fue un beso tan intenso que incluso se estremecieron las hojas de los árboles.

Lord Ezequiel salió de la cama en la que ahora había un hombre y una mujer inconscientes. Se lo había pasado bien, y quizá en otras circunstancias habría hecho algo más, como por ejemplo, dejarlos secos y quedarse con sus almas, pero esa noche no estaba de humor. Lo que sin duda salvaría la vida de esos desgraciados, que se despertarían en la habitación de algún hotel sin acordarse de nada de lo sucedido.

Llevaba años, décadas, siglos, preparándose para el cisma. Los guardianes eran los únicos que se lo habían puesto algo difícil, y eso que los muy estúpidos no tenían ni idea de que en la tierra existían otros seres tan poderosos como ellos, o incluso más. Y no sería él quien se lo contara. No cuando estaba tan cerca de conseguir lo que tanto ansiaba. Durante mucho tiempo, nadie había sospechado nada, exceptuando algún caso, como por ejemplo cuando Royce Whelan y ese humano, Tom Gebler, estuvieron a punto de echarlo todo a perder. Otro problema al que había tenido que enfrentarse últimamente había sido el abandono de Simona. Él se había hecho cargo de ella desde que era muy pequeña, no porque la quisiera ni nada por el estilo, sino porque sabía que la hija de un guardián era una criatura muy poderosa y que le sería muy útil —y necesaria— en el futuro. Tenía que reconocer que en algún momento había llegado a sentir algo parecido al afecto por la joven, en especial cuando la veía matar a alguien a sangre fría. O quizá era orgullo. Pero la muy estúpida había terminado por desarrollar una conciencia y había tirado su prometedor futuro por la borda. La muy ingrata. Miró el reloj y sonrió. Bueno, a esas horas, seguro que sus pequeños engendros ya la habrían encontrado. Y sus instrucciones eran claras: matar a Simona. Él no daba segundas oportunidades, ya encontraría a otra ilíada en alguna parte; mientras podría entretenerse viendo sufrir a los humanos. Echaba tanto de menos las guerras de antaño; Vietnam, las dos guerras mundiales, las Cruzadas. Sí, las Cruzadas habían sido unas guerras fantásticas; muerte y miseria extendiéndose por el mundo a partes iguales. Torturas inimaginables, hombres que trataban a sus congéneres como animales, y miles de heridos dispuestos a entregarle su alma a cambio de nada. Las Cruzadas habían sido increíbles, allí había encontrado a soldados muy fieles y que habían dado grandes logros al ejército de las sombras.

Las guerras modernas eran muy distintas, la crueldad solía tejerse en algún despacho en Washington o Londres, y los llamados ejércitos más poderosos del mundo —ilusos— luchaban con armas sacadas de un videojuego. A pesar de todo, pensó satisfecho, la última pelea siempre se libra en el campo de batalla, y allí sólo sobrevivían los mejores... o los peores.

Gracias a sus infiltrados en las altas esferas políticas y militares, lord Ezequiel

sabía de la existencia de un grupo de soldados de élite, unos cuantos hombres que habían sido elegidos entre los mejores de su rango y a los que luego se había entrenado en secreto. Ése era exactamente el tipo de soldado que lord Ezequiel necesitaba para su ejército, y ya que el gobierno le había hecho el favor de seleccionarlos, ahora lo único que tenía que hacer era convencerlos de que se unieran a él. Y eso sería muy fácil, por un lado, todos los humanos tenían alguna debilidad, él sólo tenía que encontrarla; y, por otro, todos, absolutamente todos, tenían miedo a morir.

Golpearon la puerta de su dormitorio. Debía de ser importante, pues su mayordomo sabía que corría el riesgo de perder la cabeza si lo molestaba sin motivo; ésa había sido la causa de defunción de sus predecesores.

—Adelante —ordenó sereno, aunque se pasó la lengua por los caninos.

—Mi señor, tiene visita. El señor Jeremiah Claybourne dice que tiene algo que contarle.

—¿Y por eso me molesta? —Ya podía saborear la sangre de su empleado.

—El señor Claybourne dice que sabe cómo atrapar a Simon Whelan.

Claybourne era un humano que estaba obsesionado con conseguir la inmortalidad, y el muy iluso creía que él podría dársela. Pero la única eternidad que concedía lord Ezequiel era la que se pasaba en el infierno, aunque tenía que reconocer que el humano se merecía alguna recompensa.

Llevaba tiempo queriendo atrapar a un guardián, pero no podía ser cualquiera. Tenía que pertenecer a una familia en la que todos los miembros hubieran sido grandes guardianes y tenía que ser puro de alma y corazón, algo que, según había averiguado lord Ezequiel, cumplían muy pocos guardianes. Y Simon Whelan era uno de ellos.

—Acompáñele al salón. En seguida voy hacia allí —le indicó al mayordomo—, y dígame a Johns que se ocupe de esto. —Señaló hacia la cama.

—Por supuesto, señor.

El sirviente cerró la puerta y lord Ezequiel se acercó a los dos cuerpos que había en su cama. Siempre tenía hambre antes de una reunión.

Mara salió de la ducha y se secó con la diminuta —y única— toalla que Simon le había dejado en el baño. Se peinó y se cepilló los dientes. El muy cretino no le había dejado nada de ropa, pero sí un cepillo de dientes y un pequeño tubo de pasta dentífrica; ah, y un peine. Cuando saliera, le diría dónde podía meterse el dichoso peine.

Simon podía oír, y ver, a Mara dentro del baño, y sabía que estaba furiosa, pero él también lo estaba, y además a él le habían disparado. Y al parecer ahora razonaba como un niño de trece años. Tomó aire y lo soltó despacio. Más sereno, puso los pies en el suelo y se levantó de la cama en la que había estado medio tumbado, esperándola. Cojeó hasta la cómoda en la que había dejado el petate y cogió la camiseta que había seleccionado para Mara, y con ella en mano se dirigió al baño. A través del espejo, vio como lo fulminaba con la mirada, pero la ignoró y dejó la camiseta encima de la tapa del retrete.

Ya se había dado media vuelta cuando oyó que ella farfullaba:

—Gracias.

—De nada —respondió él, también en voz baja, y siguió hasta la cama.

Pasó los canales de la televisión sin prestar atención a ninguno, buscando algo que consiguiera alejar sus pensamientos de María, pero nada funcionaba. Resignado, apagó el televisor y esperó a que ella terminara de asearse.

Cuando salió del baño, trató de no pensar que iba desnuda debajo de aquella camiseta que olía a él, y se aferró al odio que durante tantos años había alimentado su sed de venganza. La única luz que había en el sórdido dormitorio la proporcionaba la lámpara de la mesilla de noche que separaba las dos camas, y Mara se encaminó hacia la que estaba libre. No hacía ni dos segundos que se había tumbado cuando vio a Simon de pie a su lado.

—Quiero dormir sola —sentenció ella.

—Y yo también —contestó orgulloso—. Dame la mano —le pidió al mismo tiempo que se la cogía.

—No, por favor.

—No me lo pongas más difícil, Mara. Los dos estamos cansados y necesitamos dormir.

Ella lo miró a los ojos y vio que no lograría convencerlo, así que se resignó a que le atara una muñeca al cabezal de la cama. Además, él tenía razón en una cosa,

necesitaban descansar, así que bien podía aprovechar y dormir un rato. Quizá si dormía un poco lo vería todo con más claridad y dejaría de tener ganas de besar y abrazar al hombre que la había secuestrado. «Tú le pegaste un tiro», dijo una voz en su cabeza, pero Mara decidió ignorarla y cerrar los ojos.

Después de atarle una muñeca a la cama, Simon tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para obligarse a dar media vuelta y volver a la otra cama. Se tumbó y uno a uno fue abriendo los dedos de sus puños cerrados para ver si así conseguía resistir las ganas, la necesidad que sentía, de tocarla. Apretó los párpados y trató de regular la respiración. Era imposible que consiguiera dormir con ella tan cerca, pero quizá, como mínimo, lograra descansar, y sus heridas, al menos las del cuerpo, tendrían tiempo de cicatrizar.

El sueño empezó como siempre. Mara aparecía en medio de un jardín de ensueño en el que brillaba el sol, los pájaros cantaban y olía a jazmín, pero a diferencia de las anteriores ocasiones en que había visitado ese sueño, esta vez estaba sola. No veía a su padre y a su madre por ningún lado y a cada paso que daba, el cielo del jardín onírico iba oscureciéndose, los pájaros se transformaban en unas criaturas espeluznantes que la miraban hambrientos y el olor a jazmín era sustituido por el de azufre. Mara se pellizcó un brazo para ver si así se despertaba, sin conseguirlo, y entonces oyó la voz de su madre.

—Mamá —susurró ella—, ¿dónde estás? —preguntó, subiendo el tono de voz—. ¿Mamá? —gritó.

—Estoy aquí, cariño —le respondió su madre desde detrás de unos árboles cuyas ramas la encerraban.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Mara asustada—. ¿Quién te ha encerrado?

—Tienes que recordar, cariño —le pidió su madre tocándole la mejilla—. Claire te necesita. Todos te necesitamos. Tienes que encontrar a Claire.

El bosque entero empezó a desvanecerse. Era como ver caer un castillo de naipes; todo iba esfumándose alrededor de Mara y en su lugar sólo quedaban el frío y la oscuridad.

—¡Mamá, no te vayas! —Trató de sujetarla con una mano, pero fue inútil, su madre se convirtió en humo y desapareció—. ¿Quién es Claire? ¡Mamá!

—Chsst, tranquila. Tranquila —le repitió una voz cálida—. Ya estoy aquí.

—¿Simon? —Abrió los ojos y vio que él se había cambiado de cama y que estaba abrazándola—. Simon —volvió a decir, y cerró los ojos aliviada—. Estás aquí —susurró.

—Sí, estoy aquí —contestó, acariciándole el pelo y la espalda. Ella le había

mirado, pero por el brillo de sus ojos, Simon supo que no estaba despierta del todo.

—Creía que te había perdido —susurró Mara, abrazándolo, y todo su cuerpo se relajó al instante—. Tenemos que encontrar a Claire.

Él se tensó al oír el nombre. Ewan le había contado que Dominic había pasado varios meses encarcelado en los sótanos de Vivicum Lab. Talbot y sus científicos habían sometido al guardián centenario a varios experimentos cuyas secuelas todavía no sabían si serían permanentes. La noche en que Ewan y Mitch, un policía humano muy vinculado al clan Jura, rescataron a Dominic, se encontraron con un guardián duro y distante, y decidido a encontrar a su alma gemela, una mujer que también estaba prisionera en aquellos malditos laboratorios. Una mujer que se llamaba Claire. Después de lo que le había sucedido en las últimas veinticuatro horas, estaba convencido de que esa Claire y la de la pesadilla de María eran la misma. Y sus instintos de guardián le decían que no era tan humana como Ewan creía.

Por todos los dioses, Simon llevaba tiempo convencido de que algo grave estaba a punto de suceder. En el clan de los Whelan había habido varios guardianes con el don de prever el futuro. No era su caso, pero su madre siempre le había dicho que sus instintos eran muy poderosos, y que tenía que escucharlos. Y éstos le decían que lo que estaba tramando el señor de las sombras era mucho más oscuro y peligroso de lo que creían.

Estrechó a María entre sus brazos y al sentir que ella se relajaba confiada sintió algo de esperanza. Despierta, no recordaba nada de él, pero dormida sabía que no había lugar en el mundo en el que estuviera más a salvo que a su lado. Simon le acarició el pelo y se atrevió incluso a darle un casto beso en la frente. Poco a poco, él también fue quedándose dormido, y antes de perder del todo la conciencia, pensó que no quería volver a acostarse sin María a su lado.

Ronan Stokes entró en la cabaña que tenía alquilada en Anchorage, Alaska, a pocos metros de los laboratorios donde trabajaba, y se quedó petrificado al ver al hombre que lo estaba esperando sentado en una de las butacas del salón. Hacía años que no veía a lord Ezequiel, desde aquella lluviosa mañana en que lo llevó al hospital en el que Mara estaba ingresada, y no había cambiado lo más mínimo. Quizá incluso parecía algo más joven. Todo él emanaba poder, e igual que aquella vez, cuando lo miró a los ojos, Ronan sintió una mezcla extraña de miedo y deseo. Apretó la mandíbula y trató de controlar ambas reacciones.

—Hola, Ronan —lo saludó lord Ezequiel con una sonrisa—, cuánto tiempo.

—Sí, ha pasado mucho tiempo —respondió él, y sin poder remediarlo, dio un paso hacia el señor de las sombras.

—Supongo que ya sabes a qué he venido —le dijo lord Ezequiel, que se puso en pie y le pasó un dedo por la mejilla.

Ronan se estremeció y negó con la cabeza. Si hubiera podido pensar, quizá se habría acordado, pero la decadente atracción que sentía se lo impidió.

—He venido a cobrar mi deuda —le susurró lord Ezequiel pegado a su oído—. Ha llegado el momento de que me compenses por haberte devuelto a tu preciosa sobrina.

El cuerpo de Mara fue el primero en darse cuenta de que estaba entre los brazos de Simon. Su mente seguramente trataría de negarlo más tarde, pero nunca antes se había sentido tan a salvo. Tan bien. La camiseta que él le había prestado para dormir le iba muy grande, y a lo largo de las horas de sueño se le había ido subiendo, y ahora la tenía toda por encima de la cintura. Una de sus piernas estaba entre las de él, y Simon tenía la cabeza justo encima de la de ella. Mara tenía el rostro en el hueco de su cuello, y podía impregnarse del aroma de su piel sin que él se enterase. El pijama de Simon consistía sólo en unos calzoncillos y una camiseta negra, y ninguna de las dos prendas podía ocultar su espectacular físico y lo excitado que estaba. ¿Siempre sería así?, pensó Mara, y sintió un increíble aguijonazo de celos al imaginárselo excitado por otra mujer. Abrió los ojos lentamente y, al comprobar que él seguía dormido, aprovechó para estudiar aquel rostro duro y al mismo tiempo capaz de mirar de la manera más tierna que había visto jamás. Tenía los pómulos más marcados de lo que creía, y debajo de los ojos le habían aparecido unas sombras, probablemente a consecuencia del cansancio y las heridas. Tenía los labios apretados, incluso dormido parecía estar alerta, y una incipiente y sensual barba negra. Bajó la vista hacia su cuello y vio que en el lateral izquierdo, rozando el borde de la camiseta, se insinuaba un tatuaje. No sabía que Simon tuviera ninguno, y sintió una enorme y casi incontrolable curiosidad para saber si el dibujo seguía por debajo de la ropa. Colocó la mano derecha, la que no tenía esposada, en su torso y notó que a él se le aceleraba la respiración. Esperó unos segundos, y cuando el subir y bajar del pecho de Simon volvió a la normalidad, siguió con su inspección. Sin atreverse a deslizar la mano por debajo de la camiseta, Mara lo recorrió con los dedos y dibujó los abdominales que se marcaban en la tela. Podía sentir su erección presionándole el vientre, pero aunque ni ella misma conseguía entenderlo, no le daba miedo, sino que le gustaba sentir que conseguía despertar aquella reacción tan intensa en él.

Como si su cuerpo hubiese tomado la decisión sin consultárselo a su cerebro, levantó el rostro y besó a Simon en la mandíbula. Él ronroneó, o algo igualmente sensual, y movió la cara para dejarle más espacio. Mara no tenía ni idea de qué estaba haciendo, pero después del horrible sueño de la noche y de sentir que en sus brazos estaba a salvo, decidió dejarse llevar. Algo nada típico en ella y de lo que seguramente terminaría arrepintiéndose. Le dio otro beso a Simon, esta vez en el mentón, y deslizó la mano hasta hundirla en el pelo de la nuca de él. Estaba tan

pegada a su cuerpo que podía sentir cada latido, cada respiración, y eso le dio valor para hacer lo que de verdad quería hacer: besarlo en los labios.

Colocó los labios a escasos milímetros de los de Simon, sintió su respiración rozándole la piel, y lo besó. Primero fue un beso delicado, inocente, pero cuando sus cuerpos se dieron cuenta de que se habían encontrado, esa inocencia se convirtió en puro deseo.

Simon creyó estar soñando cuando notó el aliento de María sobre su piel, pero cuando la boca de ella lo tocó, el guardián decidió que había llegado el momento de hacerla suya. Separó los labios y dejó que su delicada lengua lo saboreara a su antojo. Él jamás había adoptado un papel pasivo, pero estaba descubriendo que por su alma gemela era capaz de todo, incluso de dejar que lo volviera loco con sus besos inexpertos. Trató de seguir haciéndose el dormido durante unos segundos, pero las ansias de tocarla y poseerla terminaron por derribar la presa de su control. Gimió de placer y la besó. La devoró, y ella se dejó devorar. Sus lenguas pelearon por tomar el control, y sus labios estaban sedientos por beber el uno del otro.

Ella tenía la mano izquierda atada al cabezal de la cama, así que no podía cambiar de postura, pero él tenía las dos manos libres y aprovechó para levantarle la camiseta y dejar al descubierto sus preciosos pechos. Era preciosa, perfecta, y Simon se pasó la lengua por los labios. Incluyó la cabeza y besó uno de los pechos con la misma determinación con que antes la había estado besando en la boca. Notó que María movía la mano que tenía libre, y durante un terrible instante creyó que lo apartaría, pero cuando sintió que se aferraba a él y le retenía la cabeza entre los senos, un gemido gutural escapó de su garganta. Abandonó el pecho que había estado torturando con labios, lengua y dientes, y fue en busca del otro. Un delicioso sonido salió de los labios de María, el sonido más dulce que Simon había oído nunca, y deslizó una mano hacia abajo para quitarle las braguitas. Con la otra mano le acarició el estómago y la espalda. Ella temblaba, pero no de miedo, y él estaba a punto de precipitarse por el abismo. Desesperado por mirarla a los ojos, volvió a acercarse a su rostro. María le sostuvo la mirada un segundo, y entonces tiró de él y lo besó como nunca antes lo había besado nadie, como si lo necesitara para seguir viviendo, y Simon supo entonces, sin lugar a dudas, que haría lo que fuera para que María lo recordara y lo amara tanto como él la amaba a ella.

El beso siguió y siguió, Simon no podía respirar, y tampoco le hacía falta si María seguía consumiéndolo con aquella pasión... Pero quería algo más, necesitaba saber lo que se sentía al darle placer a la única mujer que lo completaba y completaría jamás, así que deslizó una mano hacia la entrepierna de ella. Simon se estremeció y dio gracias a los dioses por haberle dado esta oportunidad. María estaba caliente, excitada, y movía tímidamente las caderas en busca de su mano. Él le colocó la palma encima del sexo, y ambos se quedaron inmóviles durante un segundo. Aquella

reacción no era normal. Era como si sus cuerpos se hubieran fundido, y Simon ya no sabía si el temblor que sentía era el de él o el de María. Lentamente, deslizó un dedo hasta encontrar el lugar más íntimo de su alma gemela, y volvió a detenerse. Iba a ser incapaz de hacerle el amor. No iba a poder aguantar, así que suplicó:

—Tócame.

Despacio, agonizantemente despacio, María aflojó los dedos de la nuca de Simon y bajó la mano hasta la erección de él. Ella nunca había hecho algo así, pero su instinto la guio. Parecía que supiera exactamente cómo tenía que actuar para hacerlo feliz, como si hubiera nacido sabiéndolo. Y a pesar de todo lo que él significaba en su pasado, quería satisfacerlo, al menos allí, en ese instante.

Cuando los dedos de María rodearon su erección, Simon soltó el aire que no sabía que estuviera conteniendo y hundió un dedo en su interior. María arqueó la espalda, y él aprovechó para besarle el cuello. Ahora que por fin sabía lo que se sentía al estar dentro de ella, supo que cuando por fin le hiciera el amor sería el guardián más feliz del mundo. De la historia. Y al mismo tiempo supo que cuando eso sucediera quería que María lo amara. Negándose a estropear el encuentro, el mejor encuentro sexual de toda su existencia, con sueños que tardarían un poco en hacerse realidad, Simon se dejó llevar por el placer y la pasión que sólo ella había sido capaz de despertar en él. La acarició y besó como si su vida dependiera de ello. Y dependía de ello. Y recurrió a todo lo que había aprendido con otras mujeres para llevarla al orgasmo. Si Mara seguía negándose a recordar su pasado, tal vez el sexo consiguiera derribar aquellos muros que los separaban.

Mara sintió cómo el calor que había nacido en su estómago iba extendiéndose por todo su cuerpo. Los labios de Simon no dejaban de besarla, de llevarla a un sitio en el que no existía la soledad, ni la tristeza, ni las pesadillas, un sitio en el que sólo estaban ellos dos y el increíble placer que creaban juntos. Con los dedos, él se apoderó de un espacio que ella nunca le había entregado a nadie, y se dejó guiar hasta aquel lugar hasta entonces desconocido. Las piernas le temblaban, y al mismo tiempo no podía dejar de acariciar la poderosa erección que se deslizaba entre sus dedos. Notó que Simon se tensaba, que se aferraba a ella y la apretaba contra su torso.

—Recuerda, María —le oyó susurrar.

Y con esa súplica, ese ruego, ambos alcanzaron el orgasmo. Sus cuerpos se estremecieron al unísono, abrazados el uno al otro, el único lugar seguro en medio de la deriva de placer en la que se habían perdido.

Después de aquellos besos y caricias, tanto Simon como Mara volvieron a quedarse dormidos. Él fue el primero en despertarse y durante unos segundos se permitió el lujo de abrazarla y no pensar en todos los problemas que los esperaban fuera de aquel motel que, aunque horrible, se había convertido en su lugar preferido de la tierra. Ella se acurrucó entre sus brazos y respiró profundamente, y Simon le dio un último beso en la frente. Con mucho cuidado, y esforzándose por no despertarla, salió de la cama y la dejó durmiendo. Se había alejado apenas un paso cuando vio que la muñeca de María seguía atada al cabezal. Retrocedió y le acarició la piel del antebrazo. Iba a soltarla, quería soltarla, pero no lo hizo, porque una parte de él sabía que hasta que recordara su pasado, no podría confiar en ella.

Mara oyó correr el agua de la ducha y abrió los ojos. Tardó unos instantes en identificar aquella horrible colcha y el papel estampado de la pared, y cuando lo hizo, de inmediato revivió en su mente los besos y caricias de Simon, y se sonrojó de los pies a la cabeza. Ella nunca había hecho nada remotamente parecido a lo que habían compartido los dos, y todavía no sabía cómo había sido capaz de confiar en él de esa manera. Sin límites. Sin reservas. El agua se detuvo y Mara se volvió como pudo hacia el cuarto de baño. Simon no tardó ni cinco minutos en aparecer; recién duchado, sin afeitar y con una sonrisa algo tímida y vacilante en los labios.

—Buenos días —le dijo al ver que estaba despierta.

—Buenos días —contestó ella.

Los dos se sentían inseguros, y andaban de puntillas por encima de aquella tregua que se había instaurado entre ellos. Una tregua fraguada a base de besos.

—¿Quieres ducharte? —le preguntó él acercándose al cabezal con una navaja. Cortó la brida por el extremo de la cama y luego se acercó la muñeca de Mara a los labios. Le dio un beso en la parte interior y cortó el otro extremo del plástico.

—Gracias —dijo ella cuando Simon le soltó el brazo—. Sí, me gustaría ducharme. —A ver si así lograba aclararse las ideas.

—Me temo que no tengo pantalones de tu talla, pero puedo prestarte otra camiseta. —Dejó la prenda encima de la mesilla de noche—. Y un jersey.

—Está bien, gracias.

—Dúchate. Te espero aquí. —Se sentó en la cama vacía y puso en marcha su teléfono móvil.

Mara salió de la cama y fue a ducharse, todavía sorprendida por esa nueva faceta de él. Se metió bajo el agua y, durante unos segundos, no pensó en nada, pero las dudas acerca de lo que había pasado, y lo que quedaba por pasar, no tardaron en

aparecer en su mente. ¿Dónde estaban? ¿Adónde iban? ¿Qué pretendía hacer Simon con ella? ¿Qué diablos era Simon? ¿Cómo podía avisar a su tío? Demasiadas preguntas que ella no sabía cómo responder, y la única persona que podía ayudarla a hacerlo era el hombre misterioso que estaba esperándola allí fuera. Así que se vistió con aquella camiseta que olía a él, se puso los vaqueros manchados de sangre del día anterior y fue a su encuentro.

—¿Estás lista? —le preguntó Simon al verla aparecer.

Mientras Mara se duchaba, había aprovechado para mandarle un correo electrónico a Ewan contándole lo sucedido y diciéndole que se dirigía hacia Vancouver con María y las muestras de sangre. Escuchó un mensaje de Bastian en el que éste le decía que fuera con cuidado y Simon lo llamó inmediatamente. Sebastian no le cogió el teléfono, así que decidió que volvería a intentarlo más tarde; su tono lo había dejado algo inquieto.

—Sí.

Simon se colgó el petate en el hombro y le abrió la puerta.

—Vamos, tenemos que irnos de aquí. No quiero que los soldados del ejército de las sombras den con nosotros.

Ella salió al pasillo y lo miró.

—Veo que ya no crees que estoy con ellos —le dijo.

—Digamos que estoy dispuesto a contemplar nuevas hipótesis.

Una vez ante el coche, le abrió la puerta y esperó a que Mara se sentara. Ella vio que sujetaba otra de aquellas dichas bridas entre los dedos, y levantó la vista para mirarlo.

—Dime que no tratarás de huir —le pidió él—, y no te la pondré.

—Simon, ponte en mi lugar, no sé adónde vamos, no sé qué eres, no sé...

Él le colocó un dedo en los labios para silenciarla.

—Te propongo una cosa. Yo responderé a tus preguntas si tú respondes a las mías. —Hizo una pausa—. Siempre que me digas la verdad y si me prometes que no tratarás de huir hasta haberme escuchado. ¿De acuerdo?

—¿Lo de la verdad también vale para ti?

—Por supuesto —afirmó él, ofendido por la insinuación.

—Entonces de acuerdo —respondió Mara sincera. Su propuesta le parecía de lo más sensata, y cuanto más averiguara acerca de él, más pruebas tendría en su contra. Si es que al final era culpable de algo, le dijo una voz en su cabeza.

Simon se guardó la brida en el bolsillo y le sonrió.

—Abróchate el cinturón —le dijo, antes de cerrar la puerta y dirigirse hacia el lado del conductor.

Se sentó tras el volante y durante un rato condujo en silencio. Ella parecía estar sopesando su nueva situación, y él también aprovechó aquellos instantes de paz para

pensar.

—¿Adónde vamos? —fue la primera pregunta de Mara.

—A Vancouver —respondió Simon—. La familia de mi madre era de allí, y mi padre le construyó una casa para que pudiéramos ir de vacaciones. Tú nunca llegaste a estar.

—¿De verdad crees que nos conocimos cuando éramos pequeños? —preguntó ella, mirándolo con suspicacia.

—Sé que nos conocimos de pequeños.

—¿Cuándo?

—Cuando tú tenías una semana. Mis padres me llevaron a verte; parecías una rata.

—Es una historia preciosa, pero no es verdad.

—¿Cómo lo sabes? —Simon había decidido cambiar de táctica; aunque le doliera, no iba a enfadarse con ella porque le hubiera olvidado—. Es imposible que te acuerdes de lo que sucedió cuando sólo tenías una semana de vida.

—Tienes razón —convino Mara—, y, según tú, ¿cuándo pasamos tanto tiempo juntos?

—Ahora me toca preguntar a mí —dijo él con una sonrisa—. ¿De dónde sale el apellido Stokes? Tu madre, Nina, no se llamaba así.

—Mi tío y mi madre en realidad eran hermanastros, sólo hermanos por parte de madre. Mi tío se llama Stokes, Ronan Stokes, y cuando se hizo cargo de mí me cambió el apellido.

—¿Por qué?

—Porque no quería que nadie, y cuando digo nadie me refiero a tu padre y a tu familia, me encontrarais.

—Comprendo.

Después de esa respuesta, que les recordó el gran abismo que existía entre los dos, volvieron a quedarse sumidos en un largo silencio.

—¿Cuál es tu primer recuerdo de tu tío? —En esta ocasión, fue él quien reinició la conversación.

—El día que lo conocí en el hospital.

—¿En el hospital? —Simon apretó el volante hasta que los nudillos se le quedaron blancos—. ¿Estuviste enferma? ¿Cuándo, qué tuviste?

Mara lo miró durante unos segundos antes de responder. Era imposible que alguien consiguiera fingir la angustia y preocupación que tenía su voz.

—No estuve enferma. Sufrí un accidente.

—¿Un accidente? —Simon tenía sus sospechas acerca de lo que le había sucedido, pero quería escuchar la versión que el tal Ronan Stokes le había contado a su sobrina.

—Después del asesinato de mis padres —Mara decidió omitir la insinuación acerca de la identidad del asesino—, me crie con una tía abuela de Ronan, la señora Rubens.

—No me lo digas, ¿a que no te acuerdas de ella? —la interrumpió Simon.

—Era muy pequeña —contestó Mara a la defensiva—. ¿Quieres saber lo del accidente, o no?

—Claro, perdona. Sigue.

—Al parecer, la señora Rubens me llevaba en coche a casa de unos amigos cuando un conductor se saltó un stop. Ella murió en el acto, y yo estuve varios meses ingresada en el hospital.

La *muerte* de la señora Rubens no sorprendió a Simon, y seguro que la fecha de ese accidente de coche coincidía con el secuestro de María en Escocia y la aparición, días más tarde, de aquel vestido ensangrentado.

—¿Y tu tío se presentó en el hospital?

—Sí, me dijo que él y mi madre se habían peleado años atrás y que por eso no lo había visto nunca.

—¿Sabes por qué se pelearon?

—No, la verdad es que no. Se lo pregunté una vez y me dijo que no valía la pena hablar de algo que ya no tenía solución.

Simon tomó nota mental de averiguar el motivo de esa pelea. Si de verdad el tal Ronan Stokes era hermanastro de Nina Gebler, quizá el motivo de su pelea estuviese relacionado con el asesinato del matrimonio.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —dijo Mara tras haberse pasado los últimos kilómetros mirando por la ventana.

—Por supuesto, creía que eso era lo que estábamos haciendo. —Simon desvió un segundo la mirada de la carretera para dirigirla hacia ella—. Preguntarnos cosas.

—Ya, no quiero que pienses que te estoy dando la razón, pero al mismo tiempo es la primera vez que conozco a alguien que sé que... Y bueno, tú y tu padre..., —divagó Mara, nerviosa.

Él apartó la mano derecha del volante y cogió la izquierda de ella. Entrelazó los dedos con los suyos y esperó unos segundos a que se calmara.

—Pregúntame lo que quieras, te prometo que seguiré pensando que me consideras un delincuente. —Le guiñó un ojo y volvió a mirar hacia la carretera—. Vamos, ¿qué quieres saber?

—¿De verdad conociste a mis padres?

—Sí.

—Y...

—Y, ¿qué?

—¿Cómo eran? ¿Se querían? —Se secó una lágrima con la otra mano y Simon

fingió no darse cuenta.

—Mi madre solía decir que Tom era la única persona capaz de ganarle a las cartas a mi padre y no perder su amistad. Y tu madre era muy cariñosa, siempre que venían por casa me preguntaba cosas y me despeinaba. Yo era muy pequeño, pero recuerdo que solían llegar cogidos de la mano y que, mientras estaban cenando, se tocaban y se daban besos. Mis padres hacían lo mismo, supongo que por eso me acuerdo. Cuando tú naciste, se pusieron tan contentos que tu padre casi deja la ciudad de Nueva York sin muñecos de peluche. El mío le tomó el pelo durante semanas, pero él también fue a comprarte un par de nuestra parte. El que más te gustaba era...

—Un perro —Mara terminó la frase por él.

A Simon le dio un vuelco el corazón y tuvo que tragar saliva para volver a hablar.

—Sí, un perro. —Respiró hondo y se obligó a esperar a que ella dijera algo más, y cuando vio que no lo hacía, le preguntó—: ¿Te acuerdas de eso?

—No exactamente, pero cuando has empezado a hablar me ha venido a la mente la imagen de un perro de peluche. Durante años, le insistí a mi tío para que me comprara uno, pero como me pasaba casi todo el año en el internado, nunca lo convencí. Cuando alquilé mi primer apartamento, me aseguré de que permitieran tener animales en el edificio y con mi primer sueldo fui a la perrera municipal y adopté un perro.

—*Puzzle*.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó ella asombrada y algo asustada.

—Tu madre tenía uno que se llamaba así, y un día tú le dijiste a la mía que querías uno igual —se limitó a decir él.

Mara no podía asimilar todo aquello. Si lo que decía Simon era verdad y los Whelan no sólo no habían matado a sus padres, sino que habían llorado su pérdida, entonces, ¿por qué su tío estaba convencido de lo contrario? No, Simon tenía que estar inventándose todo aquello, si no, toda su vida era una gran mentira.

—Eso podrías haberlo averiguado de algún modo. Quizá llevas años vigilándome —lo atacó confusa.

—Podría, pero no lo he hecho. Si hubiera sabido que estabas viva... —Se detuvo y tomó aire. Ya habían hablado de suficientes cosas difíciles por un día, lo mejor sería dejarlo para más tarde—. ¿Pasaste toda tu infancia y adolescencia en Suiza? —preguntó, cambiando de tema.

—Casi toda. Vine a Estados Unidos un par de veces; mi tío es geólogo y trabaja en una expedición afincada en Alaska.

—¿Qué clase de geólogo?

—Está especializado en yacimientos petrolíferos.

«Qué interesante», pensó Simon, y añadió de inmediato ese detalle a la lista mental que estaba confeccionando sobre Ronan Stokes.

Mara bostezó y dijo algo avergonzada:

—Creo que dormiré un rato.

—Tranquila, te aviso cuando nos paremos.

Él siguió conduciendo y repasando todo lo que ella le había contado. Ahora ya no tenía ninguna duda de que Mara era María, pero en lo que todavía no había llegado a ninguna conclusión era respecto a ese tal Ronan. ¿Había actuado junto con el ejército de las sombras desde el principio? ¿O era otro peón más, otra víctima de lord Ezequiel?

Nueva York, comisaría del distrito 13

Oliver Cardoso estaba harto de que todos sus casos terminaran relacionados con Simon Whelan. Al detective no le gustaba nada que le ocultaran información, y estaba convencido de que aquel hombre le estaba escondiendo algo.

Después de la explosión del almacén, Cardoso investigó los allanamientos de los que Whelan había hablado y consiguió encontrar un vídeo grabado por una cámara de seguridad del muelle en el que aparecía una camioneta blanca saliendo a toda velocidad de una de las propiedades del grupo Whelan-Jura. La misma camioneta que ahora tenía delante con tres cadáveres. Tres hombres que habían muerto desangrados a causa de unas heridas que parecían hechas por un tigre con garras de acero. Genial, al parecer, un X-Men andaba suelto por la ciudad. Lo que le faltaba. Dicha camioneta estaba registrada por una empresa de nombre impronunciable, pero los agentes del departamento de delitos financieros consiguieron darle información. Oliver siempre había creído que los miembros de esa unidad eran mucho más peligrosos que los policías comunes y corrientes como él. Lo mismo que Hacienda, ellos sí que conseguían dar miedo a todo el mundo.

La empresa en cuestión estaba registrada a nombre de Jeremiah Claybourne, un rico empresario de Nueva York que recientemente había anunciado su compromiso con la ex esposa de Simon Whelan, cómo no. El señor Claybourne había denunciado el robo de la camioneta días atrás, pero Cardoso no terminaba de creerse la historia. Algo no encajaba.

Abandonó el laboratorio y regresó a su mesa. Repasó los informes que le había proporcionado Whelan y los que había confeccionado él mismo tras interrogar a todos los testigos y analizar todas las pruebas de que disponía. No tenía sentido, ¿por qué diablos alguien entraba en aquellos locales si luego no se llevaban nada? ¿Qué había matado a aquellos tipos?

—Detective —una agente llamó a su puerta—, tiene visita.

Oliver levantó la vista del informe y sonrió.

—¡Sebastian, qué alegría verte! —Abrazó al que había sido su mejor alumno en la academia de tiro. Sebastian Kepler pertenecía a un cuerpo de élite que el detective entrenaba de vez en cuando—. ¿Qué te trae por aquí?

—Tengo que pedirte un favor.

Mara se despertó y comprobó que estaba oscureciendo. Habría dicho algo pero su estómago se anticipó. Debía de estar más cansada de lo que creía, o su cuerpo había decidido que necesitaba desconectar para tratar de asimilar aquellas sorprendentes revelaciones acerca de su pasado. Ella jamás había podido dormir en un coche, y al parecer ahora lo había hecho durante horas.

«Simon ha de estar cansado», pensó, y al instante se reprendió por ello.

—¿Tienes hambre? —preguntó él.

—¿Qué? —dijo Mara algo confusa.

—Te he preguntado si tienes hambre —repitió con una sonrisa, ajeno a lo que sucedía en la mente de ella.

—La verdad es que sí —respondió algo avergonzada—. Lo siento.

—No te disculpes, yo también estoy hambriento. De hecho, creo que lo que te ha despertado es que a mí también me ha rugido el estómago —mintió, para ver si así conseguía devolverle la sonrisa. Y cuando Mara en efecto sonrió, casi lo dejó sin respiración—. Lamento que no podamos pararnos a comprar ropa, seguro que en casa hay algo que te irá bien.

—¿Tienes por costumbre secuestrar a chicas? —Trató de parecer ofendida, pero terminó sonando como un flirteo.

—No, tú eres la primera, aunque creo que le estoy cogiendo el tranquillo. Mis primas van a menudo a la casa —le explicó.

—¿Cuántas primas tienes?

—Demasiadas. Al parecer, el hermano de mi padre es incapaz de tener hijos.

Era una conversación tan mundana, tan de pareja que sale a cenar o al cine, que ambos se quedaron mudos. Pero a diferencia de los anteriores silencios, ése no fue incómodo para ninguno de los dos.

—Ahí hay una gasolinera. Quizá encontremos algo para comer.

Redujo la velocidad y giró hacia los surtidores. Simon bajó primero y fue a abrirla la puerta a ella. La ayudó a salir y le dio la cartera con un gesto que a Mara le pareció muy íntimo.

—Pondré gasolina, ahora te alcanzo —le dijo.

Ella cogió su cartera y asintió, volviéndose hacia la cafetería de la gasolinera. Simon se quedó embobado mirándola mientras realizaba de modo automático los gestos necesarios para llenar el depósito. El olor a gasolina nunca le había gustado, pero aquel hedor...

—¡María, vete de aquí! —gritó segundos antes de que una criatura espeluznante apareciera delante de ella—. ¡Corre!

Mara no reaccionó, y cuando aquella cosa trató de atraparla, Simon dio rienda suelta al guardián y extendió las garras de acero y los colmillos a la par. Se lanzó

sobre el monstruo y le clavó las afiladas hojas en el esternón hasta sentir que lo atravesaba hasta la espalda. Luego dejó caer el cadáver al suelo y con el rabillo del ojo vio que se acercaban más.

—¡Huye de aquí, María! ¡Corre! —Buscó con la mirada algún lugar seguro—. Escóndete allí —le señaló lo que debía de ser un granero y le dio la Glock con la que ella le había disparado—. Iré a buscarte.

Mara corrió y trató de no darse media vuelta para asegurarse de que Simon seguía vivo. Aquellas cosas eran asquerosas. ¿De dónde diablos habían salido? Entró en el granero y, al cruzar el umbral, una mano le cubrió la boca mientras otra la sujetaba por la cintura. Iba a morir.

Simon se había enfrentado en más de una ocasión a soldados del ejército de las sombras. Incluso había tenido que vérselas con un par de perros del infierno, pero nunca había tenido que luchar contra seres como aquéllos. Parecían una extraña mezcla de soldados del infierno, zombis de una película de terror y su peor pesadilla. No tenían miedo a nada y costaban mucho de matar. Era como si no sintieran dolor, a diferencia de él, que acusaba cada uno de los golpes que había recibido. Pero le bastaba con pensar en María para seguir luchando. Cómo había sido tan tonto, cómo no se había dado cuenta de que la gasolinera estaba desierta y que estaban siguiéndolos. Se maldijo una y otra vez mientras iba quitando de en medio a aquellas criaturas. Si salía de ésa, no, cuando saliera de ésa, se dirigiría a la casa de Vancouver sin parar. Allí podría proteger a su alma gemela.

—¡Tío Ronan! —exclamó Mara, sorprendida al descubrir la identidad del hombre que la retenía. En un acto reflejo, se abrazó a él, pero en seguida se soltó para poder mirarlo a la cara—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Cómo sabías...?

—Tu móvil tiene localizador GPS. Se lo instalé personalmente —le explicó su tío antes de que ella pudiese terminar la pregunta.

—¿Y por qué no has venido a buscarme antes?

Él se tocó nervioso el cuello de la camisa antes de responder.

—No he podido hasta ahora —contestó incómodo.

—Tenemos que salir de aquí. Unas criaturas horribles están atacando a Simon —dijo ella dirigiéndose ya hacia la puerta.

—No, espera. Tienen orden de no matarlo.

—¿Qué has dicho? —Mara se detuvo en seco—. ¿Orden de quién? ¿Qué diablos son esas cosas? ¿Y cómo sabes tú qué tienen que hacer? —Abatida, se sentó en una bala de paja—. Será mejor que empieces a hablar, tío.

—¿Te acuerdas de que te dije que si no fuera por lord Ezequiel y el ejército de las sombras jamás te habría encontrado?

—Sí, me acuerdo —respondió alerta.

—Pues bien, el otro día lord Ezequiel me recordó que tengo que saldar mi deuda con él.

—¿Qué clase de deuda, tío? ¿Qué son esas cosas? Yo siempre había creído que lo del nombre era sólo una exageración, y cuando te lo pregunté me dijiste que no tenía importancia. Pero después de lo que he visto...

—Ahora no tengo tiempo de contártelo todo, pero tienes que saber que siempre serás mi sobrina, y que si pudiera volver atrás y hacer las cosas distintas con tu madre, yo...

—Lo sé, tío —le aseguró ella, interrumpiéndolo.

Ronan carraspeó y recuperó su habitual compostura.

—Lord Ezequiel vino a verme y me dijo que había llegado el momento de saldar mi deuda.

—¿Y qué tienes que hacer para saldarla?

—Entregarle a Simon Whelan vivito y coleando.

A Mara le dio un vuelco el corazón y decidió que ya analizaría más tarde si se lo había dado por miedo a perder a Simon, o por no poder meterlo entre rejas.

—¿Por qué? ¿Qué tiene que ver él con lord Ezequiel?

—No lo sé, y la verdad es que no me importa, pero lord Ezequiel se anticipó a tu reticencia...

—¡Yo no...!

—Déjalo, ya lo hablaremos más tarde. —Volvió a carraspear—. Lord Ezequiel me pidió que te dijera que si le entregabas a Simon, él te diría dónde está Claire.

Mara se quedó estupefacta, y de no ser porque estaba sentada se habría caído al suelo. ¿Cómo lo había sabido?

—La verdad es que no tengo ni idea de lo que significa —prosiguió Ronan—, que yo sepa, no conoces a ninguna Claire, ¿no?

—¿Cuándo quiere que le entregue a Simon? —preguntó ella.

Su madre le había pedido en sueños que encontrara a Claire, y quizá lord Ezequiel pudiera ayudarla a hallar respuestas. No quería traicionar a Simon, pero su madre... Además, saltaba a la vista que él sabía ocuparse de sí mismo. Seguro que lograría escapar, o quizá ella, cuando supiera el paradero de Claire, podría llamar a la policía y pedir ayuda.

Ronan la miró sorprendido y aliviado al mismo tiempo.

—Tú sigue como hasta ahora. El móvil nos dará tu posición exacta. ¿Sabes adónde os dirigís?

—A Vancouver, a una casa de la familia materna de Simon.

—Perfecto. Lord Ezequiel me ha dicho que irá a recoger a Whelan dentro de dos días. Regresa con él y haz como si nada; todo habrá terminado dentro de poco, ya lo verás.

—Sí, todo habrá terminado.

Simon llegó al granero con la respiración entrecortada, las heridas del hombro y el muslo abiertas, y un par más añadidas a la colección, pero nada le dolió tanto como lo que oyó al apoyarse en la pared de madera para descansar. Mara estaba hablando con un hombre, al que identificó como Ronan Stokes tras un par de frases, y estaba negociando su entrega al señor de las sombras. Iba a entregarlo a su peor enemigo a cambio de obtener información sobre dónde estaba Claire. Y Simon que había creído que ella empezaba a sentir algo por él. Se quedó allí, escondido entre las sombras, hasta que Ronan se fue por la parte trasera del granero, y durante todo ese rato trató de hacer retroceder al guardián. No podía creer que la misma mujer que lo había besado esa mañana, la misma con la que había compartido confidencias en el coche, estuviera dispuesta a traicionarlo sin pestañear, pero al parecer así era. Ya debería estar acostumbrado a que las mujeres lo utilizaran; su ex esposa lo había querido por su dinero y posición social, y, al parecer, Mara —ahora que la había descubierto se negaba a referirse a ella como María— lo quería como moneda de cambio. Si se lo hubiera pedido, él la habría ayudado a encontrar a Claire. Por todos los dioses, habría hecho cualquier cosa por ella. Furioso, golpeó la pared con la palma de la mano.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó Mara—. ¿Simon?

—Sí, soy yo —respondió, decidido a seguir con la farsa—. Estoy aquí.

Entró y, cuando ella lo vio, se le lanzó al cuello y lo abrazó.

—Estaba tan preocupada —susurró, pegada a sus labios antes de besarlo.

Fue un beso corto, porque Simon lo interrumpió, incapaz de besarla sin recordar la frialdad con que ella le había dicho a su tío que lo intercambiaría por información.

—Tenemos que irnos —dijo, para justificar la premura.

—Claro.

Juntos corrieron hacia el coche, que, por suerte, había salido indemne del ataque de las criaturas, y Simon lo puso en marcha nada más sentarse.

—¡Dios mío, estás sangrando! —exclamó Mara—. Tienes que ir a un hospital.

—No, mañana estaré bien —le aseguró él—, ya lo verás. Buscaré un lugar donde pasar la noche y mañana seguiremos nuestro camino. Si no tenemos más sorpresas, al anochecer podríamos estar en Vancouver.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo? —Ella empezaba a tomar conciencia de lo que había sucedido—. ¿Cómo puedes decir que mañana estarás bien si estás dejando el asiento del coche empapado de sangre? —Pero en cuanto terminó de pronunciar la última sílaba, se dio cuenta de que una de las heridas del brazo derecho se estaba cerrando delante de sus ojos—. ¿Qué...?

—Cuando en el almacén me apuntaste con una pistola, no parecía que te afectara tanto la sangre —bromeó él—. Además, una chica que conoce al ejército de las

sombras ya debería estar acostumbrada a estas cosas. —Supuso que aquel momento era tan bueno como cualquier otro para tantear el terreno respecto a los conocimientos que Mara tenía sobre los guardianes y otras criaturas.

—Ya te dije entonces que no iban conmigo —se defendió ella otra vez.

—Pero veo que no niegas que los conoces. ¿Cuánta gente crees que habrá oído hablar del ejército de las sombras, o de lord Ezequiel?

—Mi tío me llevó a casa de lord Ezequiel un verano. —Simon logró ocultar lo sorprendido que se quedó al ver que Mara se lo contaba—. Pero no le he visto nunca. Sé que mi tío tiene algunos asuntos con el ejército de las sombras, y, según él, fueron ellos los que me salvaron la vida tras el accidente. —Vio que Simon apretaba el volante hasta quedársele los nudillos blancos—. Pero hasta hace un par de días creía que sólo era un nombre. No tengo ni idea de qué son —tomó aire—, igual que no tengo ni idea de lo que eres tú.

«¿Qué soy yo? —pensó él—. ¿Un estúpido? ¿Un incrédulo? ¿Un cínico?»

—Soy un guardián. Un guardián de Alejandría —respondió.

Aún no sabía cómo iba a escapar de la trampa que Mara le estaba preparando, pero llegó a la conclusión de que el hecho de que supiera la verdad acerca de él no iba a cambiar las cosas.

—¿Qué significa eso?

—Significa que pertenezco a una raza de guerreros cuya misión es proteger a los hombres. Mi padre también era un guardián, y mi abuelo, y todos mis antepasados.

—¿Mis padres lo sabían?

—Sí, los dos lo sabían. En realidad, tu padre estaba al mando de un proyecto muy importante para los míos.

—¿Qué proyecto?

Simon casi se había olvidado del proyecto Ícaro y de sus consecuencias.

—Ahora no es el mejor momento para hablar de eso. —No quería decirle que seguía viva gracias a la sangre de él y a los descubrimientos de los padres de ambos—. Te lo contaré cuando lleguemos. —«Y tenga delante pruebas que sustenten mis palabras», pensó.

—¿Puedes extender las garras y los colmillos a voluntad? —Mara siempre había sido muy curiosa, y tener delante a un ser que en parte pertenecía a otro mundo la fascinaba.

Simon no respondió, sino que se limitó a apartar la mano derecha del volante y extender y retraer las garras.

—¿Y los ojos negros?

—No, los ojos no. Cambian cuando el guardián se despierta.

—¿Se despierta?

—Así es como llamamos a los momentos en los que afloran nuestros instintos.

—¿Eres humano?

—Sí. Nací igual que tú, y moriré igual que tú.

—Si no eres inmortal, ¿por qué he visto cómo la herida del brazo se te curaba sola?

—Un guardián es inmortal hasta que conoce a su alma gemela.

—¿Alma gemela?

—La única mujer a la que podrá amar, capaz de completarlo y darle hijos — explicó escueto.

—¡Qué romántico!

«Dudo que dentro de unos días te lo parezca tanto», pensó.

—¿Y el tatuaje?

—¿Qué tatuaje?

—El que tienes en el cuello —dijo ella, y con un dedo le señaló la zona.

Mierda, estaba perdido. Simon no se había dado cuenta de que había empezado a salirle el tatuaje. Éste aparecía cuando un gran guardián encontraba a su alma gemela, lo que significaba que Mara era la suya, y aunque esa noticia tiempo atrás lo habría embriagado de felicidad, ahora lo llenaba de tristeza.

—El tatuaje no tiene nada que ver con esto —respondió algo distante. No quería humillarse delante de aquella mujer que no sentía nada por él.

—Es bonito —dijo ella mirándolo extrañada.

—Es una tontería. —Vio unas luces y giró el volante—. Nos detendremos aquí.

—¿Y qué pasa cuando un guardián encuentra a su alma gemela? —No sabía muy bien por qué, pero tenía el presentimiento de que cuanto más supiera acerca de los guardianes y su mundo, mucho mejor.

—Cuando un guardián encuentra a su alma gemela pierde el don de la inmortalidad. Sigue convirtiéndose en guardián, y si es herido de gravedad hay un modo en que puede seguir engañando a la muerte.

—¿En qué consiste?

—Tiene que beber sangre de su alma gemela.

Paró el coche en seco en el aparcamiento del motel e, igual que la noche anterior se puso el abrigo y cogió el petate. Pidió una habitación en la planta baja y cerca del aparcamiento, y el recepcionista se la dio sin preguntarle nada. A lo mejor era el rasgo distintivo de los de ese oficio, pensó al recordar al del otro motel; la capacidad de no inmutarse por nada.

Entraron en la habitación, que era calcada a la de la competencia, y Simon dejó el petate en el suelo. Sacó de él otra camiseta y el neceser, y caminó en dirección al baño.

—Iré a ducharme —le dijo.

—¿Quieres que te ayude con las heridas? —preguntó ella, que al parecer había

interpretado su silencio como una muestra de cansancio y no de dolor.

«Claro —pensó Simon—, Mara no sabe que la he oído hablar con su tío».

—No hace falta —respondió—, seguro que tú también estás cansada. ¿Sabes qué?, dúchate tú primero, así podrás acostarte.

Ella lo miró a los ojos. Aquel Simon tan distante no se parecía en nada al que la había desvestido esa misma mañana. Claro que se había peleado con unos seres sanguinarios y que estaba hecho polvo.

—Gracias —aceptó el caballeroso gesto—. No tardaré nada. ¿Puedo coger otra camiseta?

—Coge lo que quieras. —«Ya te has quedado con mi corazón».

Mara cumplió su palabra y salió del baño en menos de cinco minutos. Simon entró después y se metió bajo el grifo del agua caliente hasta que ésta empezó a salir fría. Luego se sentó en el retrete y se remendó lo mejor que pudo. Su cuerpo empezaba a ser mortal, y si no bebía de su alma gemela iba a tardar unos días en curarse. Se quedó en el cuarto de baño mucho más tiempo del necesario y cuando salió había conseguido su propósito: Mara estaba completamente dormida. Se metió en la otra cama sin hacer ruido y cerró los ojos, quizá así se olvidaría de que ella iba a traicionarlo.

Una voz rota que no dejaba de susurrar un nombre como si fuera una plegaria despertó a Mara. Giró la cabeza y vio que la agónica palabra escapaba de los labios de Simon: «María». No dejaba de pronunciar su nombre. Lo decía con dolor, con rabia, con amor, y al mismo tiempo que cambiaba la inflexión de la voz, su cuerpo no dejaba de moverse encima de la cama. Igual que si se estuviera peleando contra un ejército invisible. Peleando y perdiendo.

No podía encontrarla por ninguna parte. Sabía que María estaba allí cerca, casi al alcance de sus dedos, pero por más que lo intentaba no la encontraba... o si lo hacía se desvanecía delante de sus narices igual que un espejismo.

—María, María...

Y lo más cruel era que, cuando por fin podía tocarla, ella lo miraba a los ojos y le decía que iba a matarlo. Y lo hacía, le clavaba una daga en el corazón.

—María, María...

Mara lo llamó:

—Simon, despierta.

Nada, él siguió sacudiendo la cabeza de un lado a otro sobre la almohada. Si seguía así, terminaría por hacerse daño, pensó ella, y se levantó de la cama para ir a la suya.

—Simon. —Le puso una mano en el pecho y, a pesar de la tela de la camiseta, comprobó que estaba ardiendo de fiebre. Le tocó la frente y la encontró empapada de sudor—. Simon, despierta. Tenemos que ir al médico.

Él siguió prisionero de la fiebre y de su pesadilla.

—¡Simon, despierta, me estás asustando!

Abrió los ojos de golpe.

—¿María? —le preguntó al verla.

—Sí, soy yo —dijo Mara sin pensar. Su mente sólo tenía espacio para preocuparse por él.

—¿Estás asustada?

—Un poco. —Ella sabía que Simon no era consciente de lo que estaba diciendo, pero le respondió de todos modos.

—No lo estés. —Él volvió a tumbarse llevándola consigo, estrechándola entre sus brazos—. Volvemos a estar juntos.

Esa frase pareció tranquilizarlo, y los dos durmieron unas cuantas horas, pero

cuando la infección volvió a hacerle subir la fiebre, Mara se asustó más que antes; Simon no paraba de farfullar cosas incomprensibles acerca de un acantilado y de su alma gemela, y ella ya no sabía qué hacer.

—Simon, Simon, abre los ojos —le ordenó, y cuando él obedeció vio que tenía las pupilas tan dilatadas que ocupaban todo el iris—. Tienes que tomarte algo. Sangre. —Recordó lo que le había explicado—. Sangre de tu alma gemela. ¿Tienes, sabes quién es? ¿Te vale la mía? —Se sentía tan asustada y preocupada que estaba dispuesta a intentar lo que hiciera falta.

—María, María es mi alma gemela —confesó abatido—, pero no está por ninguna parte. Está muerta.

—Estoy aquí, Simon —susurró Mara abrazándolo—. Estoy aquí. —Se tumbó encima de él, pegando todas sus curvas a sus músculos para que fuera bien consciente de que ella era real—. Estoy aquí —repitió, acariciándole el rostro y la barba. Le recorrió el labio inferior con el dedo índice, y él entreabrió los labios para deleitarse con la caricia. Mara vio que los colmillos se habían extendido y se le acercó más—. Tienes que beber, Simon. Por favor.

Él seguía inerte.

—Por favor, Simon.

Nada. Mara no tenía ni idea de qué podía hacer para que un guardián bebiera sangre, pero en aquel par de días había aprendido que siempre que Simon se excitaba los colmillos le crecían más, así que le dio un beso en los labios. Un beso que terminó con su lengua lamiéndole el labio y pasándole por encima de los colmillos en cuestión. Eso bastó para que él despertara lo suficiente como para beber de ella.

Simon gimió de placer y la abrazó contra su cuerpo. Preso de un deseo y un frenesí que nunca antes había sentido, hundió el rostro en el cuello de ella y la mordió. Mara, que había estado esperando aquel instante con algo de miedo, se estremeció de placer al sentir que la mordía y empezaba a succionar. Jamás había compartido algo tan íntimo con nadie y tuvo incluso la sensación de que podía leerle la mente a Simon.

Cada gota de sangre que se deslizaba por sus labios le parecía más deliciosa que la anterior, y podía sentir cómo María se excitaba en sus brazos. Podía sentir el calor que emanaba de su sexo, de todo su ser. El líquido se deslizaba cálido por su garganta, y lo notaba correr por sus venas, marcándolos a ambos para siempre. Simon jamás podría beber de otra mujer, y ella... El orgasmo fue tan demoledor que sacudió ambos cuerpos.

Minutos más tarde, Mara notó que la respiración de Simon volvía a la normalidad y suspiró aliviada. Iba a ponerse bien. Al parecer, era su alma gemela. Lo que significaba que él le había dicho la verdad. Y que ella estaba a punto de traicionar al hombre que había nacido para que ella lo amara.

Mara volvió a despertarse, pero esta vez fue por culpa del ruido proveniente de la calle. Abrió los ojos y comprobó que seguía en la cama con Simon; éste ya no ardía de fiebre, sino que descansaba tranquilo. La colcha había ido a parar al suelo después de... después, y Mara vio que la fea herida del muslo de él había desaparecido. Sin atreverse a analizar en profundidad esa repentina curación, salió de la cama con cuidado de no despertarlo y fue a ducharse. Pero antes de entrar en el cuarto de baño, recogió la colcha del suelo y tapó a Simon con ella.

Simon no recordaba la última vez que había dormido tan bien. Se había despertado al mismo tiempo que Mara, pero había decidido hacerse el dormido para ver qué hacía ella. Una parte de sí mismo estaba convencida de que buscaría el móvil en el petate para llamar a su tío o mandarle un mensaje, o quizá incluso que cogería la pistola y volvería a dispararle. Otra parte, la misma que todavía no podía creerse que esa noche le hubiera ofrecido su sangre para curarlo, no podía dejar de confiar en que al final no lo traicionaría y le contaría toda la verdad. Mara no había hecho ninguna de las dos cosas, pero el hecho de que lo tapara con tanto cariño para que no tuviera frío lo había emocionado. Escuchó correr el agua y siguió haciéndose el dormido.

Ella salió de la ducha y se quedó en el cuarto de baño tarareando, y Simon sonrió y dijo desde la cama:

—Ya te dije que *Annie* era tu musical preferido —gritó.

—¿Qué has dicho? —Mara asomó la cabeza. Llevaba una toalla alrededor del cuerpo y otra en la cabeza como si fuera un turbante.

—Que ya te dije que *Annie* era tu musical preferido —repitió él.

Ella sonrió al darse cuenta de que llevaba más de cinco minutos cantando —destrozando— la canción «Tomorrow». No era consciente de haber visto nunca la película, pero Simon debía de tener razón, porque se sabía la letra de memoria.

—Quizá la he oído por ahí —dijo, a falta de otra explicación.

—Quizá —convino él—, unas cien veces. —Se sentó en la cama y giró el cuello a ambos lados.

—¿Estás bien? ¿Necesitas más...? —No supo terminar. ¿Cuál era la etiqueta a la hora de decirle a un chico que si quería podía beber más sangre directamente de tu cuello?

—Sí, estoy bien. Y no, no necesito más. —Dio unos pasos hasta ella—. Gracias. No tenías que hacerlo —le aseguró.

—De nada. —Ambos se quedaron mirándose a los ojos y Mara fue la primera en romper el lazo—. Voy a lavarme los dientes. —Levantó la mano en la que sujetaba el cepillo que había tomado prestado del neceser de Simon. En un acto reflejo, que Mara no quiso analizar demasiado, había cogido el cepillo de él, y no el de ella.

—Claro.

Él retrocedió un poco y le dejó espacio; y fingió no darse cuenta de que ella estaba haciendo algo tan íntimo como lavarse los dientes con su cepillo. Aquel gesto lo emocionó casi tanto como el que ella le hubiera dado su sangre. Él siempre había anhelado compartir momentos como ése con su alma gemela.

—Todo tuyo —dijo Mara al salir haciendo un gesto hacia el cuarto de baño.

—Gracias. —Simon fue a entrar, pero se detuvo en el umbral—. Si quieres, coge mi cartera y ve a buscar algo para desayunar. Los dioses saben que vendería a mi mejor amigo a cambio de un café.

—¿Estás seguro? —Lo miró incrédula.

—Por supuesto. Confío en ti —le mintió.

Simon no confiaba en ella, pero gracias a lo que había oído en el granero, sabía que los hombres de lord Ezequiel no llegarían hasta el día siguiente, y que seguramente «la recogida» sería en su casa de Vancouver. No tenía sentido que se pusiera paranoico, y, además quería quedarse solo para llamar a Sebastian y revisar su correo.

Vio que Mara tenía que tragar saliva después de oírle decir que confiaba en ella, y que incluso parecía sentirse avergonzada de sí misma, pero se recordó que todo formaba parte de la representación.

«Pero no hacía falta que te dejara que la mordieras», le dijo el guardián.

Esperó a que se vistiera y saliera en busca de los cafés para entrar en el cuarto de baño. Se duchó con agua caliente para ver si así aflojaba los músculos que todavía tenía doloridos, aunque, después de lo de la noche, eran ya muy pocos. Allí, desnudo bajo el agua le bastó el recuerdo del sabor de ella para volver a excitarse, pero como no tenía tiempo para ocuparse de una erección matutina, pensó en que Mara lo estaba utilizando y perdió todo el entusiasmo. Terminó de ducharse y se secó con movimientos bruscos. Se vistió y buscó el móvil en el petate. Después de descubrir a María en el granero con su querido tío Ronan, Simon se había deshecho del teléfono de ella, pero al parecer María no se había percatado ni había intentado utilizar el de él. No serviría de nada que lo intentara; el aparato estaba bloqueado y sólo él conocía la contraseña, pero tenía que reconocer que ni siquiera había intentado cogerlo.

Lo desbloqueó y llamó a Sebastian.

—Kepler —dijo su amigo al responder.

—Sebastian, soy yo, Simon.

—¡Simon! ¿Estás bien? ¿Dónde diablos estás? No, no me lo digas, podrían estar escuchando.

—Estoy bien, y no te preocupes por el teléfono, es seguro. ¿Pudiste hacer lo que te pedí?

—No hizo falta. Cuando llegué al local del muelle, un soldado del ejército de las

sombras llamado Demetrius estaba cargando los cuerpos en una camioneta.

—¿Has dicho ejército de las sombras? —preguntó él atónito y preocupado a partes iguales.

—Sí, eso he dicho. —Bastian soltó aire. No fue un suspiro de resignación ni de exasperación, más bien de cansancio—. Deberías habérmelo contado, Simon.

—¿El qué?

—Que eres un guardián y que las criaturas del infierno existen en el mundo real. Lo habría entendido, tú eres mi mejor amigo. —«Y quizá así no me habría convertido en una de ellas», pensó.

Simon tardó unos segundos en responder, y lo hizo con dos preguntas:

—¿Desde cuándo lo sabes? ¿Cómo te enteraste?

—Lo descubrí en Iraq, el cómo ya te lo contaré cuando nos veamos. —No se veía capaz de decirle por teléfono que llevaba la marca del infierno en el cuello, pero que no se preocupase, que había aprendido a dominar sus instintos—. Has de tener cuidado, Demetrius no estaba solo. Jeremiah Claybourne también estaba en el muelle.

—Claybourne es el prometido de...

—De tu ex esposa. Por cierto, felicidades por el divorcio —apuntó Sebastian.

—Gracias. ¿Qué diablos hacía Claybourne con un soldado?

—Todavía no lo sé —dijo Sebastian—, pero he pedido un par de favores y he averiguado que tiene algunas inversiones conjuntas con lord Ezequiel, y la más interesante es en Alaska.

—Alaska —repitió Simon asombrado por la labor de investigación de su amigo—. Allí es donde trabaja Ronan Stokes.

—Eso también lo sé —contestó el otro. Por el ruido que se oía a través del teléfono, Simon dedujo que Bastian estaba conduciendo—. La mujer que está contigo es Mara Stokes, ¿me equivoco?

—No, así es, pero...

—No puedes fiarte de ella —dijo su amigo, serio.

—Lo sé —respondió él de manera automática. Aunque le doliera admitirlo, sabía que a pesar de lo sucedido la noche anterior no podía confiar en Mara—. Me ha tendido una trampa. Mañana me entregará a lord Ezequiel a cambio de información acerca de una tal Claire.

—¿Y puede saberse por qué diablos sigues ahí con ella? —le preguntó Sebastian como si fuera idiota.

—Debo llegar a la casa de mi familia en Vancouver. Necesito hacer unas pruebas en el laboratorio, y tengo que recuperar unos archivos.

—Siempre fuiste tozudo como una mula. Está bien, iré para allá, pero hazme un favor, ¿quieres? Procura que no te maten.

—Claro. Igualmente.

—Y otra cosa —añadió Sebastian antes de colgar—. ¿Recuerdas que te he dicho que he tenido que pedir un par de favores?

—Sí —dijo Simon intrigado.

—Pues bien, Oliver me ha pedido que te diga que más te vale tener una buena explicación para todo cuando regreses, y que, por favor, no te portes como el típico multimillonario malcriado.

—¿Oliver? ¿Oliver Cardoso? ¿De qué lo conoces?

—El mismo. Tranquilo, no es tan malo como aparenta. Ten cuidado.

Y colgó antes de que Simon pudiera recobrase de la sorpresa, pero éste tuvo que reconocer que sentía un gran alivio al saber que Bastian lo estaba ayudando. No sabía qué le había pasado en Iraq, ni hasta dónde llegaban sus conocimientos acerca de los guardianes y el ejército de las sombras. Si salía vivo de aquella, tendría una larga charla con su amigo.

Aprovechó que Mara todavía no había regresado para escribirle un correo a Ewan y contarle lo del ataque. Le describió lo mejor que pudo a las criaturas y confió en que entre su primo y los guardianes que había en Escocia pudieran averiguar algo más acerca de ellas. También le transcribió la conversación que habían mantenido Mara y su tío Ronan a escondidas en el granero y le relató las líneas básicas de su plan. Seguro que Ewan se pondría furioso, pero Simon sabía lo que tenía que hacer.

Cuando Mara regresó con los cafés y una bolsa llena de bollos de la cafetería del motel, Simon estaba esperándola sentado en una de aquellas horribles sillas con fundas de plástico. Si salía con vida de allí, jamás volvería a ir a un hotel que no tuviera como mínimo tres estrellas, aunque había de reconocer que el café le supo a gloria. Mara parecía preocupada, pero al mismo tiempo se comportaba con naturalidad, como si se hubiera despertado toda la vida al lado de Simon y fueran una pareja más disfrutando de una excursión de fin de semana.

«Quizá está tranquila porque sabe que pronto se deshará de mí —pensó Simon—. O tal vez ha aprovechado el rato que ha estado fuera para llamar a su tío desde un teléfono público y le ha dicho que no piensa entregarme».

Bebió el último sorbo de café que le quedaba en el vaso de cartón y se puso en pie. Echó un vistazo a la habitación; jamás se habría imaginado que el primer día que bebería sangre de su alma gemela lo haría en un sitio como aquél, y se colgó el petate del hombro. Mara recogió las servilletas y los vasos en una bolsa y lo tiró todo en la papelería que había en el cuarto de baño. Cuando salió, él ya la estaba esperando en la puerta.

Montaron en el Range Rover y estuvieron un rato en silencio. Simon porque necesitaba pulir los detalles del plan que había empezado a tejer, y Mara porque no conseguía comprender lo que le estaba sucediendo. Por una parte, quería creer en su tío; Ronan la había criado y siempre había sido bueno con ella. Por otra, estaba desesperada por creer a Simon, y cada vez que ganaba esta parte, le daba un vuelco el corazón al recordar que le había dicho a su tío que se lo entregaría a lord Ezequiel. «Tengo que encontrar a Claire y ayudarla; mamá me lo pidió. Sí, pero también podría pedirle ayuda a Simon».

—Si no nos encontramos con más sorpresas —dijo él iniciando la conversación—, esta noche llegaremos a Vancouver.

—¿Qué crees que eran esas cosas? —le preguntó ella.

—No lo sé, nunca había visto nada igual. ¿Y tú? —Fingió indiferencia, pero esperó atento la respuesta.

—¿Yo? ¡No, por supuesto que no! —exclamó ofendida de que él creyera que se relacionaba con seres como aquéllos—. Hasta hace unos días, lo más interesante que me había sucedido era perder el metro. —Se quedó pensativa unos instantes—. Y mis sueños —se atrevió a decir.

—¿Qué sueños? —Simon contuvo el aliento. No podía creer que le tuviera esa confianza y al mismo tiempo fuera capaz de traicionarlo. Quizá había cambiado de

opinión. Seguro que sí.

—Nada, no son más que tonterías —dijo, algo arrepentida de haber sacado el tema.

—Mara, estás hablando con un hombre que tiene garras de acero y colmillos —recalcó él.

—De acuerdo. Está bien. —Tomó aire antes de continuar—. A menudo, sueño con mis padres; siempre estamos en un jardín en el que ellos están paseando. Se los ve tan contentos. Yo me acerco y me siento en el regazo de mi madre, y ella me susurra cosas al oído.

—¿Qué tipo de cosas?

—Cosas —respondió Mara, y por suerte Simon dejó de insistir—. Hasta ahora, no le había dado demasiada importancia, pero en los últimos sueños mi madre está encerrada entre unos árboles y tiene cara de estar muy asustada. Me pide ayuda, me dice que tengo que ayudarla, y... —Se pasó las manos por la cara—. No sé, no puedo quitarme de encima la sensación de que era real.

Simon apretó el volante. Había oído hablar de las odiseas, unas criaturas mágicas que se comunicaban a través de los sueños. Él siempre había creído que no existían, que eran sólo una leyenda, pero si no lo eran... Dios, si Nina Gebler era una de esas criaturas mágicas, entonces María también lo era. Y no sólo eso, por las venas de ésta no corría únicamente la sangre de su padre y de su madre, también lo hacía la de Simon, que era un guardián. Si él había conseguido atar cabos, era imposible que lord Ezequiel no lo hubiera hecho también; y éste no iba a dejar escapar a María de entre sus garras.

—Simon, ¿te pasa algo? —le preguntó ella al ver que no decía nada.

Simon se había quedado en silencio, pero lo que más preocupó a Mara fueron sus ojos; se le habían puesto negros de golpe, y le temblaba un músculo de la mandíbula.

—Nina, tu madre, ¿de dónde era?

—De Boston.

—¿Estás segura?

—Claro que estoy segura. Mi tío me contó que él y mi madre se criaron allí después de que mi abuela falleciera.

—Y tu abuela, ¿de dónde era?

—De Grecia, ¿por qué?

A Simon se le erizó el vello de la nuca. La abuela de Mara era griega, lo que significaba que su madre y ella también. Y, según la leyenda, allí era donde habían nacido las primeras odiseas.

—Por nada, simple curiosidad. ¿Ésos son los únicos sueños que has tenido?

—Sí, la verdad es que sí. —Se sonrojó. La única cosa similar a los sueños que le había sucedido fue cuando creyó que podía leerle a él la mente mientras se besaban, y

no iba a decirle tal cosa.

—Creo que sé a qué pueden deberse los sueños —comentó Simon—, pero antes de contarte mis sospechas me gustaría asegurarme de algo. Y antes quisiera explicarte lo que sucedió en Escocia.

Si Mara no había llamado a su tío para cambiar de planes, seguramente los soldados de lord Ezequiel aparecerían por la mañana para llevárselo, y antes de que eso pasara, quería que ella supiera la verdad sobre su pasado.

—¿Qué sucedió en Escocia?

—Te lo contaré cuando lleguemos. ¿De acuerdo? —Ladeó la cabeza para mirarla a los ojos.

—De acuerdo.

Simon volvió a fijar la vista hacia adelante y dio por terminada la conversación.

La leyenda de Gala
Diario de los guardianes

En el principio de los tiempos, vivía en el Peloponeso una joven espartana llamada Gala. Su prometido y sus hermanos eran guerreros temidos a lo largo y ancho del mar Mediterráneo, y ella y el resto de las mujeres defendían orgullosas la aldea siempre que ellos se ausentaban. Pero Gala siempre había querido ser algo más, ella sabía que en su pueblo las mujeres jugaban un papel importante, vital incluso, pero sentía la necesidad de ir más allá de su rol de consejera.

Dice la leyenda que el pueblo de Gala fue atacado en medio de la noche por unas criaturas infernales que no lucían los colores de Atenas sino los del mismo demonio. Los hombres estaban lejos y allí sólo quedaban los ancianos, los niños y las mujeres. Todos cogieron las armas, y los que perecieron lo hicieron con honor.

Gala se ocupó de esconder a los niños en el bosque que había detrás de la aldea, y después de asegurarse de que estaban a salvo, cogió su espada y fue en busca de aquellos monstruos que amenazaban con destrozar su futuro. Llevaba años entrenando a escondidas de su padre y su prometido, imitando los movimientos que tantas veces les había visto hacer a ellos. A esos entrenamientos furtivos se habían unido dos de sus mejores amigas, Melisande y Naevia, y ahora esas dos mujeres también se encontraban en la plaza del pueblo, luchando contra los demonios. Entre las tres decapitaron a varios, y al resto los dejaron lo bastante mutilados y malheridos como para entorpecer sus movimientos. Pero ellas no eran rivales para aquellas criaturas y las tres recibieron sendas heridas mortales.

Gala, Melisande y Naevia yacían en un charco de su propia sangre cuando una cegadora luz blanca apareció frente a las tres. De esa luz salió una mujer bellísima, tanto, que incluso dolía mirarla. La mujer se dirigió hacia ellas, pero antes se detuvo y levantó una mano en dirección a los demonios sanguinarios que todavía seguían allí. De su palma surgió una bola de fuego que los lanzó por los aires, eliminándolos de la faz de la tierra. La mujer sonrió satisfecha y se arrodilló junto a las tres espartanas que estaban al borde de la muerte.

Cuenta la leyenda que la mujer de luz blanca era una diosa, una de los Cinco Grandes, y que convirtió a Gala, Melisande y Naevia en odiseas, guerreras defensoras de la paz y de la luz, fieles compañeras de armas de los guardianes de Alejandría y grandes consejeras. Pero nunca ningún guardián ha conocido a ninguna. Según la historia ancestral, cuando los guerreros espartanos regresaron a la aldea sólo encontraron a los niños, y una niña les dijo que todos habían muerto. Quizá las odiseas vieron algo que las impulsó a ocultarse, quizá no llegaron a existir nunca. O tal vez siempre han estado allí, ayudándonos desde las sombras.

Simon miró hacia el asiento del copiloto y comprobó que Mara seguía durmiendo. Ella debió de sentir que la miraba, porque abrió los ojos y parpadeó un par de veces hasta conseguir enfocar la vista.

—Lo siento, he vuelto a quedarme dormida —le dijo.

—No pasa nada. Estamos a punto de llegar.

Mara desvió la vista hacia las manos de él y algo que vio, o mejor dicho, que no vio, le llamó la atención.

—¿No llevabas anillo de casado?

Simon se miró el dedo, que carecía de la marca del anillo.

—No, nunca llegué a ponérmelo. A Naomi no le gustaban las alianzas, en el sentido más amplio de la palabra, y yo supongo que siempre tuve la sensación de que no debía llevarlo.

—¿Por qué?

—El guardián no se lo hubiera tomado demasiado bien. Naomi no era mi alma gemela. —Expresó en alta voz lo que era una obviedad. Y no hizo falta que añadiera: «Lo eres tú»—. No debería haberme casado con ella.

—¿Por qué lo hiciste?

—Buena pregunta —suspiró Simon—. Supongo que me cansé de estar solo y, no sé, pensé que si le daba una oportunidad a alguien, quizá podría llegar a ser feliz.

—¿Y funcionó?

—Nada más lejos de la realidad. Con Naomi me sentía más solo que sin ella. Era como si el guardián no pudiera soportar tenerla cerca. No es que defienda a Naomi, ni mucho menos: mi querida esposa me fue infiel y se interesó más por mis cuentas corrientes que por mis sentimientos, pero la verdad es que nunca tuvo ninguna posibilidad. Y yo lo supe desde el principio.

—Seguro que no todo fue malo. —Mara no sabía por qué sentía la perversa necesidad de averiguar cómo había sido la vida de casado de Simon. Quería asegurarse de que él no había sido feliz con otra, y que eso le importara tanto la tenía desconcertada.

—Todo, absolutamente todo. A mi padre nunca le gustó, y tampoco a Sebastian, o a mis primos. Como te he dicho, sólo se interesó por mi dinero y por el prestigio social que mi nombre pudiera proporcionarle. Nunca fue mi compañera, ni siquiera en la cama.

—¿No te acostaste con ella? Lo siento —añadió en seguida—, no es asunto mío.

«Sí que lo es», pensó Simon.

—Sí que me acosté con ella —respondió él—, y supongo que en aquel entonces el sexo no me pareció mal, pero ahora...

—¿Ahora qué?

—Ahora que sé cómo es, ni siquiera me acuerdo de lo que pasó cuando me acosté con Naomi.

Mara sintió un gran alivio al oír esas palabras, y se sonrojó hasta la punta de las orejas.

—Estamos llegando —dijo Simon al girar hacia la derecha para meterse en un

camino de árboles—. Ya que tú me has preguntado acerca de Naomi, a mí también me gustaría preguntarte una cosa.

—Claro. —Si le preguntaba acerca de su pasado sentimental, iba a responderle en menos de un segundo: no tenía. Mara nunca había tenido ninguna relación duradera, ni esporádica, con ningún hombre.

—Todas esas pruebas que dices tener contra mí y mi padre, ¿de dónde las has sacado?

No, no era la pregunta que esperaba.

—Mi tío me las mandó, me dijo que se las había enviado un contacto que tenía en la policía.

—¿Y no te parece sospechoso que aparezcan precisamente ahora? Tú sabes mejor que nadie que en la empresa están pasando cosas raras, y, en Londres, los guardianes han tenido que enfrentarse a una situación muy grave. ¿No te parece mucha casualidad?

—Quizá —convino Mara—, pero no veo qué relación puede tener una cosa con la otra.

—Según tu tío, ¿cómo murieron tus padres? —Se volvió hacia ella y vio que cerraba los puños y se mordía el labio inferior—. Comprendo que te resulte doloroso hablar del tema, y si no quieres...

—No, quiero contártelo. —Respiró hondo—. Necesito saber la verdad, y tú eres la primera persona que conozco, aparte de Ronan, que puede ayudarme a encontrarla.

«Yo soy la única persona que puede contarte la verdad —pensó Simon—. Tu tío miente, aunque todavía no sé muy bien por qué».

—Ronan me contó que mi madre se enamoró de mi padre en cuanto lo vio. Al parecer, él y mi padre nunca se gustaron y por eso se distanció de mi madre.

Simon supuso que si Nina era una odisea, debió de presentir que Ronan terminaría por hacerle daño y por eso se alejó de él.

—Mis padres se mudaron a Nueva York —prosiguió Mara, ajena a sus pensamientos—, y allí mi padre conoció al tuyo y empezó a relacionarse con gente peligrosa.

Si por gente peligrosa se refería a los guardianes, el tal Ronan andaba muy equivocado.

—Una noche, tu padre entró en mi casa con tres tipos más y los mató a ambos. —Tragó saliva—. En el informe de la policía dice que encontraron sus huellas por toda la casa. Yo era muy pequeña, y mi tío no podía hacerse cargo de mí, así que contrató a la señora Rubens para cuidarme. Y ya conoces el resto; ella murió en un accidente de coche y mi tío vino a buscarme al hospital.

—¿Cómo empezó a sospechar de mi padre? —preguntó Simon, intrigado por la cronología de los hechos.

—Al parecer, se enteró de que mi padre tenía contacto con el tuyo, y cuando lo mataron no tuvo ninguna duda de que había sido Royce Whelan.

—Tu tío trabaja en Alaska, ¿no es así?

—Sí, ¿por qué?

—¿Le has preguntado alguna vez qué hace allí, quién es su jefe?

—Por supuesto. Ronan está especializado en yacimientos petrolíferos y la empresa para la que trabaja está contratada por el gobierno.

—La empresa pertenece a lord Ezequiel —reveló Simon—. No me mires así, yo también tengo contactos.

—¿Qué insinúas con eso?

—Insinúo que quizá os han utilizado.

—¿Por qué?

—Mira, no debería haber empezado esta conversación en el coche. Lo mejor será que esperemos a continuarla en casa. Faltan sólo unos minutos. —Ella lo fulminó con la mirada y Simon añadió—: Piensa en lo que te he dicho. Por favor.

Mara fijó la vista en el paisaje e hizo lo que le pedía. Poco después, el coche se detuvo frente a una impresionante mansión presidida por una hilera de olmos centenarios.

Helipuerto de la policía de Nueva York

—Recuérdame por qué he accedido a acompañarte hasta Canadá en misión oficial —le dijo Oliver Cardoso a su antiguo alumno mientras ambos se subían a un helicóptero. Sólo iban ellos dos. Antes de ganarse la placa de detective, Cardoso había servido en las fuerzas especiales y era un piloto experimentado, y Sebastian Kepler sabía hacer prácticamente de todo, aunque nadie en el gobierno admitiría en voz alta haberlo entrenado. Nadie excepto Oliver, claro está.

—Has accedido porque no puedes resistirte a un buen misterio. Y porque me lo debes —respondió Sebastian, colocándose los cascos de copiloto.

—Está bien —accedió Oliver haciendo lo mismo—, pero más te vale que tu amigo Whelan esté de verdad en peligro. Odiaría haber sacado a esta preciosidad para nada. —Dio unos golpecitos al cuadro de mando.

—Simon corre peligro, pero si mis sospechas son ciertas, todos lo corremos.

—Ah sí, me olvidaba de tu teoría sobre la conspiración para alterar la distribución de petróleo en Estados Unidos y crear el caos en la economía mundial. Tendrías que haber sido escritor.

—Sabes que lo que digo tiene sentido, si no, no estarías aquí.

—Odio que tengas razón. Debí de pegarte un tiro cuando nos conocimos.

—Luke no lo habría permitido —dijo Sebastian, y al ver que a Oliver se le

apagaba la luz de los ojos se arrepintió de haber hecho el comentario—. Lo siento.

—No pasa nada —le aseguró el detective—. Ya hace más de dos años que murió; debería haberme acostumbrado.

—No creo que nadie pueda acostumbrarse a perder al amor de su vida —contestó Sebastian, apretando la rodilla de su antiguo instructor para consolarlo.

Oliver y Luke habían sido pareja durante casi veinte años. Se conocieron cuando ambos estudiaban en la academia militar y se enamoraron casi al instante. Debido a la política de secretismo en torno a las relaciones homosexuales, mantuvieron la suya oculta durante mucho tiempo, pero nunca se separaron. Cuando se licenciaron, buscaron empleos que les permitieran salir del armario y ser felices juntos sin tener que esconderse. Oliver entró en el cuerpo de policía de Nueva York, y en su primer día de trabajo fue a ver a su superior, el capitán Collins y le dijo que vivía con un hombre y no como compañeros de piso. El capitán, que por suerte todavía seguía siendo su jefe, lo miró y le dijo que le importaba un rábano y que saliera a patrullar. Oliver no habría podido pedir mejor respuesta. Por su parte, a Luke siempre le había gustado la naturaleza, así que terminó trabajando en el cuerpo de bomberos de la ciudad.

Sebastian fue uno de los pocos invitados a la boda de la pareja, y uno de los cientos que asistió al funeral de Luke, que perdió la vida en un brutal incendio.

—Gracias —dijo Oliver, al que todavía le sorprendía recibir muestras de cariño de alguien tan rudo como Sebastian Kepler.

—Deberías tratar de conocer a alguien —sugirió éste—. Dos años es mucho tiempo.

—¡No te oigo! —contestó al poner en marcha las hélices.

—¡Pues tenemos micros! —se rió Sebastian, feliz por haber conseguido animar a su amigo.

—Te propongo una cosa —dijo el detective al despegar—. Si sales con una chica más de dos semanas, a la tercera nos vamos a cenar los cuatro: tú, yo, la señorita perfecta, y el señor maravilloso. ¿Hecho?

—Hecho. —Bastian aceptó el reto. Saldría con una chica durante tres semanas, aunque sólo fuera para que Oliver volviera a darle una oportunidad a la vida. Él, por su parte, ya la había perdido. Ahora, lo único que podía hacer era tratar de ayudar a sus amigos, y si no llegaban a tiempo a Canadá, quizá perdiera a uno de los mejores.

Simon entró en la casa antes que Mara y le pidió que esperara en el coche. No creía que hubiera nadie esperándolos, pero no quería correr ningún riesgo. Ella no le había contado nada acerca de la visita de su tío en el granero, pero él seguía teniendo la esperanza de que lo escuchara y le dijera la verdad. Y de que decidiera estar a su lado en vez de entregarlo a su peor enemigo. Tras asegurarse que no había nadie y

encender las luces, fue a buscarla al coche.

—Bienvenida a mi humilde morada —le dijo al cogerla de la mano.

—Es preciosa —susurró ella maravillada.

—Sí, la verdad es que sí. A mi madre le encantaba venir aquí.

La acompañó dentro y fue directo a los dormitorios que había en el piso superior. Dejó el petate en el que él ocupaba siempre cuando iba allí de visita y guio a Mara hasta otro contiguo; uno que solía ocupar una de sus primas.

—Creo que en el armario y los cajones encontrarás ropa de tu talla. Yo tengo que hacer una cosa, en seguida vuelvo. Siéntete como en casa —añadió, ya desde el pasillo.

Bajó al sótano e introdujo el código que abría la puerta blindada del laboratorio. Una vez allí, dejó la caja que contenía los dos viales con sangre que le había mandado Ewan encima de la mesa y encendió las luces y los distintos equipos. Hacía tiempo que no utilizaba ninguno, pero era como ir en bicicleta, o eso esperaba. Cogió una pipeta y extrajo un poco de sangre de cada vial que colocó en distintas placas, y entonces empezó el protocolo de pruebas.

Iban a tardar un rato, y Simon supuso que bien podría aprovechar para contarle el resto de su historia a Mara, pero para ello, antes tenía que encontrar una cosa. Empezó a abrir cajones. Tenía que estar en alguna parte, pues su padre siempre guardaba en el laboratorio una copia de todo. Tenía que estar allí.

Por fin. La carpeta con la información relativa al proyecto Ícaro. Dentro había una foto de los tres hombres que lo habían llevado a cabo: Tom Gebler, Dominic Prescott y Royce Whelan. La foto fue tomada el día que obtuvieron los primeros resultados positivos, y se los veía a los tres abrazados y sonrientes. Si Mara creía que alguno de esos hombres había sido capaz de matar a uno de los otros, es que lord Ezequiel la había influenciado más de lo que el propio Simon estaba dispuesto a admitir. Cerró el archivador de la mesa de su padre y dejó las máquinas trabajando. Antes de salir, cogió otra foto que había encima de la mesa que presidía el laboratorio; una en la que estaban él y María de pequeños.

Si eso no conseguía hacerla recordar, temía que nada pudiera hacerlo.

Simon subió al piso principal y oyó un ruido en la cocina. Fue hacia allí sigilosamente, listo para entrar en acción, pero bajó la guardia al ver que tan sólo era Mara, abriendo y cerrando armarios.

—Lo siento —dijo ella al ver que él la había pillado con las manos en la masa—. No quería curiosear, pero es que tardabas y he pensado que quizá... —No sabía cómo reaccionar después de aquella conversación en el coche. Carraspeó—. He pensado que quizá podría preparar té.

—Las teteras están ahí. —Le señaló un armario—. Y el té aquí. —Abrió un cajón—. Yo calentaré el agua, tú ve a por la tetera y las tazas.

Cuando la infusión estuvo lista, Simon llevó la bandeja con todos los utensilios al salón y la dejó encima de la mesita que había delante del sofá. Luego, se acercó a la chimenea y cogió unos cuantos troncos de la cesta de mimbre para encender un fuego. La casa no estaba especialmente fría, pero así tenía una excusa para no hablar y enfrentarse a Mara. Quizá las cosas no estuvieran precisamente bien entre los dos, pero al menos la incertidumbre le permitía mantener viva la esperanza.

«Vamos, Simon, nunca has sido un cobarde. Dile la verdad y acaba con este pesar de una vez por todas», le exigió el guardián.

—Siéntate, Mara, por favor.

Hasta entonces, ella no se había dado cuenta de que, exceptuando aquel momento de pasión en la cama, Simon no había vuelto a llamarla María. Era raro, y no le gustaba.

—Tú me has contado lo que crees que sucedió tras la muerte de tus padres. Ahora deja que yo te cuente lo que pasó.

Le dio la fotografía que había encontrado en la carpeta.

—¿Qué es esto? —preguntó ella al cogerla con dedos temblorosos.

—Mírala. —Esperó a seguir a que Mara obedeciera—. El de en medio es tu padre, a su derecha está Dominic Prescott, otro guardián del que luego te hablaré y al que le debes en parte tu vida, y el de la izquierda es mi padre. Mírala y dime si crees que estos hombres no habrían estado dispuestos a morir los unos por los otros. Mírala y dime si de verdad crees que mi padre —señaló el joven rostro de Royce— pudo haber matado al tuyo y a tu madre y dejarte a ti al borde de la muerte.

Ella sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. La amistad que se profesaban los tres hombres de la fotografía era palpable incluso a través del papel y del tiempo. Acarició el rostro de su padre y vio que estaba temblando. Sólo lo había visto en sueños. Era la primera vez que tenía una imagen suya. Su tío, dado que se había

peleado con su madre, no tenía ninguna. Era muy guapo, y parecía llevarse muy bien con los otros dos hombres. Royce era una versión algo reducida de Simon, aunque también era muy alto; pero era menos corpulento, y tenía los ojos de otro color. Y Dominic Prescott parecía un ser muy especial, desprendía una calma y serenidad que no tendría ningún asesino.

—Yo... —Tragó saliva—. ¿Cómo murieron mis padres?

Simon trató de no dar saltos de alegría. Era la primera vez que la veía dispuesta a escuchar el relato de aquella horrible noche, y no quería cometer ningún error. Ni precipitarse en sus conclusiones.

—Mi padre conoció al tuyo cuando ambos trabajaban en el hospital central de Nueva York, donde también trabajaba Dominic, y pronto los tres se hicieron muy amigos. No sé qué vieron en tus padres, recuerda que yo sólo era un niño en esa época, pero decidieron contarles la verdad acerca de los guardianes y de sus poderes, por llamarlo de alguna manera. Tom, Royce y Dominic estaban convencidos de que si conseguían aislar el ADN de los guardianes podrían encontrar un medicamento capaz de regenerar células muertas o perjudiciales para los humanos. Más o menos. Su intención era dar con esa fórmula y regalarla al mundo para erradicar todo tipo de enfermedades. Se reunían en secreto porque no querían que ningún laboratorio farmacéutico se enterase de sus avances, y porque no querían llamar la atención de lord Ezequiel.

—¿Qué pinta lord Ezequiel en todo esto?

—Él y su ejército de las sombras se alimentan de la maldad humana, de la debilidad, de la avaricia, y desde el principio de los tiempos los guardianes hemos sido los únicos que nos hemos interpuesto en su camino. Ellos siempre han tratado de quitarnos de en medio, y en esa época varios clanes de guardianes sufrieron ataques por sorpresa y hubo algunas bajas. Además, al hospital en el que trabajaban nuestros padres llegaron unos marineros muy enfermos que murieron al cabo de unos días en circunstancias muy extrañas. Se dijo que era un virus tropical, pero mi padre y el tuyo no se lo tragaron y empezaron a investigar. Las pruebas los llevaron hasta el ejército de las sombras. Recibieron amenazas, y todos se andaban con mucho cuidado, pero es evidente que no con el suficiente. —Hizo una pausa y la miró. Mara se aferraba a la fotografía con dedos temblorosos, y se mordía el labio inferior—. Si quieres —sugirió Simon—, podemos dejarlo para más tarde.

—No, sigue, por favor. Estoy bien —le aseguró.

—De acuerdo. Una noche, mi padre había quedado con el tuyo en las oficinas del centro de la ciudad, y cuando Tom se retrasó tuvo un mal presentimiento y corrió hacia vuestra casa; pero fue demasiado tarde. Vivías en una casa de las afueras, rodeada por una preciosa verja blanca, así que nadie acudió a ayudaros. Cuando Royce llegó, vio que tres soldados del ejército de las sombras habían entrado y os

estaban atacando. Mató al primero y corrió a ayudar a tu madre, que estaba contigo, protegiéndote. A ése también lo mató, y entonces oyó un disparo. Tu padre se había ocupado del tercero, pero él también resultó gravemente herido. —Simon vio que a Mara le resbalaba una lágrima por la mejilla, pero siguió. Tenía derecho a saberlo todo—. Tom le pidió a mi padre que se ocupara de ti, que hiciera lo que fuese necesario para salvarte. Royce lo habría hecho de todas formas, pero tienes que saber que los últimos pensamientos de tu padre fueron para ti y para Nina. —Simon le relató lo que le había contado su padre.

—¿Y mi madre? —preguntó Mara sin levantar la cabeza—. ¿Murió en el acto?

—Después de que tu padre falleciera, Royce corrió al lado de Nina y la encontró todavía con vida. Te tenía envuelta en una manta taponándote una herida. La cicatriz que tienes en el costado. Le pidió a mi padre que te salvara y te hiciera feliz. —Y Royce Whelan, el gran guardián, había muerto convencido de que no había sido capaz de cumplir su promesa, pensó Simon apesadumbrado—. Mi padre me dijo que tu madre no murió hasta asegurarse de que él te tenía en brazos.

—¿Yo también estaba muy malherida?

—Estabas al borde de la muerte. Habías perdido mucha sangre y apenas tenías pulso. Royce te metió en el coche y condujo como un loco hasta el hospital en el que trabajaba Dominic. Éste te operó de urgencia, pero le dijo a mi padre que no ibas a sobrevivir. Y entonces, los dos tomaron una decisión muy arriesgada para tratar de salvarte la vida.

—¿Qué hicieron?

—Tal como te he dicho, tu padre, el mío y Dominic estaban trabajando en un proyecto. El proyecto Ícaro. Éste se encontraba todavía en una fase muy inicial, pero tu padre tenía la teoría de que la sangre de un guardián que todavía no se hubiera transformado por completo tenía el poder de regenerarse a sí misma con una fuerza y rapidez asombrosas. Según esa misma teoría, si se le realizaba una transfusión con dicha sangre a alguien muy enfermo o al borde de la muerte, cabía la posibilidad de que la sangre del guardián regenerase la de la otra persona y que ésta se curara. No conozco los detalles exactos, el proyecto Ícaro se cerró a partir de ese incidente y nunca nadie lo ha reabierto, pero mi padre le suplicó a Dominic que lo intentara contigo.

—¿Y de quién es la sangre que me pusieron? —le preguntó con las lágrimas resbalándole por el rostro, a pesar de que sabía la respuesta con absoluta certeza.

—Mía.

Simon no pudo aguantarlo más y corrió a su lado para abrazarla. Mara se derrumbó por completo y lloró desconsolada contra su pecho. Por eso sentía aquella conexión tan poderosa con él, estaban unidos del modo más íntimo posible.

—Cuando llegué al hospital y te vi en aquella cama, supe que haría lo que fuera

para que te pusieras bien. Me pasé día y noche sentado a tu lado, leyéndote, cantándote. Tú sólo parecías descansar si yo también estaba en la habitación, así que no me moví de tu lado hasta que te curaste. Dominic y mi padre dijeron que había sido un milagro, y creo que se asustaron un poco, y por eso clausuraron el proyecto. Pero a mí me daba igual, lo único que me importaba era que estabas viva — confesaba todos aquellos sentimientos con la pasión y el dolor acumulados por los años de separación. Él también estaba llorando, y no le importó. Por primera vez en su vida eran lágrimas de alegría. María estaba viva y entre sus brazos. Mara había derribado los muros que los separaban. Le acunó el rostro en las manos y la apartó un poco para poder mirarla a los ojos—. Yo... te he echado tanto de menos.

—Y yo a ti, Simon —respondió ella, y al ver que él la miraba atónito, susurró—: Me acuerdo. —Se secó una lágrima con el dorso de la mano—. Me acuerdo de los cuentos que me leías, de pasear por el jardín de los Jura en Escocia, de ver *Annie* contigo.

—María.

—Me acuerdo del día en que ese hombre me secuestró, de que te hizo daño. —Le acarició los pómulos preocupada.

—No, eso ya no importa. Lo único que importa es que estás aquí. Conmigo.

—Oh, Simon, mis padres... ¿Por qué? —Lloró de rabia y de dolor, y él la estrechó entre sus brazos mientras le acariciaba la espalda.

María fue tranquilizándose poco a poco, y Simon creyó que se había quedado dormida, algo comprensible, después del llanto. Pero cuando le apartó el pelo de la cara vio que seguía despierta. Sus miradas se encontraron y reconocieron por fin lo que significaban el uno para el otro. El tiempo y el universo se detuvieron, y María fue la primera en moverse. Besó a Simon con todo el amor que todavía no era capaz de comprender ni de expresar en palabras, y él debió de entenderla, porque respondió con la misma intensidad. Las manos de él, que minutos atrás habían tratado de acariciarla, ahora le estaban prendiendo fuego, recorriéndole la espalda con fervor. María deslizó las suyas por debajo de la camiseta de Simon, desesperada por tocarlo y sentirlo piel contra piel. Tiró del extremo de la prenda y él comprendió el mensaje y se la quitó. Su torso era sin duda una de las cosas más bellas que ella hubiese visto, y colocó ambas manos encima para poder sentir cómo los músculos vibraban bajo sus dedos. Él cerró los ojos y apretó los dientes en un intento de controlar el deseo, y ella decidió inclinarse y darle un beso en los pectorales, justo encima del corazón, para ver si así lo hacía enloquecer. Simon la sujetó por los hombros, la apartó un poco y esperó a que lo mirara a los ojos.

—María —susurró.

—¿Sí?

Al ver que respondía al nombre con el que él siempre había soñado, sonrió.

—Te necesito —le dijo.

—Y yo —reconoció ella, pasándole el dedo por el tatuaje, que ahora le parecía más grande que el día anterior—. Es precioso.

—¿Sabes qué significa? —le preguntó Simon besándola en el cuello y quitándole la camiseta al mismo tiempo.

—Me dijiste que no significaba nada —contestó casi sin aliento.

—Mentí. —Le sonrió pegado a su piel y le lamió el hueco de la clavícula—. Significa que el guardián por fin ha encontrado a su alma gemela.

—Simon.

Tras esa confesión, éste tomó las riendas y cogió a María en brazos para tumbarla delante de la chimenea, encima de una alfombra antigua que su madre había hecho traer de Irlanda. Simon tenía los ojos completamente negros y los colmillos extendidos y ella nunca había visto a un hombre tan atractivo. A pesar de la fuerza que emanaba de todo su ser, la tocaba como si fuera la criatura más delicada del mundo y la hacía sentir bella y poderosa al mismo tiempo. Simon se pasó la lengua por el labio superior justo antes de inclinar la cabeza y darle otro beso. Mientras la consumía con la lengua, deslizó las manos hacia abajo y le desabrochó los pantalones. Luego, se puso en pie de un salto y se quitó los suyos antes de seguir desnudándola a ella. Se colocó de rodillas entre sus piernas y le quitó primero una pernera de los vaqueros, y después otra, y con la lengua recorrió el mismo camino que recorría la tela. Cuando la tuvo en ropa interior, María oyó cómo Simon aguantaba la respiración.

—Eres preciosa —dijo con adoración.

—Tú también —susurró ella, y consiguió hacerlo sonreír.

—No digas tonterías.

—Siempre me encantó tu sonrisa —dijo María levantando una mano para acariciarle la comisura de los labios—. Bésame.

—Como desees.

Él se inclinó y, a partir de aquel beso, las palabras fueron innecesarias. La besó y le dio uno de aquellos mordiscos en el labio inferior que a ella tanto le gustaban, y luego empezó su descenso por el cuello y los pechos. No pasó por alto ni una curva, ni una peca, y le arrancó suspiros y gemidos de placer sin descanso. Simon se comportaba como si su propio disfrute no importara, su único objetivo era satisfacer a su alma gemela. Se detuvo en el sujetador y María arqueó un poco la espalda para que se lo desabrochara, pero él la empujó con delicadeza hacia abajo y sonrió. Le dio un beso en cada pecho. Se los lamió y atormentó con sus dientes, y cuando María creía estar a punto de enloquecer de deseo, Simon cogió la prenda con los colmillos y tiró de ella. María jamás había visto algo tan sexy. Él lanzó el sujetador roto a un lado y no dio tregua a su amada. Le recorrió todas y cada una de las costillas con los labios

y después fue bajando hasta el ombligo. Allí volvió a detenerse y una súplica escapó de la garganta de ella.

—Simon, por favor.

Simon sabía lo que su alma gemela le estaba pidiendo, él también se moría por hacerle el amor, pero antes quería descubrir el sabor de su placer. Había bebido su sangre, la había besado y la había acariciado, pero todavía no había sentido su sabor en los labios y ya no podía esperar más. Levantó las manos, que tenía en las caderas de María, y buscó sus braguitas. Se apartó lo suficiente como para poder mirarla a los ojos, y el gozo y deseo que vio en ellos casi lo tumba. Se las quitó con cuidado, temeroso, nervioso incluso. No era la primera vez que la veía desnuda, pero quería grabarse aquella imagen de María desnuda en la mente. La luz del fuego le hacía resplandecer la piel, y era como si las llamas bailasen sobre sus pechos y su ombligo. Simon dio las gracias a los dioses por haberle concedido el honor de poder amar a una mujer como aquélla, y les prometió, a ellos y a sí mismo, que sería digno de ella. María vio que él estaba emocionado, y se apoyó en los antebrazos para poder incorporarse un poco.

—Simon, cariño, ven aquí.

Era la primera vez que ella utilizaba una palabra cariñosa para referirse a él, y Simon no supo si fue eso o no, pero en ese instante se rindió por completo a sus instintos y al amor que llevaba años tratando de apagar. De rodillas, en medio de los muslos de María, se agachó para darle otro delicado beso en el ombligo y luego dibujó un húmedo brazo de fuego con su lengua hasta llegar a su sexo. Podría pasarse la eternidad entera besándola y nunca se cansaría de su sabor y de escuchar los gemidos de placer que conseguía arrancarle con sus besos. Con cada movimiento de su lengua, con cada respiración, María se excitaba más y más, y Simon la guio hasta el orgasmo con la pericia y el anhelo de un hombre que había nacido para amarla.

María gritó su nombre al alcanzar el orgasmo, y enredó los dedos de una mano en el pelo de él, para que pudiera sentir el alcance del placer que le estaba dando. Tardó varios minutos en recuperar el aliento y cuando lo hizo y abrió los ojos, vio que Simon se había tumbado a su lado para mirarla.

—Hazme el amor —le pidió.

—Con toda mi alma —respondió él, y se movió para colocarse encima de ella.

Simon no recordaba haber estado nunca tan excitado, y sabía que lo que iba a suceder entre los dos no podría compararse con nada. Su cuerpo había esperado ese momento toda la vida, y, aunque se sentía a punto de tener un orgasmo con sólo mirarla, al mismo tiempo le habría gustado encontrar la manera de prolongar aquella sensación para siempre.

María levantó las rodillas para que tuviera más espacio y le acarició el rostro con

una mano. Simon parecía quedarse sin aliento cada vez que ella lo tocaba con ternura, y se juró que si encontraba el modo de salir de aquello con vida, le demostraría a diario que nadie se lo merecía más que él. Al notar su palma en la mejilla, ladeó la cabeza y le dio un beso. Su erección estaba justo en el sexo de ella, y había tenido que recurrir a toda su fuerza de voluntad para detenerse allí.

—Te amo, María —confesó, y no esperó a que ella le respondiera, pues no estaba seguro de que le dijera lo que quería oír. Pero él sí estaba seguro de lo que sentía, y pasara lo que pasase al amanecer, Simon jamás se arrepentiría de haber amado a María aquella noche.

Se hundió en su interior y cerró los ojos para no perderse. En el universo había pocas cosas perfectas, pero lo que estaba sucediendo entre los dos era una de ellas. María y Simon habían nacido para ese momento, para amarse, para complementarse. Ella arqueó la espalda y el gesto le permitió a él penetrarla un poco más. Por todos los dioses, el placer que emanaba del cuerpo de María lo envolvía por completo. Sentía cómo las paredes de su sexo temblaban cada vez que él se movía, y juntos emprendieron una danza que los hizo enloquecer de deseo a ambos.

Ella levantó los brazos y le recorrió la columna vertebral con las uñas de una mano, mientras le enredaba la otra en el pelo de la nuca. Simon se estremeció de gusto, y cuando esa primera mano llegó a sus nalgas que movía con cada embestida gimió de placer.

—Tócame —suplicó María—, por favor.

Él, que estaba apoyado sobre sus manos para que ella no tuviera que soportar su peso, cambió ligeramente de postura y se apoyó sólo en el antebrazo izquierdo. Deslizó la mano derecha hasta encontrar los pechos de María, y se los acarició hasta que ella giró la cabeza para dejar su cuello al descubierto.

—Bebe, cariño —le pidió de nuevo con voz sensual.

Simon no tenía armas para defenderse de aquel ataque y se rindió a sus instintos. Cuando sus colmillos le atravesaron la piel, tardó unos segundos en comprender la enormidad de lo que estaba sucediendo. Estaba dentro de María, de su alma gemela, y estaban haciendo el amor al mismo tiempo que la sangre de ella le humedecía los labios. El orgasmo que lo arrolló fue demoledor. Nació en lo más profundo de su alma y se extendió por todo su cuerpo, hasta que no hubo lugar para nada más excepto para el amor que sentía por la mujer que tenía en brazos.

María sintió que Simon se estremecía y eso bastó para que ella alcanzara también el clímax, pero de repente notó algo extraño. Se pasó la lengua por las encías y notó, ¿colmillos? Sí, tenía un par de colmillos. No tan largos y afilados como los de él, pero colmillos al fin y al cabo. Y tenía muchas ganas de morderle. Necesitaba morder a Simon y beber de su sangre. Sólo con pensarlo se excitó más de lo que ya estaba, e, incapaz de contenerse y convencida de que hacía lo correcto, los hundió en el hombro

de él.

Simon estaba terminando un orgasmo cuando otro igual de intenso y mucho más poderoso lo engulló de repente. Podía sentir los dientes de María en su cuello. Lo había mordido, y no sólo eso, estaba bebiendo su sangre. Sus cuerpos se estaban fundiendo el uno con el otro de un modo ya irreversible. María formaba parte de él y él de ella, y esa unión no podrían romperla ni los dioses ni el hombre. Sintió cómo el sexo de María temblaba junto al suyo y se precipitaba hacia un orgasmo tan demoledor como el de él. Ambos seguían con los labios pegados al cuello del otro, bebiendo, entregándose por completo. Juntos cabalgaron las últimas olas de aquel orgasmo y se quedaron dormidos abrazados.

María fue la primera en despertarse y, con mucho cuidado, se apartó de Simon, que incluso dormido seguía reteniéndola en sus brazos. Se sentó en la alfombra y miró al hombre que le había devuelto su vida y su pasado. No podía entregarlo a lord Ezequiel. Se moriría sin él. Se puso en pie, notando en los huesos la frenética actividad de las pasadas horas, y se vistió. Caminó hasta un espejo que había en una de las paredes del salón y se miró los dientes. Los colmillos habían desaparecido, pero todavía notaba el sabor de la sangre de Simon en sus labios. Debería estar asustada, o como mínimo escandalizada, pero no lo estaba. Seguro que aquello tenía que ver con lo que le habían hecho de pequeña, o con cualquier otra cosa. Fuera lo que fuese, con él a su lado podía enfrentarse a todo, y seguro que juntos lo averiguarían. Ahora lo que tenía que hacer era encontrar el modo de hablar con su tío y detener a lord Ezequiel. Se vistió, tapó a Simon con una manta que había encima del sofá y abandonó el salón para buscar un teléfono.

Pero al llegar a la cocina le dio un vuelco el corazón. Era demasiado tarde.

—Hola, Mara.

—Hola, tío Ronan. Ahora iba a llamarte.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

Ronan estaba sentado en una silla en medio de la cocina. No había encendido ninguna luz, pero por el cristal de la puerta trasera entraban los primeros rayos del amanecer.

—Tienes que parar esto. Royce Whelan no mató a mamá —le dijo sin rodeos. Caminó hasta donde estaba él y se le plantó delante con los brazos en jarras—. Tienes que confiar en mí. Los Whelan son inocentes.

—¿Cómo lo sabes? Por Dios, Mara, ¿te acuestas con él una vez y ya crees que es un santo? Es el truco más viejo del mundo.

—No es ningún truco. Simon es inocente. Y su padre también —contestó furiosa—. Tú mismo me dijiste que te habías peleado con mamá y que llevabais años sin hablaros. ¿Cómo sabes que papá y Royce no eran amigos?

—No lo sé —reconoció Ronan—. Yo sólo sé que Nina, mi preciosa hermana, murió por su culpa.

—No. Mamá murió porque papá y los guardianes estaban trabajando en un proyecto secreto que preocupaba mucho a lord Ezequiel.

—¿De qué diablos estás hablando? ¿Qué tiene que ver Ezequiel con todo esto? Él fue quien te encontró.

—¿Ezequiel? —A María se le puso la piel de gallina al escuchar esa forma tan familiar de referirse a él—. ¿Y cómo es que fue él quien me encontró? ¿Cuándo?

Ronan se mordió la lengua al ver que había metido la pata.

—¡Tío! —se acercó a él—. ¡Dime la verdad!

—Ezequiel me llamó para decirme que te había encontrado.

—¿Cuándo?

—Cuando tenías más de tres años —confesó Ronan avergonzado.

—Por Dios, tío, ¿acaso no ves que él fue quien me secuestró y me arrancó del hogar de los Whelan?

—Mara, yo... —Se frotó el rostro—. Es imposible. Ezequiel no haría algo así. Y yo, yo siempre te he querido.

—Lo sé, tío, Ronan. —Apartó otra silla de la mesa y se sentó a su lado—. Pero creo que nos han utilizado.

—Dios —suspiró él agotado—. No puede ser, Ezequiel me dijo que tenía pruebas. Me dijo que después de que yo le contara lo del asesinato de tu madre se quedó muy afectado, y que le había pedido a uno de sus hombres de confianza que te

buscara por todo el mundo.

Mara sabía que entonces no tenía tiempo de contarle toda la historia a su tío, así que se centró en lo que de verdad era importante.

—Tenemos que ayudar a Simon. Llama a lord Ezequiel y dile que no está aquí, que me ha dejado plantada. Invéntate algo, lo que sea, pero que no vengan a buscarlo.

—No puedo. —Su tío tragó saliva.

—Claro que puedes —insistió Mara.

—No, señorita Stokes —dijo una voz oculta entre las sombras—. Me temo que tu tío ya no puede hacer nada. ¡Cogedla!

—¡No, me prometiste que a ella no iba a pasarle nada! ¡Me lo prometiste! —Ronan se interpuso entre su sobrina y los soldados del ejército de las sombras, que se detuvieron a la espera de recibir nuevas órdenes de su señor.

—¿Y me creíste? Mira que eres inocente, Ronan, aunque supongo que eso es lo que más me gusta de ti —dijo lord Ezequiel—. ¡Cogedla! Y si el señor Stokes quiere hacerse el héroe, matadlo.

De los seis soldados que había allí armados hasta los dientes, Mara reconoció a uno de la noche en el muelle; a los otros no los había visto nunca. Bueno, al menos moriría sabiendo lo que se sentía al hacer el amor con la persona amada, y con la tranquilidad de saber que su tío no le había mentado a sabiendas.

Simon abrió los ojos en el preciso instante en que María recibió el primer golpe. Mataría con sus propias manos a quien fuera que se hubiera atrevido a pegarle. Se vistió en cuestión de segundos y se preparó para la pelea más importante de su vida. Corrió hacia la cocina, pues de ahí provenían los gritos, y cuando entró creyó morir. Tres soldados del ejército de las sombras tenían rodeada a María, que trataba de defenderse con un cuchillo de cocina. Inconsciente en el suelo, con una herida muy profunda en la cabeza, estaba Ronan Stokes y a sus pies había dos soldados más. El sexto era un viejo conocido suyo, el líder del grupo que los había atacado en el muelle. Pero las figuras más espeluznantes de todas estaban de pie fuera de la casa, ocultas entre las sombras del jardín que se insinuaba tras el cristal de la puerta. La más alta debía de pertenecer a lord Ezequiel, que lo miraba todo desde la distancia, dispuesto a dar las órdenes pertinentes. La otra le recordó a Simon a la de un zombi; parecía humano, pero por el modo en que se movía no debía de serlo. Y lord Ezequiel lo llevaba atado con una correa.

Gracias a que ahora era el guardián el que estaba en posesión de sus sentidos, Simon pudo oír lo que Ezequiel le decía a esa criatura.

—Ve a por él —le ordenó al quitarle la correa.

Y en menos de un segundo, aquella cosa derribó la puerta de la cocina.

—¿Claybourne? —Simon no podía creer lo que estaba viendo. Aquel monstruo

era Jeremiah Claybourne, aunque, a juzgar por el vacío de sus ojos, era evidente que el prometido de Naomi hacía tiempo que ya no estaba en aquel cuerpo.

—No me digas que no es un detalle entrañable —se burló Ezequiel—. Claybourne quería ser inmortal, y yo necesitaba una nueva mascota. Me temo que lo de los experimentos no se me da tan bien como a tu padre, pero ya mejoraré. ¡Cogedlos! —gritó furioso el señor de las sombras—. A la odisea la quiero viva, y con el guardián... si queréis, antes podéis jugar un poco con él. Pero ¡que llegue entero a la isla!

Así que María era una odisea, pensó Simon. Cuando todo aquello terminara, tendría una larga charla con sus primos escoceses; los guardianes no podían seguir así. Tenían que ponerse al día de las criaturas que habitaban la tierra.

—María, ¿estás bien? —le preguntó haciendo un análisis mental de la situación.

—Sí. Lo siento, Simon. Siento...

—Ahora no —la interrumpió él. Cuatro soldados del infierno se le estaban acercando, y también lo estaba haciendo Claybourne. Los otros dos soldados estaban yendo hacia María—. Ve con ellos —le ordenó, y al ver que ella lo miraba horrorizada, añadió—: Confía en mí, iré a buscarte.

Ezequiel se ríe a carcajadas.

—Vosotros los guardianes y esa tontería de las almas gemelas. Nunca dejaréis de sorprenderme. Vamos, lleváosla de aquí —les dijo a los dos que tenían a María—. Y vosotros no os entretengáis demasiado.

Los soldados la arrastraron hacia fuera y ella miró a Simon para despedirse con la mirada. Él oyó abrirse y cerrarse las puertas de un coche y supo que no tenía tiempo que perder; tenía que huir de allí antes de que el vehículo se alejara demasiado. Se quedaron a solas, y los cuatro soldados fueron los primeros en atacar, liderados por Demetrius, que demostró ser un guerrero cruel y sin escrúpulos. Claybourne esperaba su turno igual que un perro fiel, pero con el rabillo del ojo, Simon podía ver que le goteaba sangre de las encías y que tenía unas garras afiladas como cuchillos. Consiguió noquear a los dos primeros soldados, pero recibió varias heridas de ambos y una de ellas le sangraba profusamente. Entonces lo atacó el tercero, y Simon empezó a marearse. Demetrius lo miraba con una maléfica sonrisa en los labios, y el guardián se prometió que aguantaría lo suficiente como para borrarla de la cara para siempre. La pelea lo estaba agotando. En un descuido, recibió una patada en el esternón que lo mandó contra la pared de la cocina. Casi perdió el conocimiento, pero lo recuperó a tiempo de ver que Demetrius y el otro soldado iban a por él. Esquivó sus golpes, pero Demetrius lo apuñaló por la espalda. No iba a morir, así no. Y mientras se estaba maldiciendo a sí mismo, oyó que alguien derribaba la puerta principal.

—Cariño, ya estoy en casa.

¿Sebastian? Sí, aquélla era sin duda la voz de su amigo, pensó Simon antes de verlo aparecer, acompañado por el detective Oliver Cardoso. No entendía nada, pero cuando vio que ambos desenfundaban unas semiautomáticas, dejó de cuestionarse su presencia allí.

—Te dije que no me gustaba que trajeras animales a casa —dijo Bastian al volarle la cabeza a uno de los soldados del ejército.

—No te hagas el gracioso y dispara —lo riñó Oliver.

Los dos recién llegados se hicieron cargo de los soldados que quedaban, pero la criatura que antes había sido Claybourne escapó por la puerta trasera. Sebastian corrió a ayudar a Simon, que estaba sentado en el suelo, improvisando un vendaje para una herida que tenía en un costado, y el detective se arrodilló junto a Ronan Stokes, para ver si tenía pulso.

—Está vivo —dijo—, pero tenemos que llevarlo a un hospital cuanto antes.

—Id vosotros —contestó Simon poniéndose en pie—, yo tengo que salvar a María.

—¿Acaso no has visto el aspecto que tienes? —le preguntó Sebastian—. Así no salvarás a nadie.

Simon se plantó delante de su amigo y le respondió mirándolo a los ojos.

—Tengo que salvar a María. Abajo, en el laboratorio, hay unas muestras de sangre. Si me pasa algo...

—No digas estupideces —lo interrumpió Sebastian.

—Si me pasa algo —prosiguió él apretando los dientes para controlar el dolor—, dáselas a mi primo Ewan.

—Está bien.

Simon cojeó hasta el armario de la cocina y cogió las llaves de una moto. Sus primas tenían varias, siempre con el depósito lleno y perfectamente equipadas para circular por la nieve y el hielo.

—Bastian, me alegro de verte —dijo antes de salir—. Gracias por traer a la caballería.

—De nada, y ahora lárgate. Y tú decías que yo tenía complejo de héroe.

Simon vio con el rabillo del ojo cómo el detective Cardoso levantaba del suelo a Ronan Stokes y, ayudado por Sebastian, lo llevaba hasta un coche que había aparcado fuera. Ojalá llegaran a tiempo al hospital, no quería que María perdiera a su tío.

Llegó al garaje y montó en la primera moto. Por suerte, había cogido las llaves adecuadas y la puso en marcha en el acto. Salió a toda velocidad y siguió las rodadas del coche en el que se habían llevado a María. No tardó en dar con él y aceleró hasta pegarse al parachoques trasero. Alargó las garras de la mano derecha y las clavó en el metal. Saltaron chispas por todos lados, pero Simon no se soltó y se subió al maletero, y de allí al techo del vehículo. El conductor, probablemente otro soldado

del ejército, dio sin éxito un par de golpes de volante para quitárselo de encima. Simon hundió ambas garras en la placa del techo y lo reventó cual lata de sardinas. Recibió un disparo en el hombro y otro en el muslo. Tenía tantas heridas, que ya no sabía si le quedaba alguna parte del cuerpo ilesa. El dolor era lo de menos, lo único que importaba era salvar a María. Desde el techo, o lo que quedaba de él, alargó una mano y agarró por el cuello al soldado que había disparado. Lo zarandeó un poco y lo lanzó fuera del coche. El conductor no tuvo más remedio que frenar para no volcar, y Simon aprovechó para abrir la puerta y matarlo. Luego, sacó a María de la parte trasera y comprobó que lord Ezequiel no estaba por ninguna parte.

—No está —dijo ella, nerviosa—. Me ha susurrado al oído que nunca encontraría a Claire y se ha desvanecido en el aire. Desátame las manos. —Le enseñó las muñecas—. Simon, yo... ¡Cuidado!

Le estaba cortando las cuerdas con las que le habían atado las muñecas cuando su grito lo puso de nuevo en alerta.

Se volvió, pero no lo suficientemente rápido como para esquivar el zarpazo de Claybourne. Sus garras no sólo le abrieron la piel, sino que también lo quemaron por dentro. Jamás había sentido un dolor tan acuciante. Simon extendió sus propias garras, a pesar de que al lado de las de aquella criatura parecían de juguete, y lo atacó, pero sólo parecía ser capaz de arañarlo. Ninguna herida lo debilitaba. Claybourne levantó el labio superior en una mueca espeluznante y fue directo a la yugular de Simon. Éste se lo quitó de encima, pero la bestia le mordió antes el brazo. Ya no podía más. Había perdido demasiada sangre.

—Vete, María.

Aquella escena, tan similar a la del ataque y secuestro de cuando era pequeña, la hizo recuperar todos sus recuerdos. Pero no sólo eso, también despertó algo en su interior, una presencia que quizá había sentido ya en algún momento de su vida y que ahora era innegable. Nada ni nadie iba a volver a separarla de Simon. Jamás.

—No —dijo decidida.

—Vete, María. Por favor —suplicó él al sentir que el monstruo le había clavado las garras en la espalda para retenerlo allí y poder seguir devorándolo.

—No, Simon. —Caminó furiosa hasta Claybourne y lo empujó—. Suéltalo.

El animal no se inmutó, y María sintió que le quemaban las palmas de las manos y, al levantarlas, vio que tenía en ellas una especie de bolas de luz blanca. Dirigió las manos hacia la criatura y volvió a advertirla.

—He dicho que lo sueltes.

No lo hizo, y María vio que Simon estaba a punto de desmayarse, así que cerró los ojos un instante y respiró hondo. Centró toda su energía en las palmas de sus manos y lanzó aquellas bolas de luz hacia la cosa, que salió volando por los aires y estalló en mil pedazos. Luego, María corrió hacia Simon y lo acunó en sus brazos.

Estaba muy débil.

—Bebe, Simon.

—No —dijo él casi sin voz—, ese monstruo puede haberme infectado. —Mientras Claybourne bebía de él, Simon se dio cuenta de que las encías le sangraban, así que no podía descartar la posibilidad de una infección. Y no iba a permitir que María enfermara por su culpa.

—Tú me salvaste una vez a mí, de modo que ahora me toca salvarte a ti. Además, sin ti no querré seguir viviendo. Así que bebe. —Se mordió la muñeca con los pequeños colmillos que le habían reaparecido junto con la luz blanca—. Por favor.

A Simon ya no le quedaban fuerzas para hablar, pero cuando María le puso la muñeca en los labios, se aferró a ella y bebió, aunque estaba demasiado débil y no logró succionar lo suficiente.

—¡No! —exclamó ella asustada—. No te mueras.

Él consiguió abrir un poco los ojos y susurró:

—Te amo.

María se puso furiosa.

—Ah, no, eso sí que no. No voy a permitir que te mueras, ¿me oyes, Simon Whelan? —le gritó con lágrimas corriéndole por las mejillas—. Tengo que llevarte a un hospital. —Lo dejó tumbado con cuidado en el suelo y corrió hacia la carretera. Por suerte, en aquel instante apareció un coche.

—Tú debes de ser María —le dijo un hombre misterioso—. Yo soy Dominic, Dominic Prescott.

—Gracias a Dios —suspiró ella, aliviada—. Tenemos que llevar a Simon a un hospital. Ha perdido mucha sangre.

Dominic bajó del coche en seguida y la ayudó a tumbar a Simon en los asientos traseros. Ella también se subió detrás y Dominic pisó el acelerador.

—Háblale —le dijo a María—, recuérdale que tiene algo por lo que vivir.

—No te mueras, Simon —le dijo ella, acariciándole la barba que le había ido creciendo a lo largo de aquellos días—. No te mueras. Te amo. —Le cayó una lágrima que fue a parar a la mejilla de él—. Te amo.

Simon seguía sin moverse, pero María notaba que el corazón todavía le latía, y se aferraba a aquel signo de vida como a un clavo ardiendo. Cerró los ojos y pensó en las únicas personas que quizá podrían ayudarla: sus padres. «Papá, mamá, sé que estáis ahí. Ayudadme, por favor. Ya os perdí a vosotros, si lo pierdo a él no podré soportarlo. Por favor, tenéis que ayudarme. Simon no se merece morir, él estaba protegiéndome, y yo, yo le amo. Todo esto es culpa mía. —María habría jurado que sintió que alguien le acariciaba el pelo—. Mamá, todavía no sé qué soy o qué se supone que tengo que hacer, pero te juro que haré que te sientas orgullosa de mí. Aprenderé todo lo que sea necesario para ser una buena odisea, creo que así me ha

llamado lord Ezequiel, y prometo que os sentiréis orgullosos de mí. Decidle a quien sea que esté allí arriba, que Simon tiene que quedarse conmigo. Le debo todos mis besos. Necesito que se quede conmigo. Por favor».

Llegaron al hospital y Dominic saltó del coche y fue en busca de unos enfermeros. Se identificó como médico, título que poseía entre muchos otros, y les dijo que el paciente había sido atacado por unos osos y había perdido mucha sangre. Dominic consiguió incluso entrar en el quirófano, y cuando salió, unas horas más tarde, María estaba esperándolo nerviosa, sentada en una silla de plástico blanco.

—Simon está bien. Saldrá de ésta.

Y en ese preciso instante, ella sintió que sus padres la abrazaban.

Tres días más tarde, Simon se despertó en la cama de un hospital y lo primero que notó fue que tenía algo encima de la mano derecha. Miró y vio que era la cabeza de María, que se había quedado dormida en la silla del acompañante, dándole la mano. Tenían los dedos entrelazados y él pudo ver claramente que ella había estado llorando. Se movió un poco, y el gesto la despertó.

—Simon —pronunció su nombre emocionada.

—Hola —dijo él algo tímido. Después de todo lo que habían pasado juntos, no sabía cómo reaccionar al ver reflejado en sus ojos todo el amor que también él sentía.

—Iré a buscar a un médico —dijo María.

—No, no te vayas. —Apretó los dedos para retenerla—. Estoy bien.

Ella se relajó un poco.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —le preguntó, al ver los ramos de flores—. ¿Quién me ha mandado flores?

—Tres días, y las flores son de tu prima Veronica y de Sebastian.

—¿Veronica está aquí? —Su prima era un peligro. Era hija del hermano menor de Royce, y Simon siempre había creído que, de haber nacido hombre, habría sido un gran guardián.

—Sí, llegó hace dos días, dijo que tenía el presentimiento de que algo iba mal y que la necesitabas. Y luego se maldijo por haber llegado tarde.

—Veronica es así. ¿Dónde está? —Su prima quizá fuera temible, pero seguía siendo una de sus preferidas.

—Supongo que atormentando a Sebastian.

—¿Veronica y Sebastian? Eso sí que quiero verlo —dijo Simon. A su mejor amigo le iría bien que una mujer como Veronica se interesara por él. Y le estaría bien merecido.

—¿Y tu tío? ¿Está...? —No se atrevió a terminar la frase.

—Ronan está bien, o lo estará cuando termine de recuperarse y deje de sentirse culpable. Está en otra planta, todavía no le han dado el alta, y no para de decir que todo esto es culpa suya y que nunca podré perdonarle.

—¿Y podrás? —Simon le acarició los nudillos, e incluso aquel leve gesto lo dejó agotado. Estaba más débil de lo que creía.

—Mi tío todavía tiene que contarme muchas cosas, pero a él también lo han utilizado. Antes de que yo le perdone, tiene que perdonarse a sí mismo, y eso llevará su tiempo. Por suerte, el detective Cardoso, Oliver, va a visitarlo cada día, y lo obliga a dejar de compadecerse durante un rato.

¿Ronan Stokes y Oliver Cardoso? Al parecer, tenía que ponerse al día de muchos temas.

—Simon, esa mañana, después de que hiciéramos el amor... —María se detuvo nerviosa. Tenía tanto miedo de que él la echara de su lado, que era incapaz de mirarlo.

—¿Sí?

—Yo... mi tío... el granero. —No sabía por dónde empezar.

—Tranquila, María, ya lo sabía —dijo él—. Sabía que los hombres de lord Ezequiel iban a ir a por mí, y sabía que tú ibas a entregarme a cambio de información acerca de una tal Claire.

—¿Lo sabías? —Se recostó abatida contra el respaldo de la silla—. ¿Lo sabías y a pesar de eso seguiste con el viaje, y me hiciste el amor? ¿Por qué?

—Porque necesitaba que tú confiaras en mí, y necesitaba contarte toda la verdad. Y si para ello tenía que meterme de cabeza en una trampa, estaba dispuesto a hacerlo. Además, esperaba que terminaras contándomelo todo.

—Iba a hacerlo. Esa mañana me desperté antes que tú y fui a buscar un teléfono para llamar a mi tío y pedirle que le dijera a lord Ezequiel que no había trato. Pero ya era demasiado tarde. Si quieres que me vaya, lo entenderé. —Probablemente se moriría si Simon le decía que se fuera, pero lo entendería.

—María, mírame. —Esperó a que ella lo hiciera—. Te amo, tú eres mi alma gemela. ¿De verdad crees que estoy dispuesto a perderte otra vez? He luchado contra mi propia muerte para estar a tu lado, así que estoy seguro de que juntos podremos superar nuestros problemas. Lo único que necesito saber es una cosa.

—¿Cuál? —Ella le confesaría cualquier secreto con tal de que él se quedara a su lado.

—¿Me amas? —le preguntó con voz entrecortada—. Porque yo te amo, y si tú...

—Te amo, Simon. —Se sentó en la cama y le dio un tierno beso en los labios—. Te amaba de pequeña, cuando eras el héroe de todos mis cuentos. Te amaba cuando mi mente no se acordaba de ti, pero mi corazón era incapaz de olvidarte. Te amaba cuando te conocí y creía que quería matarte. —Le acarició el rostro—. Te amo ahora que eres el hombre con el que voy a compartir mi vida, y te amaré siempre, incluso cuando los dos seamos sólo un recuerdo.

Simon la acercó a él, incapaz de decir ni una palabra después de escuchar la declaración de amor que llevaba tantos años esperando. Sus labios se fundieron en un beso en el que se mezclaron el amor y la pasión a partes iguales, junto con la promesa de que nunca más volverían a separarse el uno del otro. María notó que él temblaba y se apartó para dejarlo descansar, pero Simon insistió en que se acostara a su lado.

—Si viene una enfermera y nos riñe —le dijo cuando ella se quejó—, le diré que estamos prometidos y que no puedo dormir sin ti.

—¿Prometidos?

—Por supuesto, señorita Stokes —respondió él dándole otro beso.

—Como usted quiera, señor Whelan —susurró ella acurrucándose a su lado—. Te amo, Simon.

—Y yo a ti, María. Casi me muero sin ti, y no lo digo por lo del ataque de esa cosa, aunque sin duda me salvaste la vida. Y ahora que lo pienso, ¿cómo me trajiste al hospital?

—Dominic —se limitó a decir ella.

—¿Dominic está aquí? ¿Dominic Prescott?

—El mismo. —María se apoyó con cuidado en la cama para poder hablar con él mirándolo a los ojos.

—¿Y apareció en medio de la nada?

—Al parecer, Dominic también está buscando a Claire, y estaba siguiendo una pista en Canadá cuando vio que los soldados de lord Ezequiel iban hacia tu casa. No llegó antes porque sufrió un pequeño accidente en el camino.

—¿Dónde está ahora? —Tenía que hablar con él y contarle lo que había dicho lord Ezequiel acerca de una isla. Seguro que Claire estaba allí.

—No estoy segura, se comporta de un modo extraño. Pero no te preocupes, viene a verte cada noche, así que seguro que hoy también aparece. Trata de descansar. —Le pasó la mano por el pelo—. Tienes que recuperarte.

—¿Ah, sí? ¿Acaso tienes intenciones deshonestas respecto a mí, señorita Stokes? —preguntó él, pícaro, a pesar de que se le escapó un bostezo.

—Por supuesto que sí, señor Whelan. ¿Sabes una cosa? Nunca te lo había dicho, pero me encantaba que me llamaras «señorita Stokes». Lo hacías adrede, ¿no?

—Por supuesto que no, señorita Stokes. —Volvió a bostezar.

—Duerme un poco.

—No quiero. Tengo miedo de que no estés aquí cuando despierte —se atrevió a confesar.

—Estaré aquí, Simon. Te lo prometo.

—Te amo. No lo olvides —le pidió él justo antes de dormirse.

—Yo también te amo, y no lo olvidaré. Jamás.

Glosario

Los dioses

En el principio de los tiempos, los Cinco Grandes se reunieron para decidir si acababan o no con la raza humana. Escucharon varias opiniones y al final, tras observar el valor y la nobleza de un soldado moribundo, decidieron darnos otra oportunidad y crearon a los guardianes de Alejandría.

Los Cinco Grandes, Urano, Gea, Tetis, Hiperión y Cronos han recibido varios nombres a lo largo de la historia y siempre se han divertido viendo cómo las distintas religiones los utilizaban a su antojo. La auténtica verdad sólo ellos la saben pero están dispuestos a compartir con los humanos lo básico; Urano domina el cielo; Gea, la tierra; Tetis, los mares; Hiperión, es el señor del fuego, y Cronos, amo del tiempo que, como él dice, de todas las cosas que los humanos podemos perder, es la más irrecuperable.

Los guardianes

Hay dos tipos de guardianes, pero todos nacen o han nacido humanos.

Los convertidos: son hombres que, por demostrar un gran valor o una nobleza sin igual, reciben el poder de los dioses al morir y se convierten entonces en guardianes. Ése fue el caso del primero de ellos: Tarek de Alejandría.

Los puros: son descendientes directos de un guardián. Todos son hombres y al nacer son como un niño cualquiera, pero al llegar a la adolescencia, el guardián que habita en su interior empieza a despertarse y tienen que ir adaptándose a los cambios. Negar la naturaleza del guardián puede tener consecuencias nefastas para ellos; desde la muerte hasta la locura.

No son inmortales, pero al llegar a los treinta y cinco años, si no han encontrado a su alma gemela, dejan de envejecer hasta dar con ella. Por ello, su cuerpo posee una gran capacidad de cicatrización y recuperación.

Cuando un guardián sale a la luz, unas garras metálicas aparecen de entre sus nudillos, los ojos se le oscurecen hasta quedar negros y adquiere una visión infalible. Se le intensifican todos los sentidos y le crecen unos colmillos letales. Su espalda adquiere mayor envergadura y el cuerpo del humano pasa a tener una velocidad y fuerza sin igual.

A algunos les aparece un tatuaje en el hombro izquierdo, que llega a extenderse por todo el brazo y el cuello cuando por fin su alma gemela se convierte en el amor

de su vida.

El despertar del guardián

El guardián que habita dentro de los guardianes puros empieza a despertarse a los seis años, aunque en casos excepcionales sucede antes. Éste va ganando presencia poco a poco dentro del alma y el cuerpo del humano y hay que aprender a dominarlo. Hay dos momentos en los que es casi imposible controlar los instintos del guardián: cuando hay luna llena y cuando éste encuentra a su alma gemela.

El primer guardián se creó una noche de luna llena y por eso el astro tiene tal influencia sobre ellos.

El alma gemela

Para asegurarse de que los descendientes de su creación fueran dignos de tal regalo, los dioses decidieron que para cada guardián sólo existiría una mujer capaz de completarlos. Ella es la única que puede darle hijos, y la única cuya sangre podrá salvar al guardián.

Todos los guardianes tienen una alma gemela, y negarlo es inútil. Un guardián puede acostarse con todas las mujeres del mundo, pero nunca sentirá placer hasta que lo haga con la única elegida para estar con él.

Sin embargo, el sistema no es perfecto. Si bien el guardián se siente irremediabilmente atraído hacia la elegida, ella no tiene por qué sentir lo mismo.

El diario de los guardianes

Diario que empezó a escribir el primer guardián y que ha pasado de generación en generación.

En él se encuentran las historias de los más grandes guardianes de todos los tiempos, y algún que otro secreto sobre su raza.

El encargado de escribir es el gran guardián. Actualmente, ese honor recae en Liam Jura, y el próximo será su nieto Ewan.

El libro negro de los guardianes

Pareja indivisible del *Diario*. En él se encuentran las historias sobre los guardianes que traicionaron su naturaleza.

La leyenda dice que no todo lo que aparece en él es cierto, pero que posee el poder de hacer tambalear los cimientos de los guardianes.

Los clanes

Los guardianes se organizan en familias o clanes, algunos responden a lazos de sangre, pero otros se constituyen sobre vínculos de amistad de sus líderes. El clan más importante de nuestro tiempo es el clan de los Jura, y su fiel aliado, el clan de los Whelan. Los clanes que los apoyan son, entre otros, los MacCullen de Escocia, los Ponce de León de España, los Terrafiera de Italia y los Tamarish de Rusia. El único clan que se ha opuesto públicamente al de los Jura ha sido el de los Talbot.

También hay clanes que han sido repudiados por el resto.

El gran pacto

Después de la segunda guerra mundial, muchos guardianes empezaron a preguntarse si servía de algo proteger a los humanos. Varios clanes, liderados por el de los Talbot, adujeron que estaban hartos de la humanidad y que había llegado el momento de pensar sólo en ellos. Otra facción, liderada por el clan Jura, les recordó que habían sido creados para defender a los hombres.

Para evitar una batalla que sin duda habría terminado con el mundo, firmaron un pacto en el que ambas facciones prometían no enfrentarse la una con la otra y seguir distintos caminos.

La única condición del pacto era no utilizar ni perjudicar a los humanos. Y ambas facciones lo han respetado... hasta ahora.

Las ilíadas

Son las hijas de los guardianes. En el pasado, se creía erróneamente que no poseían poderes y el hecho de que nacieran muy pocas reforzó la idea.

Sus poderes son algo distintos de los de los guardianes y de los de las odiseas.

Su aspecto físico, aunque humano, recuerda al de las Amazonas. Tienen un vínculo muy especial con la naturaleza y los elementos. Según la leyenda, la ira de una ilíada puede despertar un huracán.

No tienen una alma gemela, pero si el hombre al que entregan su corazón no les corresponde, mueren.

La ilíada más importante de nuestro tiempo, aunque ella aún no lo sabe, es

Simona Babrica.

Las odiseas

Tetis y Gea, las dos diosas de los Cinco Grandes, decidieron crear una raza propia, similar a los guardianes, pero formada por mujeres.

Han permanecido ocultas durante muchos siglos, actuando a menudo en las sombras. Pero tras la misteriosa desaparición de su líder, han decidido que ha llegado el momento de salir a la luz.

Igual que los guardianes, son inmortales hasta encontrar a su alma gemela.

Tienen una impresionante fuerza mental que les concede poderes telepáticos, aunque no todas las odiseas tienen los mismos o de la misma intensidad.

Muchas son grandes hechiceras, y prefieren recurrir a la diplomacia que a las armas, pero pueden ser letales.

El ejército de las sombras

Cuando los Cinco Grandes se reunieron, Hades, dios del inframundo, se ofendió por no haber sido incluido en el grupo. Y cuando más tarde descubrió que los otros dioses habían creado a los guardianes, decidió demostrarles lo absurdos e inútiles que resultarían, pues la maldad forma parte intrínseca de la naturaleza humana, y los hombres siempre caen en la tentación.

Nadie sabe qué hizo Hades, pero el mal empezó a extenderse por el mundo. Un ser muy poderoso y oscuro apareció en la tierra y su ejército ganó adeptos. Los hombres que entregan sus almas a ese ejército, obtienen a cambio lo que más desean: dinero, poder, sexo, pero lo que no saben es que el precio es muy alto.

Convertidos en soldados con una insaciable sed de sangre, les aparece en el cuello una marca en forma de triángulo con tres puntos en uno de los vértices.

Normalmente, van acompañados de grandes perros con enormes colmillos llamados perros del infierno.

Los gladiadores

Siglos atrás, un grupo de soldados del ejército de las sombras, cuatro humanos que habían sido convertidos en contra de su voluntad, huyeron del ejército y decidieron que se vengarían de aquel dios que les había arrebatado la humanidad.

Con el paso del tiempo, el reducido grupo ha aumentado en número.

Los guardianes todavía no conocen su existencia, pero los gladiadores han captado la atención de los dioses y éstos les han propuesto un pacto: si un gladiador demuestra valentía, no sucumbe al mal y se abstiene de beber sangre, será liberado para siempre de la marca.

Reciben el nombre de Spartacus, el primer soldado que se rebeló y consiguió salvarse.

Actualmente están debatiendo si ayudan o no a los guardianes.

Lord Ezequiel

Líder del ejército de las sombras. A través de la historia, ha recibido varios nombres y existen diversos retratos suyos, pero ninguno es fiel a la realidad.

Posee la habilidad de leer los más oscuros deseos de los humanos, pero no puede hacer lo mismo con los guardianes.

Su poder se alimenta de la desesperación, la maldad y la ambición. Y gracias a los hombres cada vez es más poderoso.

El cisma

Tanto en el *El diario* como en *El libro negro* se habla de él, pero nunca se ha producido.

Según la leyenda, llegará un momento en que los guardianes deberán enfrentarse a los infiernos para salvar a la humanidad, aunque antes de que llegue ese horrible momento, deberán luchar entre ellos.

Muchos lo consideran sólo una leyenda, pero unos pocos saben que es verdad... y que se está acercando.

Echa una mirada furtiva a
Los guardianes de Alejandría: Infierno

—¡No! ¡No! —Sebastian consiguió despertarse de aquella horrible pesadilla y, con un gesto automático, se llevó la mano a la cicatriz que tenía en el estómago. Aquella herida mortal lo había convertido en lo que era ahora: un monstruo—. Dios —suspiró y se sentó en la cama. No llevaba camiseta y tenía el torso empapado de sudor. Un sudor frío y helado pero que agradecía, pues le recordaba que ya no estaba encerrado en aquella cueva del desierto.

Salió de la cama y caminó hasta la ventana. Nevaba. Llevaba ya varios días en Canadá y, aunque el paisaje había sido blanco desde su llegada, era la primera vez que veía nevar. Estaba temblando, y fue en busca de sus pantalones con intención de coger un cigarrillo. La nicotina no apaciguaría el anhelo que corría por sus venas, pero al menos le daría unos segundos más para tratar de tranquilizarse. Encontró el paquete de tabaco y el mechero y encendió un pitillo. Al llevárselo a los labios, notó que sus colmillos ya habían adquirido una extensión más que considerable y se moría de sed. Sed de sangre. Recordaba perfectamente la sangre de sus víctimas resbalándole por la garganta, el sabor que se quedaba en su boca durante días. Sebastian se estremeció. No, no iba a volver a caer en la tentación. No después de todo lo que había tenido que pasar por llegar a donde estaba.

Se paseó nervioso sobre la alfombra y consumió el cigarrillo en unas pocas caladas. Encendió otro, esta vez con una caja de cerillas que había encima de la mesilla de noche. Craso error, porque el olor del fósforo le recordó el de la sangre. Cerró los ojos y respiró hondo. Sangre, podía olerla, sentirla... la necesitaba. Tenía que salir de allí cuanto antes. Se puso un pantalón de algodón, zapatillas deportivas, una camiseta y un jersey de cuello alto. Si corría hasta el agotamiento quizá consiguiera dominar de nuevo los instintos demoníacos que corrían por sus venas.

Abrió el balcón y saltó al suelo. La distancia de dos pisos no era nada para quien había sido uno de los más temibles soldados del infierno. Aterrizó en medio de la nieve y se aseguró de que el cuello del jersey le cubriera la marca que lo identificaba como demonio. La marca de su vergüenza. Todavía no le había contado a Simon lo que era; sabía que tenía que hacerlo, pero hacía tan poco que había recuperado a su mejor amigo, que quería disfrutar de su amistad tanto como le fuera posible. Además, Simon todavía estaba convaleciente de su enfrentamiento con aquel engendro del infierno: una criatura mucho peor que él, y que era el fruto perverso de los experimentos de lord Ezequiel.

Corrió por entre los robles, el frío helador le azotó el rostro y, durante un segundo, creyó poder resistir la sed de sangre... hasta que la vio a ella. ¿Qué diablos estaba haciendo Veronica allí?

Veronica Whelan era una de las tres primas de Simon. Era hija del hermano menor de Royce, y conocida por su rebeldía; pero la joven era mucho más que eso.

Era la prueba de que las hijas de los guardianes eran tan poderosas como sus hermanos varones, o incluso más.

Desde muy pequeña, Veronica supo que era distinta. No era telépata, sino algo mucho más complejo y peligroso: podía sentir las emociones de los demás como si fueran propias. Dominarlas. Extinguirlas. La primera vez que se dio cuenta, fue cuando encontró a una de sus hermanas llorando desconsolada tras haberse caído de un columpio. Veronica deseó con todas sus fuerzas que a Amelia dejara de dolerle el brazo y, de repente, su hermana se encontró bien y ella sintió cómo se le rompía el radio. Durante unos segundos, creyó morir de dolor, pero cerró los ojos, visualizó el hueso roto y, en su mente, se imaginó arreglándolo. Y lo consiguió, pero casi se muere en el intento.

Se despertó en su cama tres días después y su madre le contó que la habían encontrado inconsciente y que, por mucho que lo habían intentado, no habían podido despertarla hasta entonces. Sus padres llegaron a la conclusión de que Veronica se había dado algún golpe en la cabeza, pero ella sabía la verdad y la ocultó. Y a partir de entonces fue practicando a escondidas; primero con animales pequeños o con emociones insignificantes, y poco a poco fue aprendiendo a dominar ese don. Días atrás, y mientras estaba en Japón ayudando a unos ecologistas a luchar contra la matanza de ballenas, sintió que alguien muy cercano a ella la necesitaba. Veronica siempre hacía caso de esos presentimientos y les prestaba mucha atención. En su mente, vio que Simon corría peligro y en seguida hizo las maletas para ir a ayudar a su primo. Cuando llegó a Canadá —por suerte, en sus visiones había visto que tenía que ir a la casa familiar de Vancouver—, Simon estaba en el hospital y María, su alma gemela, se estaba haciendo cargo de él. Veronica pensó entonces que ya no hacía falta, pero al salir de la habitación del hospital lo vio, y supo que él era el verdadero motivo por el que había ido allí.

Sebastian Kepler estaba en medio del pasillo del hospital, apoyado contra la pared y con los ojos cerrados. Las manos le colgaban a los costados y apretaba los puños con tanta fuerza que era imposible que le circulara la sangre. Veronica había sentido muchas emociones ajenas a lo largo de su vida, pero jamás una desesperación tan aguda como la que emanaba de él. Y cuando Sebastian abrió los ojos, se sintió morir: aquel hombre había perdido su alma, y necesitaba recuperarla cuanto antes o moriría para siempre.

Mientras tanto, en la isla de Ignaluk, Alaska

Claire no sabía cuánto más podría resistir. Hacía meses que lord Ezequiel la había capturado y todavía no sabía qué pretendía hacer con ella. A lo largo de todo ese tiempo, le había hecho infinidad de pruebas, la había interrogado hasta el

agotamiento y la había trasladado varias veces. Pero Ezequiel se había asegurado de que siguiera viva y en buen estado en todo momento, y les había dejado muy claro a los soldados que la vigilaban que si alguno le tocaba un pelo sería ejecutado.

Cuando conseguía dormir, Nina, una gran odisea que había sido asesinada cruelmente por un soldado del ejército de las sombras, la visitaba en sueños y le decía que tenía que aguantar, que pronto irían a rescatarla. En esos sueños, Claire trataba de decirle a Nina que no lo hicieran, que era muy peligroso, pero la odisea siempre le respondía que nada conseguiría detener a Dominic Prescott, el guardián centenario que llevaba meses buscándola y enfrentándose al mismo demonio para dar con ella. Y eso era lo que Claire más temía... No podía dejar de pensar que eso era precisamente lo que lord Ezequiel esperaba.

Ella era el señuelo, y Dominic, la presa.

Y Claire preferiría morir antes que convertirse en la perdición del único hombre que había amado jamás.

Y en Rusia...

Simona estaba furiosa con Mitch por haberla seguido hasta allí. Él era la única buena acción que había hecho en su vida, y el receptor insistía en seguir poniéndose en peligro. Mitch le había dejado claro que no iba a permitir que se sacrificara por él, y la amenazó con besarla si volvía a llevarle la contraria.

Michael había viajado hasta Rusia para ayudar a Simona a averiguar la verdad sobre sus orígenes. Después de que ella se fuera de Londres, decidió que iba a esperar y darle tiempo, tal como le había prometido, pero como no podía quitarse de encima la sensación de que lo necesitaba, rompió su promesa e hizo las maletas. Y llegó a Rusia justo a tiempo de salvarla de unas criaturas salvajes.

Juntos, Michael y Simona consiguieron derrotar a aquellos engendros, y creyeron que ya había pasado lo peor... pero cuando entraron en la escuela abandonada, lo que vieron allí les demostró que lo peor todavía estaba por llegar: el infierno.